MONSEÑOR TIHÁMER TÓTH

ENSEÑAD A TODAS LAS GENTES

S. E. ATENAS, S. A. - MADRID

COLECCIÓN RAZONEMOS NUESTRA FE

Mons. TIHAMER TÓTH

XIV. ENSEÑAD A TODAS LAS GENTES

Madrid
Sociedad de Educación «ATENAS», S. A.
Mayor, 81-Apartado, 1.096

Monseñor TIHAMÉR TÓTH
Obispo de Veszprém (Hungría)

ENSEÑAD A TODAS LAS GENTES

I.—El verdadero anillo, ¿dónde está?

II.—El sentido de a vida y del dolor.

III.—El ideal moral, apreciado por el cristianismo y el budismo.

IV.—Escudo y espada.

SEGUNDA EDICION

MADRID
Sociedad de Educación «ATENAS», S. A.
Mayor, 81.-Apartado 1.096

S.E.A

INDICE

	Páginas
Licencia eclesiástica	4
¿DÓNDE ESTÁ EL VERDADERO ANILLO?	5
EL SENTIDO DE LA VIDA Y EL SUFRIMIENTO	17
EL IDEAL MORAL SEGÚN EL BUDISMO Y SEGÚN EL CRISTIANISMO	49
ESCUDO Y ESPADA	61-134
Congreso de católicos ingleses	63
Realmente somos unos tontos	65
Médicos en Lourdes	66
Una tragedia en tres actos	67
Veneno y contraveneno	68
El Cristo de los Andes	69
Heteromanía	70
La coeducación	71
La religión, el mayor valor humano	73
La pornografía	75
La moral laica	77
El Papa Pío X	80
¡Huérfanos!	82
La Prensa, ¿lo dice todo?	83
Las enfermeras seglares en Francia	85
En la muerte del Cardenal Rampolla	86
Hipocresía del Gobierno Francés	89
La moral cristiana en la Academia francesa	91
La industria del «cine»	93
El tango argentino	95
La religión en la metrópoli y en las colonias de Francia	98
En el jubileo de Häckel	100
¿Qué es el «Lysophorm»?	105
¿Quién es Hégésippe Simon?	106
La «nueva moral»	109
La religión juzgada por dos socialistas	111
Contribución por los perros	113

Páginas

La Prensa y la delincuencia infantil ... 114
El teatro emprende nuevos derroteros ... 116
«Un santo moderno» ... 118
Herodes y Pilato ... 120
La muerte no espera ... 121
Parodia infame ... 123
Por la moralidad de la calle ... 124
La muchachada en Eger ... 126
El doctor Ostwald ... 128
El espíritu de Hégésippe Simon ... 129
«Cine blanco» ... 130
¿Por qué no quiere renunciar la Iglesia a la escuela? ... 131
INDICE ... 135

Nihil obstat :
IOHANNES NICOLAU,
Censor.

Imprimatur :
† IOSEPHVS, *Arch.-Epc.*
Maioric.

Traducción del original húngaro

por el M. I. Sr. Dr. D. Antonio Sancho,
Magistral de Mallorca.

ES PROPIEDAD
Copyright by SOCIEDAD DE
EDUCACIÓN ATENAS, S. A.

IMPRESO EN ESPAÑA
1951

GRÁFICAS BENZAL. - Hartzenbusch, 9. - Madrid.

¿DONDE ESTA EL VERDADERO ANILLO?

I

Aunque se desate un furioso huracán sobre vados poco profundos y sobre pantanos, no podrá levantar allí olas grandes y constantes; solamente en la superficie de lagos límpidos y profundos o de mares inconmensurables agólpanse olas embravecidas, con crestas de espuma, y van agitándose mucho tiempo, durante horas, aun después de amainarse el huracán. Esto ocurre no solamente en el Atlántico o el Pacífico, sino también en aquel reino inmenso que tiene por nombre: alma humana.

¿No tiene que agitarse el alma con la mayor fuerza y el más imponente oleaje, precisamente cuando el hombre se resuelve a dar un paso de consecuencias eternas: cuando se despide de la religión en que ha nacido, y acepta otra, en que anhela encontrar la verdad? Es lo que ocurre. Vemos las manifestaciones de alegría que hacen estremecer el alma de los convertidos.

Pero, ¿hasta cuándo dura este oleaje del alma? ¿Hasta abrazar el Cristianismo, hasta el día de la conversión, o acaso una semana más, para que luego todo siga el curso acostumbrado, aparezca nuevamente el hombre antiguo con los antiguos defectos, como si nada hubiese pasado? Si esto ocurre, es que nos encontramos con uno de esos hombres incapaces de vigorosos impulsos, cuya alma—y muchas veces quizá también el móvil de su conversión—tiene muy poco fondo, es superficial, y acaso no brilla por su pureza.

¿Hay excepciones?

Sí, las hay; como a veces se encuentra también un cuervo blanco. Hace unos meses (1) abrazó la religión católica un sabio cate-

(1) Msr. Tóth escribió este estudio en el año 1911.

drático de Universidad protestante; un sabio traído por la ciencia a nosotros; un sabio creyente, uno de aquellos de quienes dijo el doctor Esteban Székely, en su conferencia pronunciada en el X Congreso Católico, que valen más que toda una serie de libros apologéticos; un hombre de encumbrada posición, que por tanto no esperaba subir mediante su conversión, aún más, que con este paso arriesgaba su cátedra en la Universidad de Halle; con todo, vino a nosotros, porque le atraía, le impulsaba su convicción. Estuvo luchando durante años, su alma estuvo agitándose en medio de dudas; pero no en vano era profunda esa alma, no en vano había sido su único objetivo el descubrimiento de la verdad pura; después de largos años de lucha, oyóse en Europa el clamor de un alma triunfante; lo que dijo Ruville con motivo de su conversión lo puso en la portada de su libro: *Zurück zur heiligen katholischen Kirche!* (¡Volver a la santa Iglesia católica!)

¿Se ha apaciguado desde entonces esa alma jubilosa? ¿Quizá cortóse el entusiasmo, como lo vemos tantísimas veces, apenas hubo dado el paso decisivo? No; en alta mar perduran las olas; y el alma de Ruville, meses después de la conversión, sigue agitada, se hinche, no sabe descansar de puro gozo por haber encontrado la verdad. En la obra que publicó con motivo de la conversión, ya se podía ver—por su tono cálido—que empezó a arder en su alma el fuego que el Redentor trajo a esta tierra; se veía que cifraba su mayor dicha en conducir muchas almas por el camino que él mismo recorrió. Las olas de esa alma jubilosa han dado vida a un segundo libro, en que arde la misma hoguera de entusiasmo (2).

Ruville dió un paso importante, el más importante que puede darse en la vida: dejó la religión protestante en que nació y se convirtió al Catolicismo. El célebre pedagogo Foerster, que todavía es protestante, pero que también dió ya pasos considerables por el camino que conduce a Roma, en su última obra (3) habla con cierto desprecio del primer libro de Ruville; tilda de estrecho y falto de horizontes amplios, capaces de comunicar entusiasmo, el concepto que Ruville tiene de la Iglesia.

No hemos de aceptar la interpretación que el bando contrario

---

(2) DR. ALBERTO VON RUVILLE. *Das Zeichen des echten Ringes* (La señal del anillo verdadero). Berlín, 1910. Herman Walther Verlagsbuchhandlung.

(3) FOERSTER: *Autorität und Freiheit* (Autoridad y libertad). Kempten u München, 1910, pág. 150.

da con gran algazara a este libro de Foerster; es a saber: que el insigne pedagogo, por fin, «ha asentado el juicio», y desanda el camino que había hecho en dirección a Roma. Fácilmente se comprende que Foerster, extraño todavía a la Iglesia, no sepa interpretar a Ruville—que ya se halla en medio de nosotros—ni sus sentimientos que colman su alma hasta desbordarse; Foerster no sintió el fuego que arde tras las «confesiones y vivencias» del convertido; no vió los miles y miles de personas que, con el corazón palpitante y con los ojos arrasados de lágrimas, leyeron de un tirón esas confesiones. En vano explicaríamos al que está tiritando de frío allá fuera, en la calle, bajo un viento tajante, en una negra noche de diciembre, cuán agradable es estarse aquí dentro, junto a la chimenea; él no podrá sentirlo como lo sentimos los que estamos gozando al amor de la lumbre.

Quien no haya quedado satisfecho con el primer libro de Ruville, lea el segundo, en que el autor nos ofrece como antorchaguía la luz de la fogata que sigue ardiendo en su alma, y está deseoso de mostrar a todas las almas sedientas de verdad en dónde pueden encontrarla, en dónde está la religión verdadera. Pues que es posible encontrarla, lo prueba el paso que él ha dado.

Es una prueba y también un consuelo; no tenemos que vivir con la idea—que muele y hiela las energías—de que una religión es tan buena como la otra, que en ésta hay tanta parte de verdad como en aquélla, sin saber en dónde se encuentra la verdad completa. Naturalmente, muchos prefieren este punto de vista cómodo, porque cuesta menos andar por un camino trillado. Pero llegan momentos en que se impone la decisión; la verdad es una, no puede haber más que una sola religión, no es posible que entre los tres anillos del sabio Natán no podamos conocer el verdadero. El anillo verdadero ha de tener una señal peculiar, es decir, la religión que posee la verdad ha de tener alguna propiedad que no se encuentra en las otras religiones.

El lector emprende el camino por los laberintos de la Historia universal, conducido por un experto guía; recorre la Sagrada Escritura; ve la vida de las iglesias y va indagando, buscando qué es lo que éstas subrayan, qué es lo que exigen de la religión verdadera. El sabio guía afirma que hay una virtud que sirve de señal cierta a la religión verdadera: *la humildad;* la humildad, que no es pusilaminidad del débil e impotente ante el fuerte, sino prontitud

amorosa y alegría en el servicio de los demás, abnegación en posponer al interés ajeno nuestra propia voluntad; la humildad, que el mundo tacha injustamente de debilidad, cuando es la fuente de la más pasmosa actividad; la humildad que con acierto nos obliga a dirigir la mirada hacia la tierra, porque debemos recordar de qué estamos formados y pensar qué seremos, para así estar más dispuestos a recibir la virtud auxiliadora de Dios para cumplir nuestros deberes y trabajar en provecho del prójimo.

Mas, al encontrar esta humildad en una religión, ¿habremos encontrado realmente la religión verdadera?

El conocedor de la Historia contesta afirmativamente y sin vacilación. Doquiera que encontramos un vestigio de la religión verdadera, siempre salta a la vista la característica de la humildad.

Adán, antes de la caída, conocía claramente a Dios, y era humilde. El orgullo, la primera manifestación de la soberbia humana, fué la causa de que Adán no pudiera legar a sus descendientes ese conocimiento claro de Dios.

Después de la caída pasaba de padres a hijos la tradición religiosa; pero la luz de la verdad iba oscureciéndose de generación en generación; solamente el pueblo escogido supo conservarla con pureza, gracias a la ayuda de los profetas enviados por Dios. Estos profetas no exigían para sí honores reales, no pedían homenaje para sus personas; solamente por obediencia abrazaban la misión que Dios les señalara, y con el gesto mostraban siempre el porvenir, hablaban de una época futura. Eran humildes. No quisieron presentarse como fundadores de una religión nueva. La religión verdadera no puede ser fundada por un hombre, porque si éste descuella sobre la masa, es derrotado por el enemigo del humano linaje, el orgullo, y su humildad, aun en el mejor de los casos, no es sino de apariencia, de exterioridades. Solamente quien no hubo de levantarse sobre los hombres, sino al contrario, bajar a ellos, pudo ser el verdadero fundador de la religión.

Solamente un Dios pudo exigir que respetásemos sus derechos y acatásemos todas sus disposiciones; únicamente El pudo enseñar con toda seguridad las verdades ultraterrenales; sólo El podía darnos ejemplo de humildad, aun cuando estaba infinitamente por encima de nosotros. No aprendimos de El prácticas de humildad, sino el espíritu de la humildad.

De modo que, por una gracia señalada de Dios, entró nuevamente la Humanidad en posesión de la religión verdadera.

¡Pero la poseyó también el primer hombre! ¡Y la perdió! ¿Qué nos habría ocurrido a nosotros, si Cristo no se hubiese preocupado de que la pureza de sus doctrinas no se empañase nunca, y prometido a sus apóstoles la asistencia del Espíritu Santo?

Los apóstoles recibieron el gran obsequio con humildad profunda. Empieza la propagación de la Iglesia fundándose las primeras comunidades, cuyos jefes están en relación humildísima con Cristo.

Pasemos revista a la historia eclesiástica de las centurias: por todas partes humildad, obediencia, desde el más pequeño hasta el más grande; el conocedor de la Historia descubre la marca imborrable de la humildad, no solamente en el fondo de las catacumbas, sino también en la pompa de aquellos siglos en que hasta algunos jerarcas de la Iglesia fueron presa del antiguo enemigo: el orgullo.

Porque el orgullo no ha dormido nunca. Apenas se hubo alejado el Señor de sus apóstoles, presentóse el enemigo, y emprendió una lucha dura contra la humildad. Y desde entonces prosigue el combate. El primer error que quiso infiltrarse en la Iglesia fué el gnosticismo, obra del orgullo, de aquel orgullo que menospreciaba las doctrinas de la Iglesia y se arrogaba el derecho de reformar arbitrariamente las doctrinas de Cristo. La Iglesia pronunció el *non possumus*, y la humildad de los obispos triunfó del orgullo.

La fuerza de las herejías posteriores quebrantóse también por la misma virtud. Porque a medida que iban aumentando las falsas doctrinas en proporción con el número de los fieles, todos hubieron de ver que era imposible conservar intactas las doctrinas de Cristo, si no había en la Iglesia un poder cuya orientación tuviera que seguirse en todos los puntos dudosos. Esta consideración influyó en la mayor estima del primado fundado por Cristo; insignes jerarcas de la Iglesia inclináronse con toda humildad ante las disposiciones del Papa, y se fraguó la frase que atestigua la humildad de la Iglesia: *Ubi Roma, ibi Ecclesia*. Donde está Roma, allí está la Iglesia.

En cambio, donde se extinguió la virtud de la humildad, allí triunfaron las falsas doctrinas. Por mucho que los cismáticos griegos quieran hermosear las cosas, por más que vayan enumerando

con diligencia las diferencias dogmáticas, nunca podrán negar que la causa principal del cisma oriental fué la falta de humildad, el orgullo, la soberbia de los patriarcas constantinopolitanos, mientras que Roma trabajaba con humildad en la conservación de la unidad.

Precisamente por ser ésta la verdadera causa del cisma, puede alentar en ellos la esperanza—lo pronostica Ruville, que tanto conoce la Historia—de que si llega a quebrantarse la soberbia por las tristes experiencias de la Historia, no se resistirán ya los orientales a la idea de volver a la Iglesia. «¡Pero no lo han hecho hasta ahora!»—puede objetar alguno—. Realmente, no lo han hecho; pero no olvidemos que la historia de la Iglesia no se mide con decenios, sino con milenios, por lo menos.

Jamás cantó victoria con voz tan estentórea el orgullo humano como en la falsa Reforma, dice en su disquisición Ruville, quien consagra un capítulo entero a este tema, con el título de «Triumph des Hochmuts» (Triunfo de la soberbia).

Sabía muy bien el Fundador divino de la religión verdadera que solamente podría defender la pureza de su doctrina contra los errores humanos, poniendo en la Iglesia un magisterio de autoridad absoluta y asegurándole la asistencia continua del Espíritu Santo. Mas precisamente contra esa autoridad—que exige una obediencia incondicional, una humildad verdadera—dirigió sus mayores ataques el orgullo humano, cuando esa autoridad le impidió fallar, según su antojo, en las cuestiones ultraterrenales. Los reformadores van repitiendo continuamente que ellos únicamente quieren purificar: purificar la Iglesia de los abusos que en ella se infiltraron. Mas abandonan el único fundamento, no queda ni rastro de humildad en su vida y en sus doctrinas; se dan leyes a sí mismos, y en medio de su orgullo encarecen la fuerza del propio entendimiento y la de revelaciones particulares.

Sabemos hasta qué punto es competente en semejantes cuestiones el entendimiento y hasta qué punto pueden probarse las revelaciones.

Entre los protestantes es objeto de befa continua la doctrina de la infalibilidad del Papa Mas, ¿qué viene a ser esa infalibilidad, la infalibilidad del Pontífice, que, asentando el pie en un suelo milenario, pronuncia en casos extraordinarios, con suma circunspección, algunas frases de valor perenne, irrevocables, comparadas con la infalibilidad que Lutero se atribuía cuando, abandonando la tra-

dición, pregonó atrevidamente todo un cúmulo de doctrinas nuevas y fué formando a capricho sus dogmas, destruyendo y edificando como le daba la gana? No es posible hermosear este trabajo con el nombre de «depuración», «limpieza».

Un trabajo en que el hombre, rechazando con orgullo la labor y la convicción de largas centurias, quiere determinar con su mezquina y limitada razón qué es lo recto y qué es lo erróneo en las verdades ultraterrenales, qué es lo que ha de suprimirse en ellas y qué es lo que se ha de guardar..., no puede pretender el nombre de «Reforma». El trabajo de los reformadores ha sido ilegítimo—escribe Ruville—, y una manifestación muy expresiva de propia estima; ha sido un trabajo meramente humano; cada una de sus doctrinas lleva la marca de su autor, de su vida y mezquindades, y, con todo, esas doctrinas fueron consideradas como las únicas doctrinas salvadoras, como la restauración de la única fe verdadera.

Que su trabajo ha sido desacertado, lo va demostrando cada día con mayor claridad la Historia. Del árbol rebosante de vida se desgajó una rama, y de la rama separada va secándose, ora una hoja, ora otra; ya queda poca fe positiva, que todos los protestantes estén obligados a reconocer. Esta es la explicación del odio que tienen a los católicos los protestantes, aun los buenos. Y es que los protestantes son mucho más católicos de lo que sospechan ellos mismos; lo que todavía creen firmemente es lo que ha quedado de catolicismo entre ellos; lo demás es simple conjetura científica respecto a las cuestiones ultraterrenas, mas no religión. Les repugna tanto la religión católica, porque creen que el catolicismo quiere despojarlos de las verdades de fe que han guardado con celo, y que ellos consideran exclusivamente «evangélicas», cuando, en realidad, todas esas doctrinas se encuentran en nuestro Credo.

Donde hay orgullo no busques la religión verdadera; ésta ha de ser la religión de la humildad, y la humildad no brilla en las confesiones cristianas separadas de la religión católica. Lo demostraron nuestras disquisiciones anteriores.

Con esto hemos llegado a otra cuestión de gran importancia. En el catolicismo, ¿encontramos de veras la humildad?

Acto de suma humildad es ya el nacimiento del Fundador, el nacimiento del Hijo de Dios; y esta humildad le acompañó durante toda su vida mortal, que fué consecuencia de la obediencia incondicional del Hijo y de su humilde inclinación a la voluntad del

Padre. Y no le bastó a Jesús la humildad continua de treinta y tres años, sino que quiso quedarse con nosotros hasta el final del mundo en un estado oculto, el más humilde: la Santísima Eucaristía.

Cristo fué humilde frente a su Padre. Los *sacerdotes* de la Iglesia católica son humildes frente a Cristo; en Cristo, los sentidos no ven más que al hombre; por tanto, obedecerle humildemente es una virtud. Durante la sucesión de dos mil años, todos los miembros de la Iglesia docente, todos los obispos, todos los Concilios, todos los pontífices han abrazado con humildad las doctrinas predicadas por sus antecesores; y así, nunca se ha roto la relación con Cristo, de quien recibió la Iglesia su misión. Cada sacerdote católico sujeta la propia voluntad a la voluntad de Cristo; enseña tan sólo lo que Cristo enseñó; sabe que, de lo contrario, se haría reo de infidelidad y traición a la propia palabra. Frente a esta profunda humildad y obediencia de la jerarquía católica, ¿qué humildad encontramos entre los protestantes, cuyas doctrinas van cambiando según las aldeas? ¿Qué obediencia puede haber cuando no hay a quien obedecer?

Cristo fué humilde; humildes son los sacerdotes. Humilde fué también la Madre de Dios, *María*, tan amada de los fieles. Su acto de mayor humildad no fué el no engreírse de su extraordinario encumbramiento, sino el de reconocer en el fruto de su propio seno al Hijo de Dios; por tanto, a su Señor omnipotente y adorable. Y porque María es modelo perfecto de humildad, los católicos, al venerarla con devoción tan profunda dan testimonio del carácter humilde de su religión. Los protestantes no rinden culto a María ni pueden rendírselo, porque para la sincera devoción mariana se necesitan una fe inquebrantable en la divinidad del Hijo de la Virgen y el espíritu de humildad. De modo que donde empieza a vacilar la fe en la divinidad de Cristo, donde el hombre, a pesar de la mejor intención, no puede ser humilde, porque su religión le obliga, diríamos, a seguir la propia razón en las importantes verdades de fe—, allí no tiene cabida el culto mariano.

Los fieles católicos, en cambio, siguen la humildad de María. Así como ella reconoció en el fruto de sus entrañas al Hijo de Dios, también ellos están dispuestos a rechazar el testimonio de los sentidos y postrarse ante el Redentor oculto en la sagrada hostia. Las genuflexiones, la señal de la cruz, el uso del agua bendita, toda la vida religiosa de los creyentes católicos es humildad pura; de

humildad se alimentan todas las manifestaciones de la vida espiritual.

Los protestantes tildan de simples exterioridades nuestras devociones; pero, con todo, nos las envidian. Les molesta también esa humildad con que se acercan los fieles al sacerdote católico. «Hemos de humillarnos ante Dios—dicen—y no ante el hombre pecador.» Tenéis razón—contesta Ruville—, hemos de humillarnos, no ante el pastor protestante, que recibió de un hombre su misión; pero sí hemos de humillarnos ante el sacerdote católico, en quien los fieles ven, no solamente al hombre, sino a Dios, que le ha investido de poder. ¿Y qué decir de la humillación que se exige de todo católico—desde el más humilde hasta el Papa—en la santa confesión?

También en la *ciencia* es humilde la Iglesia católica. Si nos falta esta virtud, no esperemos adelantar en el conocimiento de las verdades ultraterrenas. Solamente quien es humilde podrá trabajar en la ciencia imparcialmente, sin prejuicios. De ahí que no puedan trabajar de esta forma los protestantes. ¿Por qué quieren con tanto afán suprimir en la Sagrada Escritura el elemento milagroso? ¿Por qué procuran meter sus propias doctrinas en los escritos piadosos, cuyos autores no pueden ya levantar la voz? Si pudieran levantarla, ¡cómo protestarían contra esas arbitrariedades!

Tenemos un caso elocuente: el autor de un libro torcidamente interpretado vive todavía y... se pone a hablar... Me refiero al caso de Ruville. Los críticos protestantes son inagotables en explicar la conversión de Ruville

Atavismo y nada más—dice uno—; sus ascendientes fueron católicos, y ahora se ha manifestado en su vástago la nostalgia del catolicismo. De ninguna manera—opina otro—; la influencia católica, y, principalmente, la astucia de los jesuítas le cogieron en la trampa (4). No sucedió así—dice el tercero—: el brillo exterior

---

(4) «Por desgracia, antes de mi conversión no tuve la suerte de conocer un solo Padre jesuíta», contesta RUVILLE. Además, ya en su primer libro expuso que no se encontraba bajo la influencia católica; lo hizo constar porque ya entonces sospechaba que los protestantes atribuirían su conversión a esta causa. También merece mencionarse el hecho de que, a excepción de un deudo, nadie supo nada del primer libro de RUVILLE antes de publicarse. Solamente enseñó las pruebas a un sacerdote para que las expurgase de posibles tropiezos dogmáticos. Y ese sacerdote no hizo más que

de las ceremonias católicas le deslumbró, y él no supo apreciar nuestra sencillez puritana. Tampoco—exclama el cuarto—; lo que hay es que Ruville fué militar, y por esto se enamoró de esa obediencia ciega que hay entre los católicos. Yo he dado con el clavo—dice el quinto—; Ruville padece pereza de pensar, no quiere la noble libertad del pensamiento que rige entre los protestantes, y, a modo de siervo, se ha confiado a la dirección de Roma. Y así prosiguen sin terminar nunca las conjeturas.

Pero ningún crítico protestante ha pensado—escribe de un modo conmovedor el autor—que si hubo en mi vida una ocasión en que el auxilio de la divina gracia desempeñó el papel principal, fué precisamente ésta, este paso trascendente de mi vida.

Pongamos en el cuadro la última pincelada: la Iglesia es humilde también *en la lucha*. Su historia ha sido y será una lucha continua, según lo predijo Cristo a la Iglesia que El fundó, es decir, a la Iglesia verdadera. De modo que esta lucha continua es también una señal de la religión verdadera. Siempre se tuvo que luchar, muchas veces aun con aquellos cuya religión también se funda en la divinidad de Cristo; con los que se postran ante el Hijo de Dios, pero han declarado la guerra a la Iglesia, porque Cristo no la fundó según ellos la deseaban. Se parecen a los miembros del Sanhedrín, que se humillaban hasta el polvo ante el Mesías, mas crucificaron al Mesías llegado, y le crucificaron porque no vino así como se lo imaginaba la vanidad humana.

En medio de esta lucha encuéntrase la Iglesia humilde. Pero, ¿puede estar en lucha la humildad? Sin duda. Los sacerdotes católicos predican impertérritamente las doctrinas de Cristo, aunque por ello sean objeto de desprecio; inconmovibles mantienen la pureza de las mismas; bien saben que de nada serviría aumentar el número de los católicos si tal aumento tuviera que pagarse con la mengua de la fe. También son humildes los simples fieles, quienes soportan con gozo los denuestos con que los cubre el mundo por confesar ellos su fe.

No hay confesión cristiana que, en punto a humildad, pueda competir con el catolicismo; por consiguiente, no hay que buscar fuera del catolicismo la religión verdadera. Si lo comprendemos, si comprendemos que solamente en el catolicismo está la verdad,

---

una sola modificación importante en el texto. ¿Cuál fué ésta? Suprimir una invectiva demasiado fuerte contra Lutero.

veremos en nueva luz toda la historia eclesiástica, y en muchos acontecimientos, al parecer extraños, en un tono algún tanto más áspero, en un proceder severo—cosas que hasta ahora quizá atribuíamos a la parcialidad e intolerancia—descubriremos el impulso, la fuerza instigadora de la verdad. Si tienes buena voluntad, llegarás con la ayuda de Dios a la verdad, sea cual fuere el punto en que actualmente te halles.

Es posible que entres en una confesión protestante; pero, a medida que vayas construyendo el edificio de la fe, decidirás salir de esa confesión. Verás que la religión verdadera necesariamente ha de tener origen divino, y que no puede hablarse de fundación divina allí donde hay tantas doctrinas encontradas, tantas sectas, y cada cual pregona sus propias doctrinas cubiertas con ropaje cristiano.

El protestantismo permite grandes oscilaciones a sus ministros, pero solamente... hacia la izquierda. ¿Por qué cierra el camino a los que quieren volverse hacia la derecha, hacia el catolicismo? El protestantismo no puede satisfacer el alma que anhela la verdad; grande es el número de los protestantes a los cuales no les basta su religión, que anhelan cosas más grandes y no pueden hallarlas. ¿Por qué? Porque en la infancia se les inculcó que la Iglesia católica—la única en la cual podrían encontrar la verdad—pone obstáculo a la salvación, es «eine unheilvolle Gestaltung», una formación calamitosa. Lo que cuesta es vencer este prejuicio; quien lo ha vencido tiene el camino libre y fácil para llegar a la única Iglesia verdadera, que lo es por ser la única humilde..., la Iglesia católica.

Con estos edificantes pensamientos termina el nuevo libro de Ruville, libro que viene a ser una apología conmovedora y asaz original de la verdad de la Iglesia católica. Quien puede conseguir este libro debe leerlo. No solamente los protestantes—quienes mayor provecho pueden sacar de él—han de leerlo, sino que hemos de leerlo también nosotros los católicos, para sentir ese entusiasmo que la verdad de la religión católica suscitó en el alma del sabio convertido y apreciar la gracia de haber nacido en esa religión, a la cual otros han de llegar a fuerza de duras luchas. ¡Y cuán pocos son los que llegan!

Ruville aconseja confianza y perseverancia a las almas que buscan la verdad. Nosotros no podemos desear cosa mejor que ésta:

que entre nuestros contrarios sea crecido el número de los hombres cultos y de corazón recto, como Ruville. Su conversión es una nueva prueba de que el catolicismo no tiene qué temer de la verdadera ciencia ni de los hombres que buscan con la razón y con el corazón la verdad. Nosotros no tenemos más que dos enemigos: la frialdad de los indiferentes y la ignorancia malintencionada de los farfallones proclamados sabios. El sabio verdadero encontrará en el catolicismo la única religión verdadera, es decir —aplicando la parábola del anillo del sabio Natán a las confesiones cristianas—, descubrirá que la religión católica es la que posee el anillo verdadero.

EL SENTIDO DE LA VIDA Y EL SUFRIMIENTO

(CON VISTAS A LA EUTANASIA)

En mayo de 1913, los diarios liberales de Alemania, con el título de *Eine ernste Frage* (Una cuestión seria), dieron la noticia de que el órgano de los monistas, *Das monistische Jahrhundert* (El Siglo Monista), había recogido la idea de la eutanasia, que, recelosa y con extrañeza, llegaba de América a Europa. El periódico monista publicó en su número de 17 de mayo un proyecto, esbozado por un hombre desesperado, que durante años había sufrido una enfermedad grave e incurable. El plan destinado a servir de proyecto de ley; según ese pobre hombre, los enfermos incurables tienen derecho a la eutanasia (εὖ= bien θάνατος= muerte), es decir, a que se les abrevie la vida de miserias y agonía.

El proyecto de ley monista contenía los siguientes parágrafos:

§ 1. El enfermo incurable tiene derecho a la eutanasia.

§ 2. El derecho de la eutanasia tiene que ser reconocido, a petición del enfermo, por la autoridad competente.

§ 3. A petición del enfermo, la autoridad hará examinar el caso por un médico y dos especialistas. El examen debe hacerse, a más tardar, dentro de la semana en que sea presentada la instancia.

§ 4. En el acta del examen debe constar si, según la convicción científica del médico, es más verosímil el desenlace mortal de la enfermedad que la recuperación de una duradera facultad de trabajo.

§ 5. Si del examen resulta que es más probable el desenlace fatal de la enfermedad, la autoridad podrá decidir el derecho de la eutanasia. En caso contrario, se rechaza la petición del enfermo.

§ 6. Quien matare sin dolor al enfermo por voluntad decidida

e indudablemente manifiesta del mismo, no puede ser castigado, si se ha reconocido, según el § 5.°, el derecho del enfermo a la eutanasia, o si por un examen ulterior se comprueba que la enfermedad era incurable.

§ 7. Quien matare a un enfermo sin su expresa petición, manifestada de manera que no deje lugar a duda, ha de ser castigado con prisión.

§ 8. Los parágrafos 1.° y 7.° pueden aplicarse también a los contrahechos (1).

¿Para qué negarlo? Sentimos escalofrío al pasar la vista por estos parágrafos. Nuestro corazón se oprime de melancolía al verlos. Nos parece despertar de un hermoso sueño y encontrarnos con la triste realidad. Hasta ahora no hicimos más que soñar. Sueños fueron toda nuestra grandeza, todo nuestro orgullo; como unos necios alardeamos de nuestra técnica incomparable, pregonamos el progreso de nuestra sociedad; pero, ¿con qué derecho nos enorgulleciamos de nuestra deslumbrante cultura, de nuestra organización social, si nuestra concepción del mundo ha llegado a ese resultado negativo, a ese punto muerto: al asesinato legalmente autorizado?

Hoy día sólo se escapa con temor y de unos pocos labios el hosanna por el novísimo lema de la eutanasia; pero, ¿quién nos asegura que en una época que corre en pos de todas las novedades, en una época en que un lema o una idea no encuentran mejor carta de recomendación que ensanchar los límites que el cristianismo señala a los deseos instintivos del cuerpo..., no se aplaudirá también la idea cuya realización, no solamente daría el golpe de gracia a la prohibición absoluta que lanza la moral cristiana para defender la vida humana, sino que en sus consecuencias abriría una herida incalculablemente peligrosa en el cuerpo de la sociedad humana?

La postura del cristianismo frente a la eutanasia—queremos que conste desde el principio—no puede ser dudosa. El hombre no es dueño absoluto de su vida. La recibió de manos de Dios; por esto solamente Dios puede decir: *Yo mato, y doy la vida; yo hiero, y yo curo* (2).

Siendo, pues, Dios *el dueño de la vida y de la muerte* (3), nos-

---

(1) ROSENBERG: *Die monistiche Sterbehilfe* (Auxilio monista a los moribundos), *Theologie und Glaube* (Teología y Fe), año 1913, pág. 530.
(2) *Deuteronomio*, XXXII, 39.
(3) *Sabiduría*, XVI, 13.

otros no somos más que los usufructuarios, hasta que se nos pida la devolución. No tenemos derecho a dañarla, a arrojarla. Y así como no tengo derecho de suicidarme, tampoco lo tengo de permitir que me asesinen.

Salta a la vista, ya en el primer momento, que el citado proyecto de ley está en contradicción irreductible con el quinto mandamiento, que prohibe el asesinato y el suicidio, y, por tanto, hay que condenarlo en absoluto, desde el punto de vista de la moral cristiana. Pero los que han lanzado este lema novísimo al mercado agitado de las ideas, han contado, a fuer de conocedores profundos del espíritu humano, con el de nuestra época, que siente escalofríos sólo al oír nombrar el dolor. Esperamos que no habrá, por ahora, ningún Estado que dé vigor de ley a ese desgraciado proyecto.

Sí, a pesar de ello, nos ocupamos detenidamente de las ideas que ese proyecto de ley suscita, es porque en el punto muerto a que han llegado las concepciones del mundo en boga hoy día, vemos una de esas *deductio ad absurdum*, por medio de las cuales Dios quiere conducir nuevamente a la religión la sociedad moderna. «Dios conduce el mundo a su fin no solamente por los caminos de basalto de los silogismos y los puentes de hierro forjado de las pruebas, sino por el camino de la experiencia de los imposibles y por los rodeos de los sufrimientos; su método no es solamente la prueba teórica, que parte de los conceptos, sino también la *deductio ad absurdum*, que se manifiesta en las luchas y en los fracasos de la vida, que nos hace comprender cómo nuestros caminos son los caminos de la muerte y por ellos no encontraremos la felicidad» (PROHÁSZKA).

En las páginas que siguen queremos indicar, después de un breve juicio del proyecto, las causas que suscitaron el movimiento de eutanasia.

El proyecto de ley, publicado en el *Das monistische Jahrhundert*, es consecuencia natural de los conceptos morales de nuestra época y una lección espantosamente seria de lo que ocurre con la sublime concepción de vida del cristianismo y del extremo a que nos conduce la ley férrea de la lógica, si nos rendimos a ciertos postulados en la vida práctica.

El objetivo—al parecer muy humano—del proyecto no basta para encubrir a nuestros ojos la completa impotencia y el fracaso

de las modernas concepciones del mundo; al contrario, los revela.

Se quiere permitir legalmente que los médicos quiten la vida al enfermo incurable, si éste se lo pide, para abreviar de esta manera sus padecimientos. Como vimos, serían unos médicos designados por la autoridad los que comprobarían el carácter de «probablemente incurable», y declararían el derecho de la eutanasia; luego, ya se podría proceder a la supresión del enfermo.

La razón cabal se espanta de las espeluznantes perspectivas que con esto se abren; de las absurdas posibilidades, que ciertamente no rebasan el terreno de la verosimilitud. Si se acepta la eutanasia, los enfermos incurables y los contrahechos pueden ser suprimidos. Hoy, por propia petición; mañana—¡es tan pequeño el paso!—, acaso contra su voluntad. El profeta idolatrado de nuestra época, NIETZSCHE, exige: «*Die Schwachen und Missratenen sollen zugrunde gehen... und man soll ihnen noch dazu helfen*»—los débiles y contrahechos deben perecer... y debemos ayudarles en ello.

¡A qué atrocidades abre paso el parágrafo según el cual basta hacer constar la probabilidad del carácter incurable de una enfermedad! ¡Hasta sería suficiente la comprobación de la incurabilidad *después* de aplicar la eutanasia! ¿Qué será si, estando el enfermo sin sentidos, los impacientes herederos hacen comprobar el derecho de la eutanasia y lo ponen inmediatamente en práctica? El cuento en que un escritor insigne se burla de la corriente eutanásica, ¿es completamente ficticio? ¿Solamente en la fábula habrá unos médicos como el doctor Ruby? Sin mucha ceremonia prescribe al enfermo «puros habanos número 333», y viendo que el ayudante está vacilando, le dice con sonrisa despectiva: «Cuando yo era tan joven como usted también me aferraba fanáticamente a las formas. Cuando usted llegue a veterano, como yo, comprenderá que en la ciencia y en la vida lo importante no es la forma, sino la cosa... Yo miro con simpatía a los jóvenes concienzudos, mas no es lícito pasar de concienzudo a quisquilloso» (4).

No nos detengamos todavía. Ante nuestra vista surge una roca altísima; de allí nos llegan los lamentos emocionantes de los niños endebles arrojados por los pueblos paganos; y espantados vamos ponderando esta probabilidad: el párrafo 8.°, que concede a los contrahechos el derecho a la eutanasia, ¿no hará retroceder nuestra

(4) FRANCISCO HERCZEG: *Oreg és fiatal* (Viejo y joven). Magyar Figyelö, 1913, págs. 268 y sigs.

sociedad hasta el pie de la roca de Taigetos? Ciertamente, el asunto de los enfermos quedaría cómodamente solucionado si se introdujera legalmente la eutanasia; pero cuanto más sencilla, tanto más repugnante sería también la solución.

Y, sin embargo, si seguimos la orientación según la cual ordenan su vida grandes masas; si seguimos el camino de una crasa concepción materialista del mundo, *necesariamente hemos de llegar a tal extremo*. Nos rendimos a los profetas materialistas que predican se debe dar al cuerpo una libertad sin freno; hacemos el sordo a los anhelos de nuestra mejor y más noble naturaleza—que se lanza hacia las alturas y no se contenta con las cosas terrenales—, rechazamos toda barrera y nos entregamos a los placeres de los sentidos; hemos llegado a creer que en adelante no necesitaremos ya «letras de cambio para el cielo», que podremos organizar nuestro cielo acá abajo en la tierra; y cuando, a pesar de todas nuestras búsquedas, no encontramos la copa de las alegrías puras; cuando los problemas no resueltos de la vida, a pesar de sumergirnos en placeres, se clavan en la medula de los huesos, ¿es maravilla si el cuervo de la amarga desolación deja oír sus graznidos en nuestra alma?

Sistemáticamente han ido socavando nuestra concepción moral con la moderna apología del pecado, excusándolo todo, explicándolo todo por la debilidad humana. Han hablado del «derecho sagrado» de los sentidos, que en adelante no se ha de coartar con las doctrinas de mortificación y disciplina predicadas por el cristianismo. «Jenseits von Gut un Böse»—más allá del bien y del mal—: éste es el lema.

Vino Nietzsche y proclamó el derecho de la naturaleza, es decir, la satisfacción completa de todos los instintos, sin preocuparse de los eventuales escrúpulos de la conciencia. ¡Vivir, vivir, gozar! Vivir significa gozar. La fe en Dios es un obstáculo para el libre desarrollo de las capacidades humanas; el «Übermensch», el superhombre, no puede consentir que haya alguien encima de él, alguien que le mande. Sólo podrá sentirse libre emancipándose; entonces será para sí mismo lo que hasta ahora ha sido Dios para él.

Y también hubo de oír el mundo esta terrible blasfemia: «Zerbrechet, oh zerbrechet, meine Brüder, die alter Tafeln!» ¡Romped, romped, hermanos, las tablas antiguas! Romped las tablas del

Decálogo. Ahora, ¡adelante!; soltad la corriente de la vida; levantad los diques: que se precipiten las aguas, espumajeando por las planchas resbaladizas de los sentidos; que vibre en vuestros nervios la vida, la vida hermosa» (5).

Hemos oído la voz de mando; ha dicho el capitán Nietzsche: «¡Ahora, ahora! Apretad bien los dientes. Abrid los ojos. Las manos al gobernalle. Vamos saliendo de la moral» (6). Sumergidos hasta el cuello en los goces, con alegre despreocupación íbamos bogando por las aguas de la vida; el capitán, con el paroxismo espantoso del ateísmo, se alegraba de la propagación de la incredulidad. «¡Dios ha muerto!!—decía—. Nosotros le hemos matado... Vosotros y yo (7); no ha habido todavía hazaña más grande, y el que nazca después de nosotros participará—merced a esta hazaña—de una historia más elevada que la que hemos visto hasta hoy»... De repente se oye un crujido...; lo sigue un silencio sepulcral, y allá, en los escollos, aparece, clavando profundamente su mirada en nuestros ojos, la bien conocida, la inevitable, la de la guadaña, con órbitas vacías, con huesos que crujen.

«*Von der Erde jede höchste Lust*»—vengan los goces supremos de la tierra—, dijeron con Goethe; «*das Drüben kann mich wenig kümmern... aus dieser Erde quelle meine Freuden*»—lo de arriba poco ha de preocuparme... de esta tierra brotan mis alegrías—, confesaron con Fausto. La copa de los placeres, en medio de regocijo y alegría, iba pasando de mano a mano, y una sonrisa despectiva va esbozándose en los rostros al oír el nombre del «otro mundo». ¡Oh hombre! ¿Cómo es que se ha desvanecido repentinamente la soberbia despectiva, y la sonrisa se ha helado en tus labios en cuanto el dolor te tocó el hombro y te miró a los ojos la muerte?

Bajo el signo de una evolución desenfrenada—como nota con acierto Cathrein—, el curso del mundo parece falto de objetivo. No tiene una meta hacia la cual dirigirse; una necesidad imperiosa lo empuja inconsciente hacia el cambio continuo; obligada, como el río impulsado por la fuerza de gravedad y sin tener conciencia de su finalidad, va llevando sus aguas hacia el mar. Y en medio de

---

(5) PROHÁSZKA: *Concepción triunfal del mundo*, pág. 160. Madrid, 1945.

(6) NIETZSCHE: *Jenseits von Gut und Böse* (Más allá del bien y del mal). Edición de bolsillo, pág. 36.

(7) Citado por SAWICKI: *Der Sinn des Lebens* (El sentido de la vida). Panderborn, 1913, pág. 256.

esa corriente—corriente que sube y baja sin objetivo, sin causa racional—, el hombre no es más que una ola. Un instante... y ya ha desaparecido. En vano buscaríamos el sentido de la vida.

El movimiento que carece de objetivo carece también de sentido. El gran proceso de desarrollo juega con los objetos de este mundo, como el viento otoñal con las hojas secas: las levanta, las remolinea, las echa por el suelo, las amontona con un baile enloquecido y caprichoso (8).

Así se comprende el lema estoico que predica el suicidio: Cuando me parece oportuna, renuncio a la amistad con mi cuerpo—«cum visum fuerit, distraham cum corpore societatem—; fundadamente llamaron los estoicos al suicidio una «salida razonable» de la vida (εὔλογος ἔξαγωγή) ; y tenían razón los contemporáneos al grabar en el sepulcro de Diógenes—que se ahorcó—: «Mostró a los mortales un camino fácil y hermoso para salir de esta vida.»

Volvemos a insistir: la concepción del mundo acristiana o separada del cristianismo, la concepción laica, necesariamente conduce a tal extremo; porque vanas son todas las explicaciones; *no podremos resolver el problema de la vida si hemos de hacerlo con sola la existencia terrena.* Si el ataúd es el último episodio de nuestra existencia, entonces tienen razón los entusiastas de la eutanasia; entonces no tienen ni valor ni sentido la vida de un enfermo incurable ni el dolor. Mientras pueda gozar de la vida, viviré; y cuando llegue el sufrimiento o se acerque el final, procuraré dar el paso decisivo con la menor cantidad de dolor posible. «*Die Wohllust schehzt, ihre Ende schmerzt*», la alegría juguetea, su final nos duele; procuraré que me duela lo menos posible.

Se nos viene a la mente la frase de SÉNECA: «Mira, la puerta está abierta; breve es el camino para recobrar la libertad... ¿Para qué seguir uncidos al yugo si, de todos modos, nuestra vida no tiene ya ni objetivo ni valor?»

En vano afirma Nordau que la enfermedad, la debilidad, son un aviso para que busquemos el sentido, el valor de la historia cultural, los cuales demuestran que la existencia terrena llega a ser yugo pesado, sin valor, si no nos orientamos hacia un destino más elevado, si soportamos el yugo sin ver su sentido ni objetivo.

Basta recordar el lema del mundo clásico. Si estas palabras: «*Ede, bibe, comede, post mortem nulla voluptas*»—come, bebe, hár-

(8) CATHREIN: *Glauber und Wissen* (Fe y ciencia), pág. 494.

tate; después de la muerte no hay placer—, expresan la verdad, entonces no ha de indignarnos la frase despreciativa que respecto del alma pronunció ADRIANO en el momento de morir: «*Animula vagula, blandula!*»—¡Almita vagabunda, suave!

Si la muerte es aniquilación completa, no nos escandalicemos del proceder de Augusto, quien al sentir acercarse su fin pidió un espejo, se peinó y dijo a los circunstantes: «¿No he desempeñado bien mi papel en la comedia?; aplaudid y que caiga el telón, *acta est fabula*, la representación ha terminado.» Tenía razón, porque así la vida no es más que comedia; mueve a risa, como ocurrió con Demócrito, o impulsa a llorar, como lo hizo con Heráclito.

¿Es maravilla si nuestra época—que encierra las aspiraciones sublimes del alma en los límites estrechos de la existencia terrena, muchas veces incomprensible—llegó al mismo punto? «Agitación continua sin ningún objetivo—escribe O. EVALD, refiriéndose a nuestra época, en su obra intitulada *Gründe und Abgründe* (Fundamentos y principios)—, sed continua de sensaciones, un asirse espasmódico, un forcejeo sin término. Preguntamos a uno que está nadando en la corriente cuál es, propiamente, el objetivo que anhela conseguir; y él nos mira asombrado, sin comprender nuestra pregunta, o se estremece como un peregrino nocturno que oye pronunciar su nombre, y dice: «¡Ah, sí! ¿A dónde?»

Felicidad sin ética, vida y placer sin Dios, vida sin moral religiosa... ¡Todo esto tenía acentos tan seductores para nuestros oídos! En consecuencia, no quisimos ya servir a Dios, sembramos la semilla que ya está dando fruto. ¿Es cocoso? ¿Es marchito? ¿Le falta savia? Se parece a la semilla. No podemos defendernos alegando ignorancia.

Ya nos lo predijo NIETSCHE: «Nunca más orarás, nunca más descansarás con confianza ilimitada...; te niegas la posibilidad de tenerte en pie ante una Sabiduría suprema, una Bondad suprema, un Poder supremo, y explayar ante su acatamiento tus pensamientos...; ni tendrás en adelante quien te defienda, quien te sirva de amigo en tu soledad...; vivirás sin la perspectiva del monte, cuya cima está coronada de nieve, y en cuyas entrañas arde fuego...; no tendrás ya un Remunerador, no tendrás quien te corrija...; todo cuanto acaezca carecerá de objetivo razonable; en todo cuanto ocurra faltará amor...; no habrá descanso para el corazón, aquel descanso en que, cesando ya de buscar, se encuentra lo anhelado...;

protestas contra toda clase de paz definitiva...; hombre de las renuncias, ¿podrás renunciar a todo? ¿Quién te dará fuerza para ello? Hasta ahora nadie ha tenido aún fuerza suficiente para ello» (9).

Hemos oído, pues, las palabras del profeta, hemos ensayado sus doctrinas; pero precisamente los frutos de las mismas, que empiezan ya a madurar, nos obligan con una crueldad inexorable a revisar fundamentalmente el concepto moral de nuestra sociedad.

Desde las cátedras y en mítines, libros, hojas volantes se nos iba predicando que el único objetivo de nuestra vida es gozar, dar satisfacción a los deseos del cuerpo. Pero si ello es cierto, nuestra vida carece por completo de sentido, y después de la primera tribulación podemos pedir la eutanasia. Quizá nadie ha tenido en su vida mayores éxitos que Goethe. La fortuna no ha sonreído a nadie con más amabilidad y gracia: salud, fama mundial, fortuna...; y él las gozaba de lleno. Mas después de una vida pasada en medio de tanta «felicidad» terrena, hubo de reconocer que no había sido dichoso ni siquiera cinco semanas.

En su confesión nos parece oír el eco de la verdad encerrada en las palabras de SAN BERNARDO: «Cuando poseemos los bienes terrenales, nos sirven de peso; si los amamos, nos ensucian; si los perdemos, nos atormentan. *Bona quae possessa onerant, amata inquinant, amissa cruciant* (10).

Y si un Goethe ha de hacer semejantes confesiones; si un Schiller, el predilecto de las Gracias, dijo que nunca había sido feliz, que su mundo sentimental era árido, su mente estaba cercada de oscuridad; si un Alejandro Humboldt, el mimado de los dioses—que cerca de los noventa años de edad tuvo aún humor para burlarse de la inmortalidad del alma—, se quejó finalmente de los errores locos de su vida; si el califa Abdul Rahman, al dirigir una mirada retrospectiva a sus cincuenta años de glorioso gobierno, hubo de decir que solamente durante catorce días pudo gozar de una alegría no turbada..., ¿qué han de decir los millones y millones de hombres que pasan hambre y miseria?

Si toda la empresa de la vida humana se ciñe a la duración de la existencia terrena, y su objetivo es únicamente el placer, ¿no tendrán derecho a la eutanasia los innumerables seres que en los

(9) Citado por SAWICKI: o. c., pág. 258.
(10) Epist. 103.

sótanos avahados apenas tienen un mendrugo de pan? La vida de éstos, ¿no es más miserable que la de los enfermos, de los tullidos y contrahechos? La eutanasia y el suicidio en masa son conceptos que corren parejas.

Preguntamos ahora: ¿puede favorecer al Estado y a la sociedad, aun en el aspecto meramente material, este miedo a la vida?

Naturalmente, hemos de guardarnos de atribuir una fuerza excesiva al anhelo que el alma siente de felicidad perfecta, cuando lo citamos como argumento para probar la realidad de la vida perfecta, la recompensa o el castigo que nos esperan después de la muerte.

Mas con todo derecho podemos dudar de que la doctrina del monismo—según la cual, después de nuestra muerte, nos fundiremos con el «Espíritu impersonal del mundo», perdiendo con nuestro último aliento nuestra independencia y nuestra conciencia—señale un objetivo razonable a nuestra vida terrena, y, por consiguiente, nos comunique bastante fuerza para soportarla. Los monistas no pueden pretender más que figurar para siempre como diminutos átomos en el gran proceso de cambio a que está sujeta la materia.

Si hay entre los hombres algunos que ni siquiera en su lecho de muerte cogen el libro «de la inmortalidad del alma», la mayoría de ellos repiten la pregunta que la MARQUESA DE DEFFAND, amiga de Voltaire, dirigió a éste con escalofrío, al sentir aproximarse la muerte: «*Dites, êtes-vous sûr qu'il n'y a rien?*» Dígame, ¿está usted seguro de que no hay nada más allá de la muerte?

Y también es seguro que los hombres en general no pueden contentarse con la predicación de una «vida eterna», tal como la predica el monismo: Sí, vivirás eternamente, porque las partecitas de hierro, que iban soñando en tu cerebro de poeta, que hacían deducciones en tu corazón de filósofo, que bebían el pecado en tu cuerpo, entregado a vilezas, que sufrían en tu corazón inocente y perseguido, no perecen; no, seguirán existiendo en la rueda de un tren expreso o en la hélice de un avión.

Por lo menos, a nosotros no nos basta tal «inmortalidad», y comprendemos con facilidad por qué no brotan de tales doctrinas unas fuentes que puedan mitigar la crueldad de la vida.

Nuestros anhelos nos llevan hacia otra clase de felicidad eterna; y si estos anhelos no son más que sueños—según lo afirman

muchos hoy en día—, de todos modos el sueño del amor a sí mismo, el sueño del propio engaño, son tan antiguos como la Humanidad; todo hombre va soñándolo durante toda su vida, y durante el día mucho más que durante la noche (11).

No queremos detenernos más en tratar de ese desaliento pesimista, que es una de las peculiaridades llamativas de nuestra época. No parece sino que la herencia de Schopenhauer y Hartmann haya ido aumentando con el tiempo. Conocemos sus tesis. La vida es sufrimiento y más sufrimiento, un dar vueltas interminables sobre la brasa encendida; la vida no tiene otro objetivo que la negación de la vida; la mano férrea de las leyes naturales va gobernándolo todo; no podemos huir de ella. De modo que el hombre —hablando con Stirner—no tiene «vocación» para nada, no tiene un «deber» que cumplir, no tiene «destino», así como no tienen «misión» ni la planta ni el animal.

«¡Qué desgraciados artistas son éstos y cuán superficial es su obra! Nos alientan a gozarnos del mayo florido, mas no saben alejar de nosotros el otoño que se acerca con pasos de gigante. Nos coronan de flores, mas en esta corona nos traen el marchitarse de invierno. Al final de todas sus perspectivas está la sombra: el término de la vida, el perecer, la nada» (12).

Esa orientación de la vida explica la atomización de la filosofía moderna, de la cual se queja EUCKEN al escribir:

«Hoy día no tenemos metafísica, y hay muchos que se sienten orgullosos de ello. Mas sólo tendrían derecho a enorgullecerse si el mundo de nuestros pensamientos se encontrase en un estado perfecto, si aun sin metafísica dominasen en nuestra vida y en nuestro obrar unas convicciones firmes, si nos orientasen y nos levantasen por encima de la mezquindad de lo meramente humano grandes objetivos. En realidad, no podemos dejar de ver una atomización sin límites, una lamentable incertidumbre en todo cuanto sirve de fundamento a las convicciones, un desamparo completo frente a lo mezquinamente humano, una falta de espíritu en la abundantísima plétora de vida exterior» (13).

Con esto se explica también—séanos lícito llamar accidental-

(11) KNEIB: *Handbuch der Apologetik* (Manual de apologética). Paderborn, 1910, pág. 153.
(12) PROHÁSZKA: o. c., pág. 38.
(13) Citado por DONAT: *Die Freiheit der Wissenschaft* (La libertad de la ciencia). Innsbruck, 1910, pág. 352.

iente la atención sobre ello—cómo ha podido echar raigambre ntre nosotros, europeos, que nos quedamos casi molidos por la ida activa, el budismo, que niega la vida. Apenas pueden darse oncepciones más opuestas que el espíritu inquieto de nuestro coninente, su ánimo de trabajo, anheloso de subyugar toda la natualeza, y la inactividad quietista del oriente soñador. Hemos de explicar la gran propagación del budismo entre nosotros por los estrozos bárbaros que ha causado el materialismo, el cual no supo dar a los espíritus el prometido cielo terrenal y los precipitó en el pesimismo, donde los incita muy de cerca y con acentos seductores o el nirvana del budismo o el suicidio. «¡Tierra, tierra, hermosa tierra!... ¡Vida feliz en la hermosa tierra! Mas no para nosotros, sino para los otros; he ahí el fin de la cultura. Es un lenguaje espantoso, duro, que desconoce la suavidad. Como si se hicieran crujir huesos, tal es su sentido: le falta armonía.

¿Cómo es posible afirmar cosas semejantes? ¡Tierra, tierra!... ¿Siempre tierra? ¡Qué gusto más insípido!, ¡gusto de tierra! ¡Cuán seco y árido es todo cuanto se dice de ella! No en vano es esta tierra polvo y fango. Sus panegiristas se creen estar en ella como en su propia casa. ¡Cómo van a estarlo!; están en camino; y ¿qué llegará a ser para ellos esta hermosa tierra? Una fosa, un montoncito de polvo: la tumba. ¿Quién puede resistir este lenguaje duro, que cruje como huesos, este lenguaje que promete una vida feliz en la hermosa tierra? El eco que le contesta sigue repitiendo sin cesar: *Finis, finis, venit finis!* ¡Se acerca, se aproxima el fin, el perecer, la nada!» (14).

Y, sin embargo, este lenguaje duro, que cruje como los huesos, ha llegado a ser nuestra música de todos los días; este lenguaje suscitó hombres que gozan, hombres que sufren, mas *no ha podido suscitar ningún hombre feliz.* Entronizó una concepción de vida como la describe JÖRGENSEN en su escrito de conversión—acaso recordando su propia vida de antes:

«Una bacanal sin fin..., con rosas y con vino espumoso y con ninfas sin prejuicios... Y el que ya no puede pagar el vino y las rosas y las ninfas, basta que se aparte un poco—sólo a la distancia conveniente para no turbar la alegría de los demás—y acerque el revólver a su frente... ¡Un hombre menos! ¡Un átomo menos! No importa. La Naturaleza es eterna, la fuerza de las pasiones es

(14) PROHÁSZKA: o. c., pág. 63.

inagotable, el sol sigue levantándose cada mañana y madura nuevos racimos, nuevos hombres, nuevas rosas, nuevas mujeres» (15).

Nos encontramos al borde de espantosos precipicios. Nos vienen ganas de volver a poner con Carlos Marx como título del capítulo *Das Elend der Philosophie*—la miseria de la filosofía—. Se nos ocurre citar ante el cadáver de la Humanidad a aquellos apagadores de estrellas, que fueron causa de tamaña desgracia. Quisiéramos llamar a COMTE para que siga diciendo: «No miréis el cielo, y entonces tendréis vuestro cielo en esta tierra.»

Siguióse su consejo, ¿y qué ha sucedido? La tierra, el mundo, es una maquinaria sin alma; la vida es la cuestión más espantosa de la esfinge cruel! todo lo noble, lo ideal, no es más que cortedad necia, si al final de esta vida terrena nos encontramos con el abismo sin fondo del perecer eterno, del gran nirvana, del tiempo que todo lo traga. Aun el más venturoso no podrá encontrar otras palabras mejores para indicar su estado, que la confesión del emperador SEVERO: *Omnia fui, et nihil expedit;* lo he sido todo, y de nada me sirvió. He vivido según la receta prescrita por la concepción atea del mundo:

Wer nicht liebt Wein,
Weib und Gesang
Der bleibt ein Narr sein Leben lang,

el que no ama el vino, la mujer y el canto será un tonto durante toda su vida.

Pero a esto no puedo contestar sino:

Ich hab's nach dem Rezept getrieben,
Ach! wa's ich doch ein Narr geblieben,

viví según la receta; ojalá hubiese seguido siendo un tonto.

Ven tú, Feuerbach, y sigue diciendo que el hombre ha de ser el dios del hombre, porque solamente por medio del dios humano podemos descartar por superfluo el poder que está por encima o fuera del hombre; sigue diciendo que en adelante el lugar del cristianismo ha de ser ocupado por la Humanidad (16).

---

(15) Citado por SAWICKI: o. c., pág. 3.

(16) «*Der Mensch—so hör er hier einen Schüler Feuerbachs mit seinem Meister lehren—der Mensch ist dem Menschen Gott. Und nur durch diesen menschlichen Gott kann der über—oder ausser menschlich überflüssig gemacht werden, Was einst das Christentum war und wollte, das will jetzt das Menschentum.*» DONAT: l. c., pág. 23.

Ven también tú, Goethe, a cuyo «Fausto» dimos el «nombramiento» de libro sagrado del mundo moderno, para sustituir con él la Sagrada Escritura. Ven tú, a quien hemos seguido ciegamente, aun sabiendo muy bien que el rasgo predominante de tu talento prócer no es el ideal cristiano, sino «el poderoso Eros de la antigüedad pagana, el ánimo de vivir y el afán de gozar que no se preocupan de lo eterno, de lo divino, el amor sensual con su encanto primaveral y sus agitaciones juveniles» (17).

Este lenguaje nos deleitaba. Por amor al mismo dimos a Goethe nombres como éstos: «Ideal-Mensch», «Meister der Lebenskunst», «Hohepriester der Liebe», «Vorbild vollendetster Tugend» (el hombre ideal, el maestro del arte de vivir, pontífice del amor, modelo de la virtud más perfecta». Ensalzamos a su madre, la señora Aja, por habernos dado a luz la salvación, como la Virgen María (18). Siguiendo su consejo, en vez de ser «cristianos», quisimos ser nuevamente «hombres». El resultado ha sido que no podemos mantenernos en pie.

Ven tú también, padre de los «superhombres», y mira qué has hecho. Di, di que así habló Zaratustra: Dios ha muerto. Ahora queremos que viva el *Übermensch* (19). Dijiste que el predominio de los ideales ascéticos es el mayor peligro—junto al alcoholismo y la sífilis—para el hombre europeo. Dijiste que el cristianismo es la única maldición, la única ignominia imborrable de la Huma-

---

(17) BAUMGARTNER-STOCKMANN: *Goethe. Sein Leben und seine Werke* (Goethe. Su vida y sus obras). Herder, 1913, t. II, pág. 702.

(18) Cf. la siguiente estrofa, publicada en el *Frankfurter Generalzeiger:*

Frau Aja deiner heute denkt,
Mit Jubelmelodien
Die Welt, der du ein Heil geschenkt,
Ein ewiges, gleich Marien.

(Señora Aja, entre melodías de júbilo piensa hoy en ti el mundo, al cual diste una salvación eterna, como María.)

(19) «*Nun aber starb dieser Gott! Ihr höheren Menschen, dieser Gott war eure grösste Gefahr... Seit er im Grabe liegt, seid ihr erst wieder auferstanden. Nun erst kommt der grosse Mittag, nur erst wird der höhere Mensch Herr... Gott starb: nun wollen wir, dass der Übermensch lebe.*» Citado por DONAT, o. c., pág. 26.—«Ahora ha muerto este Dios. ¡Oh, hombres superiores! Este Dios era vuestro mayor peligro... Desde que él está en el sepulcro habéis resucitado verdaderamente vosotros. Ahora viene el gran mediodía, ahora será verdaderamente señor el hombre superior... Dios ha muerto: ahora queremos que viva el superhombre.»

nidad (20). Ven, pues; colócate ante el lecho de nuestra sociedad, gravemente enferma, y sigue clamando a sus oídos: «Te suplico encarecidamente que permanezcas fiel también en adelante a la tierra, y no des crédito a los que te hablan de esperanzas ultraterrenales. Estos son envenenadores, tanto si lo saben como si no.» ¡Hemos hecho, Nietzsche, lo que aconsejaste; hemos renunciado al fin ultraterrenal; nos hemos extraviado! ¿Y qué es lo que nos queda? Lo que a ti. Un corazón insatisfecho, una voluntad voluble, un espinazo roto (21).

Envenenadores son, en sentir de Nietzsche, los cristianos. Nuestra concepción del mundo es la que predicó Jesucristo. Tenemos la impresión de que, al oír unos acordes tan tristes como los que acabamos de escuchar, no nos es lícito detenernos. Nuestro trabajo sería negativo si, mostrando el forcejeo impotente de la concepción arreligiosa del mundo, no procurásemos al mismo tiempo disipar el pesimismo, que se apodera de nuestra alma al ver el fracaso de lo que está hoy de moda para solucionar el problema de la vida; hemos de disiparlo desplegando el concepto sublime del cristianismo referente al objetivo de la vida, y, sobre todo, referente al sufrimiento y muerte inevitables.

¡Cuántas veces se ha calumniado ya esta concepción del mundo diciendo que sólo tiene un valor negativo, que sólo enseña la renuncia, la mortificación, y no pregona, no recomienda la vida! Entre nosotros—dicen—no hay más que *Lebensverneinung*, negación de la vida; mientras que en el campamento de enfrente hay *Lebensbejahung*, afirmación de la vida. Ya el apologista del cristianismo primitivo Minucio Félix hubo de defender a los cris-

---

(20) «*Ich heisse das Christentum den einen grossen Fluch, die eine grosse innerliche Verdorbenheit... ich heisse es den Einen unsterblichen Schandfleck der Menschheit.*» Citado por DONAT, l. c., pág. 26.—«Declaro que el cristianismo es la gran maldición, la única y gran corrupción interior...; lo declaro única mancha de ignominia imperecedera de la Humanidad.»

(21) «*Habe ich noche ein Ziel? Einen Hafen, noch dem mein Segel lauft? Was blieb mir noch zurück? Ein Herz, müde und frech, ein unsteter Wille; Flatterflügel, ein gebrochenes Rückgrat.*» (¿Me queda todavía algún objetivo? ¿Un puerto hacia el cual bogue mi embarcación? ¿Qué me queda todavía? Un corazón cansado y ajado, una voluntad inconstante: ánimo veleidoso y un espinazo roto.) Citado por ZACH: *Das religiöse Sehnen und Suchen unserer zeit* (El anhelo y búsqueda religiosos de nuestra época). Paderborn, 1913, pág. 59.

tianos contra la acusación de huir del mundo (22). Acabamos de ver también los ataques de Nietzsche contra el «Evangelio de la decadencia». También Straus levantó la voz contra el Crucificado, pregonando que la Humanidad actual, pletórica de vida y actividad, no puede ya ver expresada en la señal de la cruz su conciencia religiosa (23).

Pues nosotros queremos demostrar que el cristianismo *abraza con entusiasmo la vida;* no solamente *fomenta* los esfuerzos intensos que buscan la vida, sino que es en nuestros días el *primer defensor* de la vida humana y del valor de la vida. Naturalmente, en estas breves líneas no podemos desarrollar toda nuestra filosofía de la vida, ni resumir esa inmensa literatura, que trata de la postura que el cristianismo adopta frente al dolor. Bastarán unas afirmaciones fundamentales para hacernos comprender que el cristianismo no intenta nunca suprimir en nosotros lo grande y lo noble, y que si excluye algo, si lo expulsa del dominio del alma, es porque descubre en lo que rechaza el sello de la muerte moral. Tenía razón San Ignacio de Loyola al afirmar que toda la miel que podemos recoger de las flores del mundo no es tan dulce como el vinagre y la hiel de nuestro Redentor.

El buscar el sentido de la vida es cosa tan antigua como la razón humana (24). Fué objeto de estudio para la filosofía griega; y ni siquiera el rasgo eudemónico—que nació simultáneamente con el espíritu griego—fué bastante para silenciar la gran cuestión, que adquiere expresión conmovedora, por ejemplo, en las tragedias de Esquilo y Sófocles, la cuestión del mal físico y moral. Un Sócrates, un Platón, un Aristóteles, es decir, la flor y nata del mundo griego, en vano forcejean para lograr la solución del problema.

Emprende un nuevo camino el desprecio típico de la Stoa y su impasibilidad distinguida, la cual, sin embargo, no ha podido suprimir el mal. Precisamente la ineficacia de la buena voluntad,

---

(22) Octav., 12.

(23) «*In einem Sinnbilde dieser Art kann die jetzige lebens—und tatfrohe menschheit nicht mehr den Ausdruck ihres religiösen Bewusstseins finden.*» STRAUSS: *Der alte und neue Glaube* (La fe antigua y la fe nueva). Edición popular, pág. 26.

(24) Para lo siguiente, cf. DR. STOCKMANN: *Optimismus, Pessimismus, Christentum* (Optimismo, Pesimismo, Cristianismo). *Akad. Bonifatius- Korrespondenz*, 1913, págs. 137-150.

grande y sincera, que se nota en los trabajos del representante principal del estoicismo, Séneca, es el mejor ejemplo de la impotencia de la mente humana, abandonada a sus propias fuerzas.

También al espíritu de SÉNECA se le presenta con fuerza cósmica el gran problema del objetivo de la vida: «*Non quaeram, quis sit istius artifex mundi? Ego nesciam unde descenderim? Quo hinc iturus sim? Quae sedes exspectent animam?*» ¿No he de preguntar quién es el artífice de este mundo? ¿No he de saber de dónde desciendo? ¿A dónde iré? ¿Qué suerte espera a mi alma?» Mas no puede dar otra respuesta que ésta: la vida es un punto entre dos nadas; la muerte es una feliz aniquilación.

De esta manera consuela a Marcia, que llora por su hijo: «*Mors omnium dolorum est et solutio et finis, quae nos in illam tranquillitatem, in qua, antequam nasceremur, iacuimus, reponit... Nec potest miser esse, qui nullus est.*» «La muerte es la liberación y el fin de todos los dolores, coloca de nuevo en esa tranquilidad en que nos encontrábamos antes de nacer... No puede ser desdichado el que no es nada.»

En otro pasaje dice a Lucilio: «La muerte es la nada. Partiendo de la nada, vuelvo a ser nada. ¿No sería una necedad afirmar que la luz apagada sufre porque no puede ya brillar? Nosotros somos como la lámpara que se enciende y se apaga.»

¡Qué paso da el cristianismo, el cual introduce en la explicación de la vida y del dolor el punto de vista de lo eterno! Así como antes del cristianismo la razón humana no pudo dar una explicación satisfactoria del dolor, del mal físico, tampoco pueden darla los sistemas que han querido resolver el problema del mal después de la aparición del cristianismo, discrepando de él. Ahí están, por ejemplo, el doble principio del gnosticismo, el principio del bien y el del mal, el duro determinismo del maniqueísmo que quita toda responsabilidad, el optimismo de Léibnitz, el pesimismo de Schopenháuer.

El optimismo exagerado está tan lejos del espíritu cristiano como el pesimismo abrumador.

Léibnitz, padre del optimismo, afirma que, si bien Dios creó libremente, una vez resuelta la creación, hubo de crear el mundo mejor posible, como consecuencia de su bondad infinita. Cuando Léssing y Hérder afirman que, si bien el mundo actual no es el

más perfecto, pero que tiende a serlo mediante la evolución, no hacen más que modificar la opinión de Léibnitz.

Llamamos la atención sobre la imposibilidad metafísica de un mundo completamente perfecto, incapaz de ulterior desarrollo. Además, las innumerables miserias de la vida real, el dolor y la muerte, son una refutación tan clara del optimismo exagerado, que, a no ser unos poetas soñadores, nadie lo admite hoy. No se suprime el mal mediante el optimismo.

Les extrêmes se touchent, los extremos se tocan...; aparece en el escenario el pesimismo filosófico de Schopenhäuer, que declara malo todo el mundo, toda la existencia. Schopenhäuer tilda de absurdo el calificar de bueno el mundo, porque no es otra cosa que el caos de unos seres atormentados, en que uno cava la tumba del otro (25).

Hartmann mitiga este colorido sombrío al afirmar que, si bien el mundo es tan bueno como puede ser, con todo, sería mejor que no existiese. Con esto casi nos encontramos en la triste renuncia del filósofo ecléctico del primer siglo cristiano, Cayo Plinio Secundo, quien sintió hasta tal punto la vaciedad del mundo, que consideró que el hombre es más feliz que la divinidad, porque el hombre puede poner fin a su vida, mientras que la divinidad no puede hacerlo.

Hemos de reconocer—aun rechazando las exageraciones excesivas del pesimismo—que en la vida terrena, la virtud y la dicha, el pecado y el castigo, el sufrimiento y la vida moral forman a veces agudas disonancias.

Y si precisamente la ponderación de tal hecho obligó a Kant a aceptar como postulados de la razón práctica la libertad de la voluntad, la inmortalidad y la existencia de Dios—cuando, sin em-

---

(25) «*Dieser welt*—escribe SCHOPENHAUER—, *dieser Tummelplatz gequälter un geängstigter Wesen welche nur dadurch bestehen, dass eines das andere verzehrt, wo daher jedes reissende Tier dar lebendige Grab tausend anderer und seine Selbsterhaltung eine Kette von Martertoden ist... dieser welt hat man das System des Optimismus anpassend und sie uns als die beste unter den möglichen andemonstrieren wollen. Die Absurdität ist schreiend.*» (A este mundo, a esta palestra de seres atormentados, atemorizados, que sólo subsisten comiendo el uno al otro, donde por lo tanto cada animal carnicero sirve de tumba viva a miles de seres, y su propia conservación es toda una cadena de muertes de martirio...; a este mundo se ha querido aplicar el sistema de optimismo y demostrarnos que es el mejor de todos los posibles. El absurdo salta a la vista.) Citado por STOCKUMS, o. c., página 142.

bargo, consideraba que éstas son cosas que no pueden probarse por la razón pura—, con ello indicó en cierta manera que solamente una concepción del mundo, que contenga la teología del sufrimiento y cuya mirada sea amplia por ascender a las alturas del otro mundo, podrá explicar satisfactoriamente el objetivo de esta existencia terrena.

Las condiciones señaladas aseguran al cristianismo la competencia en esta cuestión; al cristianismo, que reconoce con el sistema optimista las buenas cualidades del mundo, mas tampoco cierra los ojos ante el mal. Confiesa que el mundo es bueno, pero sólo relativamente, es decir, para alcanzar la meta que le fué fijada; y confiesa que es perfecto, pero solamente si se tiene en cuenta el estado real de las cosas, porque no es perfecto en absoluto.

EPICTETO, el esclavo estoico, exclama: «¿Pues qué? La locura y la costumbre han llevado a algunos a despreciar los tormentos, como, por ejemplo, los galileos (los cristianos); y la razón, la filosofía, ¿no ha de ser capaz de hacer otro tanto?» Hoy día su pregunta sería contestada por el novísimo producto de la filosofía anticristiana, que, con el rostro espantado, huye del sufrimiento o gime bajo su peso sin comprender nada; la respuesta sería la eutanasia.

El cristianismo nunca ha intentado negar el mar de dolores físicos, mar que se agita hace ya milenios, desde que hay un ser sensible en esta tierra; ni tampoco lo soporta con el corazón empedernido de la apatía estoica. Procura dar la explicación del enigma, y disipa la duda que pueda quedar, aún después de su explicación, mostrando el cielo, donde no habrá ya ni muerte, ni tristeza, ni luto, ni dolor.

Nadie puede afirmar con fundamento que el cristianismo—a pesar de sus doctrinas que explican el fin último de la vida con la vida ultraterrenal—no comprende los objetivos propios de la vida terrena.

Porque así como nuestra dependencia absoluta de Dios le designa espontáneamente como nuestro fin último, de un modo análogo el cristianismo enseña como verdad irrebatible que también durante esta vida terrena debemos trabajar en el cumplimiento de ciertos fines, lo que equivale a desarrollar el ideal humano, y

si se me permite decirlo así, es el «aprovecharse» verdaderamente de la vida.

Por el uso indebido ha llegado a sonar mal esta frase «aprovecharse de la vida», como si expresase el dar rienda suelta a los instintos bajos. Nosotros la entendemos en el sentido de realización perfecta del ideal humano; no nos referimos a la satisfacción ilimitada de los deseos del cuerpo. Si esta satisfacción fuese el fin del hombre, el Creador se habría contentado con dar vida al mundo de los animales.

Pero precisamente con crear un ser de orden superior quiso manifestar que a éste le fijó un fin más elevado: una vida más hermosa, más llena y armónica. Esta vida armónica, digna del hombre, es decir, la realización del ideal humano, no puede lograrse, a no ser reconociendo la primacía del espíritu. Por esto inculca el cristianismo con inflexible rigor el dominio del espíritu; y por esto su Fundador nos invita a los mayores sacrificios por amor al alma.

Mas una vez garantizada la incolumidad del orden moral, se abre ante el cristiano el mundo entero, se le brindan todas las hermosuras, todas las alegrías de la vida. El cristianismo sabe muy bien que el hombre anhela la alegría y la necesita. No quiere suprimirla, ya que lo necesario se justifica por sí mismo. El cristianismo no es gnosticismo, ni maniqueísmo, ni montanismo, que consideran cosa mala la materia y pecado el ponerse en contacto con ella. Nosotros no nos lamentamos del día en que nacimos. No consideramos un tormento la vida, ni podredumbre el cuerpo, ni muladar el mundo, ni a Dios fuente de ira relampagueante (PROHÁSZKA).

Confesamos que nuestro cuerpo resucitará un día y vivirá eternamente. Lo único que desea el cristianismo es que no busquemos la alegría allí donde no está, es decir, que no la busquemos conculcando el orden moral.

También el cristianismo conoce la felicidad de acá abajo en la tierra; y es que el Dios del cristianismo es el Dios del consuelo y de la alegría. Esta alegría no consiste tan sólo en olvidar por unos minutos las luchas de la vida diaria—lo que ocurre, según Hilty, con los goces del mundo (26)—, sino que es el sosiego que

(26) «*Ein grosser Teil der Heiterkeit*—escribe HILTY—*namentlich die Lustigkeit dieser Welt, dient bei erwachsenen Personen nur dazu, um für*

siente el niño fatigado cuando descansa sobre el corazón materno, que late con amor.

También nosotros queremos gozar, mas no tomando opio, cocaína o éter. También nosotros necesitamos alegría, mas no el embotamiento de la embriaguez. También nosotros tenemos sed, pero hasta tal punto que no cambiaríamos las delicias embriagadoras de la casa de Dios por flores de esta tierra, que se marchitan, ni por la pequeña vena de goces terrenales que tan pronto se seca.

El autor de las *Monistische Sonntagspredigte* (Sermones dominicales monistas), el célebre químico Ostwald, que se metió a predicador itinerante, al buscar la explicación del hecho de que aun hoy día haya tantos que se aferran a la idea de la inmortalidad personal, cree poder encontrarla, por una parte, en la enseñanza cristiana, sobre todo en la de la Iglesia católica, y por la otra, en el ánimo fuertemente sentimental de ciertas personas.

Según él, la Iglesia quiere infundir miedo a los hombres mediante la idea del castigo y recompensa ultraterrenales, para así dominarlos. Por otra parte, la esperanza de encontrarse un día con los seres queridos también mantiene viva la fe en el más allá. Y, sin embargo—dice Ostwald—, hemos de ver claro que con cuanta mayor firmeza cree una persona en la vida futura, tanto más incapaz se hace para la vida presente y para el logro de sus objetivos.

Con todo derecho podemos formular nosotros esta pregunta: Cuanto más insistimos ante una persona, inculcándole que si quiere participar de la felicidad eterna, ha de cumplir con exactitud los deberes de la vida presente, ¿no le damos con esta doctrina una poderosa ayuda para cumplirlos, según conciencia? Por consiguiente, si la Iglesia mantiene de un modo tan impertérrito la doctrina de la inmortalidad, lejos de suprimir así el valor de la vida terrena, lo defiende, lo levanta, lo asegura.

¡Cuántos bajan al sepulcro antes de conocer las delicias del mundo! ¡Cuántos, antes de empezar siquiera el camino hacia la

---

Stunden desjenige zu vergessen, was sie sonst nicht ertragen könnten und was sie in andern Stunden mit tiefer Traurigkeit, oft bis nahe zur Verzweiflung erfüllt.» (Una gran parte de la alegría, especialmente de la hilaridad de este mundo, en el caso de personas adultas, sirve únicamente para olvidar durante algunas horas aquello que de otra manera no podrían soportar y que en otras horas los llena de profunda tristeza, y muchas veces hasta de desesperación.) Citado por KEPPLER: *Mehr Freude* (Más alegría). Herder, 1909, pág. 31.

perfección moral! ¡Cuántos que desde la cuna hasta el féretro sólo han saboreado injusticias! ¡Cuántos que no han visto en torno suyo más que el triunfo de la mentira y del pecado! Si todos ellos no tienen compensación más allá de la tumba, entonces la vida carece de finalidad, es una locura. Pero si en la naturaleza inanimada descubrimos una teleología tan clara, ¿precisamente será la falta de finalidad ley de la vida espiritual, de la vida humana? La Iglesia lo rechaza predicando la inmortalidad (27).

Prueba contundente de que el vivir cristiano no significa despreciar la vida terrena ni huir cobardemente de los deberes que nos esperan acá abajo, es la historia del suicidio; apenas se notan indicios de asco, de horror a la vida, de hastío del mundo, de suicidios en la Edad Media, saturada de espíritu cristiano; en cambio, es espantoso el cuadro de devastación, causada por la epidemia del suicidio, en el antiguo paganismo, que *todavía* nada sabía del cristianismo, y en el nuevo paganismo, que *ya* no quiere conocerlo.

Ciertamente, Hume, uno de los defensores más estentóreos del suicidio, cree poder descubrir en el dolor insoportable como un llamamiento de Dios para abandonar este mundo; pero nosotros sabemos que el más fidedigno expositor de la voluntad divina, Nuestro Señor Jesucristo, aun en medio de los sufrimientos, nos invita no al suicidio, sino a abrazar heroicamente la cruz.

Con razón escribe MASARYK: «Si pasamos revista a la larga serie de los poetas modernos de tono pesimista—Joung, Byron, Shelley, Poe, Grabbe, Hölderlin, Heine, Kleist, Lenau, Sénancour, Musset, Foscolo, Leopardi, Carducci, Giusti, Slowacki, Lermontow, Puskin, Gogol—y añadimos la filosofía pesimista de Schopenhäuer, queda probado lo que afirman con una sequedad espantosa los datos de la estadística: estamos hastiados de la vida, nos faltan verdaderos bríos de vivir; los poetas van entonando cánticos fúnebres para acompañar el suicidio en masa» (28).

También el cristianismo quiere alegría, pero una alegría digna del hombre; por esto va cavando más hondo para buscar la fuente de aguadulce. Que no la alcanzaremos sin restringir las exigencias desenfrenadas de los sentidos, bien lo sabemos. Y no

---

(27) KNEIB, o. c., págs. 819 y sigs.

(28) Citado por JEHLICSKA: *Az emberi élet a keresztény erkölcstanban* (La vida humana en la moral cristiana). Budapest, 1908, pág. 62.

ignoramos que los instintos bajos han de callarse cuando se trata de trabajar en nuestra misión más noble. Esto es el único *stirb und werde* razonable (muere para ser).

El cristiano no se ve exento de sufrimientos, pero sabe apreciar bien la alternación de días tristes y alegres. También Paulsen opina que, así como la planta necesita sol y lluvia para crecer, de un modo análogo el hombre no puede vivir sin días tristes y alegres. El que fuese desgraciado en todo, el que sólo tuviese experiencias malas respecto de las cosas y respecto de los hombres —si en realidad se diera tal caso—, con horror tendría que volver la espalda a la vida.

Pero tampoco tendría derecho de proclamarse feliz quien viera realizarse todos sus anhelos. Aun cuando no pereciese en su hartazgo y soberbia, le faltarían muchas e importantes vivencias humanas, y no podría desarrollar en sí los rasgos esenciales de la naturaleza humana (29).

De modo que el cristianismo sabe abrir la puerta también a la alegría terrenal; pero sabiendo que los goces de los sentidos no pueden colmarnos de dicha ni son capaces de dar satisfacción a las necesidades más profundas del alma, se guarda de predicar de un modo exclusivo las alegrías de esta tierra. Fundándose en una experiencia irrebatible, enseña que el goce no es capaz de apagar ni siquiera el deseo de los sentidos, sino que va encrespando más bravíamente sus olas. «Así es el goce de la vida: mientras no hacemos más que barruntarlo, nos parece un cielo; apenas empezamos a poseerlo, su encanto se disipa.» (KISFALUDY.) Y aun cuando lo persiguiésemos continuamente, nos cansaríamos antes de poder encontrar satisfacción en él.

Precisamente nuestro organismo, nuestro cuerpo, suministra la más brillante apología a esta doctrina del cristianismo. Como si la misma Naturaleza quisiera llamarnos la atención y advertirnos que hemos de buscar en otra parte la felicidad que nos tranquilice; está constituído de tal manera, que el afán de placeres, por más pábulo que le demos, con el tiempo llega a gozar menos y necesita cada vez mayores excitantes para reaccionar; la misma capacidad de goce se atrofia, se extingue; y la gran caza de placeres pasa a ser hastío de la vida.

---

(29) SAWICKI, o. c., págs. 155 y 156.

El pesimismo, diríamos epidémico, que aparece en las épocas que se hartan de placeres, es señal inequívoca de que fracasaron las esperanzas puestas en el placer de los sentidos, y prueba la verdad contenida en las palabras de nuestro poeta:

Kinek virág kell, nem hord rózsaberket,
a látnivágyó napba nem tekint,
kéjt veszt, ki sok kéjt szórakozva kerget,
csak a szerénynek nem hoz vágya kint.

«El que quiere flores, no lleva toda una rosaleda; el que anhela ver, no mira el sol; pierde el gozo quien distraído corre en pos de muchos placeres; solamente el modesto no encuentra tormento en su deseo.»

El cristianismo predica la única alegría capaz de dar satisfacción al alma: la alegría reposada del alma unida con Dios. Ciertamente, alude al otro mundo, mas no despoja la vida de su significado; al contrario, aumenta su valor cuando le da un carácter decisivo respecto a la vida futura. «Ten buena conciencia, y siempre tendrás alegría»—nos enseña TOMÁS DE KEMPIS (30).

«De esta manera, el cristianismo—podemos repetir con Th. Garrique Masaryk—realmente llegó a ser doctrina de vida; el Evangelio enseña que hemos de amar *la vida* y no la muerte. Por esto decimos que esta nueva gozosa redimió y salvó al paganismo agonizante; el cristianismo ahogó en su germen la inclinación que tenía el politeísmo pagano al suicidio, y devolvió los hombres a la vida» (31).

Este es uno de los puntos en que el cristianismo se encuentra muy por encima del concepto moral de nuestra época: la alegría que él brinda no es efímera, el gozo que encontramos en esa alegría no aumenta la sed. Ciertamente, el cristianismo predica la mortificación, levanta barreras; mas precisamente así puede llenar de verdadera alegría la vida, mientras que las concepciones del mundo, que recomiendan los placeres ilimitados de los sentidos, se precipitan irremediablemente en el pesimismo.

De ahí que el cristianismo no hubo de decir nunca que la vida es *ein Possenspiel, ein alberner Roman*—una farsa, una novela necia—, como lo hizo SCHELLING; tampoco hubo de afirmar con

(30) *Imitación de Cristo*, II, 6, 1.
(31) Citado por JEHLICSKA, l. c., pág. 59.

FEUERBACH que es *ein Irren und Schurkenhaus*—un manicomio y una casa de bribones—; ni aceptó la definición de SCHOPENHAUER, a saber: que es *eine Prellerei, eine unnütze, störende Episode in der stetigen Ruhe des ewigen Nichts*—una trampa, un episodio inútil y perturbador en la calma constante de la nada eterna.

Otra nota de incomparable superioridad que lo levanta sobre las concepciones del mundo actualmente en boga es la comprensión, la explicación del dolor.

El sufrimiento, el dolor, a pesar de todos los adelantos, a pesar de todos nuestros esfuerzos, está de lleno en nuestra vida, y nos mira cruelmente hito a hito, tanto si queremos como si no queremos. No cabe duda; hasta cierto punto tenemos la culpa nosotros. Habría menos sufrimiento en la vida si fuésemos más rigurosos con nosotros mismos y más tolerantes con los demás.

Pero, al fin y al cabo, la vida y el sufrimiento se entreveran. Ser hombre significa también sufrir. Y así como hace ya milenios que cierta cantidad de lluvia va cayendo sobre la tierra año tras año, así va cayendo también la lluvia de lágrimas que brotan del corazón humano. Tanto si el hombre ha vivido en la barbarie como en la cumbre de la civilización, nunca ha podido secar sus lágrimas. (LACORDAIRE.)

Pues bien; una concepción del mundo que no tiene una sola palabra para el hombre que sufre, que, en vez del aceite del buen samaritano, ofrece piedras al atribulado, necesariamente ha de desplomarse. Hay desgracias que *no podemos evitar*, que hemos de soportar; y la cuestión es ésta: ¿podremos darles, por lo menos, una explicación satisfactoria y ponerlas al servicio de cierta finalidad —así como lo hace el cristianismo—o soportaremos incomprensivos, impotentes, con crujir de dientes el puño de hierro del destino, hasta sucumbir? Según la concepción arreligiosa del mundo, no nos queda más que esta segunda solución.

Naturalmente, no se explica satisfactoriamente el sufrimiento con sólo aludir a los fines del Universo, inconcebibles para nosotros, aunque armónicos entre sí. Precisamente por esto hemos de aceptar el punto de vista cristiano, en que no sirven de elemento decisivo en la solución, ni siquiera de consuelo, las leyes del Universo, sino únicamente la bondad indecible de un Ser personal e infinito.

Es cierto: no podemos abarcar por completo la voluntad santa

de ese Ser; pero nos tranquiliza el pensar que su bondad y amor flotan también sobre los abismos ocultos a nuestra mirada. Este amor sale fiador de que el sufrimiento que de El procede redundará en nuestro bien, lo mismo que la paciencia con que soportamos la tribulación (32).

Sin sufrimiento no se desarrolla la grandeza moral, el carácter; porque, ¿qué otra cosa significa tener carácter, sino dominar por completo nuestros pensamientos, nuestros deseos, nuestras palabras? Pues bien; para llegar a estas alturas hay que pasar por luchas y abnegación, por el valle sombrío de los sufrimientos. Indican ese incomparable valor en orden a formar el carácter las palabras de SAN AGUSTÍN, con que Bossuet terminó su célebre sermón sobre la necesidad del sufrimiento: *Perdidistis utilitatem calamitatis et miserrimi facti estis*—habéis perdido la utilidad de la tribulación y os habéis hecho miserables sobremanera.

Con acierto subraya el insigne escritor de Pedagogía P. GILLET, que en la educación actual hemos de enseñar principalmente a sobrellevar el sufrimiento, tanto más cuanto más estrepitosamente se inculca a nuestros educandos la tesis de que solamente los goces terrenales nos dan la salvación. «Porque si aprenden a no temer del sufrimiento—escribe en su obra *Religión et Pédagogie*—no retrocederán, al encontrarse con él, en el cumplimiento de su deber. La escuela del sufrimiento nos brinda verdaderas alegrías varoniles, junto a las cuales palidecen todos los goces sensuales» (33).

---

(32) «*Hier sind nicht ewige Gesetze*—escribe DUNIN-BORKOWSKI en su estudio intitulado *Philosophie und Glück* (Filosofía y dicha). Stimmen aus M. Laach, 1913, pág. 127—*die man durchschauen müsste, um sich einigermasse—schwach genug—an ihnen zu trösten, das Massgebende, sondern der unendlich liebevolle Wille und die namenlose Güte eines unendlichen persönlichen Wesens vermitteln den Trost und das Glück. Gewiss durchschaut man auch hier nicht die Abgründe dieses Willens, man erkennt aber, dass es Abgründe der Güte und Liebe sind. Und da wird dann der menschliche Wille zu einer mächtigen Liebe emporgerissen... Das ist die Grundlage der christlichen Philosophie des Glücks.*» (Aquí no son unas leyes eternas las que tendríamos que comprender para podernos consolar con ellas hasta cierto punto—bastante poco—; antes bien, la voluntad infinitamente amorosa y la bondad indecible de un Ser infinito, personal, son las que comunican el consuelo y la dicha. Ciertamente no podemos penetrar los abismos de esta voluntad, pero comprendemos que son abismos de bondad y de amor. Y la voluntad humana se siente levantada a un amor poderoso. Este es el fundamento de la filosofía cristiana de la dicha.)

(33) «*Par là on leur apprendrait, en même temps, à n'avoir pas peur de la souffrance, et quand le devoir est en jeu, à le préférer au plaisir. L'école de la souffrance, en effet, est la véritable école de la sensibilité. C'est là*

El cristianismo oye resonar de continuo las palabras del apóstol SAN PABLO: «*A la verdad, yo estoy firmemente persuadido de que los sufrimientos de la vida presente no son de comparar con aquella gloria venidera, que se ha de manifestar en nosotros*» (34). «*Sabemos también nosotros que todas las cosas contribuyen al bien de los que aman a Dios*» (35), y «*el Señor al que ama, le castiga*» (36). También las de Santiago, quien nos dice que hemos de soportar con paciencia los sufrimientos, porque «*la paciencia perfecciona la obra; para que así vengáis a ser perfectos y cabales, sin faltar en cosa alguna*» (37).

Ciertamente, tampoco el cristianismo podrá suprimir el sufrimiento; pero sí suprimirá *la desesperación* al indicar los objetivos sublimes que Dios quiere lograr en el mundo mediante el sufrimiento. No podremos dar una solución perfecta a todos los problemas del sufrimiento, porque no somos capaces de abarcar con una sola mirada la historia del Universo, que se extiende a millones y millones de años, lo que tanto nos ayudaría a comprender la misión del sufrimiento. Pero, a pesar de toda nuestra mezquindad, podemos descubrir en el sufrimiento ciertos fines, con lo que podremos colocarlo sin dificultad en nuestra concepción del mundo.

Así, pues, el dolor sirve a la vida y a la salud del cuerpo, llamándonos la atención sobre las perturbaciones y deficiencias del organismo. La necesidad promueve también el progreso espiritual. El sufrimiento acera el carácter, pone a prueba la fuerza de voluntad, corrige las aberraciones morales, purifica la concepción ética.

El sufrimiento puede servir de silenciosa expiación y reparar la armonía destruída de los mandamientos divinos; puede ser escultor de mano exquisita para modelar el alma mediante el παθει μαθος, es decir, con su agudo cincel; puede ser un medio para merecer la felicidad de la vida futura. No es simple y chispeante ocurrencia la afirmación de JEAN PAUL: «Nuestra vida es una cámara oscura; los cuadros del otro mundo aparecen con tanta mayor claridad en ella cuanto más oscura es.»

---

que se trempent les caractères, et se préparent les joies viriles, auprès desquelles pâlissent tous les plaisirs de la chair.» (Revue Pratique d'Apologétique, 1913-1914, pág. 941.)

(34) *Carta a los Romanos*, VIII, 18.
(35) *Idem*, VIII, 28.
(36) *Carta a los Hebreos*, XII, 6.
(37) *Carta de Santiago*, I, 2, 4.

Y precisamente porque la filosofía cristiana puede encuadrar también el sufrimiento entre los medios de que se sirve Dios, nunca habría llegado a pregonar la eutanasia; porque por muy genial que sea la explicación con que queramos aclarar el problema de la vida terrena y del sufrimiento, si de la doctrina cristiana no creemos más que esto: *Eres polvo, y en polvo te has de convertir,* y no añadimos estas palabras alentadoras: *Espero la resurrección de los muertos,* tendremos que reconocer que, al saldar la cuenta definitiva a la vera de nuestra tumba, necesariamente nos encontraremos con déficit.

No sabemos qué hacer con una vida que se pierde en la muerte. ¿Para qué tanto sufrimiento? ¿Por qué es un trabajo imperfecto, fragmentario, todo lo que hacemos? ¿Por qué nos quedamos tan a la zaga de nuestros ideales? Son preguntas que quedarán para siempre incontestadas sin la verdad que resuelve las disonancias del *non omnis moriar*—no moriré del todo.

Para el cristiano, la vida terrenal no es más que prólogo, introducción al libro de la vida eterna. Aunque hubiera de escribir con la propia sangre todo el prólogo, sabe que bien lo merece el contenido del libro.

Ember gondolj mindig jóra,
hogy ne félj, ha üt az óra,
amely hív majd tégedet;
az lesz boldog fenn az égben,
ki e rövid földi létben
már eleget szenvedett.

«Hombre, piensa siempre en el bien, para que no hayas de temer, cuando suene tu hora; será dichoso en el cielo quien haya sufrido bastante en esta breve vida terrena.»

Sin la enseñanza del cristianismo, ¿habría podido escribir estas líneas la reina Isabel, quien tanto sufrió en esta vida terrena? (38).

Aun cuando toda la vida del cristiano fuese un sufrimiento continuo, él vería en la tribulación el arado de Dios que ahonda y que rotura el páramo, para luego sembrar en él flores, que se abren para la vida eterna (Jean Paul). *Fortia agere Romanum est,* hacer cosas grandes es propio de los romanos, solía decirse antiguamente; aña-

(38) El autor se refiere a la esposa de Francisco José, emperador de Austria y rey de Hungría.—*N. del T.*

damos nosotros: *fortia pati Christianum est*, sufrir mucho es propio de los cristianos. Porque el cristiano, en medio de todos los sufrimientos, oye las palabras consoladoras: *Conozco tus obras, y tus trabajos, y tu paciencia..., y que tienes paciencia, y has padecido por mi nombre, y no desmayaste* (39).

En medio de la desgracia, es cosa fácil despreciar la vida, dice el dístico de Marcial; héroe es quien sabe también sufrir.

Rebus in angustis facile est contemnere vitam,
fortiter ille facit, qui miser esse potest.

Sufrimiento y vida moral—según el hermoso símil de LACORDAIRE—están en la misma relación que la poesía y el estilo. La poética impone formas severas, atadas al lenguaje—lo mismo que el sufrimiento a la vida—; pero precisamente así lo levanta a las alturas de la hermosura suprema.

Vemos, pues, cuán lejos está de paralizar nuestros bríos de vida la idea de la muerte y del otro mundo. Para medir rectamente el valor de la vida, no hemos de contar los deseos realizados, sino los deberes cumplidos. El que cumple sus deberes de cristiano, siempre está aparejado para la muerte. Y quien está preparado para la muerte, propiamente está preparado para la vida, porque solamente quien sabe morir con tranquilidad puede vivir tranquilo.

Si enfocamos de esta manera el sufrimiento, cobra sentido aun la vida del enfermo incurable, la del tullido, la del contrahecho, y la muerte pierde su horror. Si apreciamos de esta manera el sufrimiento, será posible no solamente mirar tranquilamente el mismo martirio, si importa, sino—lo que es mucho más—los sinsabores de una vida mísera, las privaciones que duran años, la enfermedad que desemboca en la muerte. Naturalmente, el sufrimiento y la muerte son dolorosos para todos; lo son también para el cristiano. Pero no son temibles. Porque nuestro sufrimiento—lo sabemos—no carece de objetivo, y nuestra muerte no está falta de esperanza. Y quien busca vida en la muerte, no la teme; en el lecho de la muerte extiende los brazos y repite con la María Estuardo de SCHILLER:

Mein Heiland! Mein Erlöser!
Wie du em Kreuz die Arme ausgespannt,
so breite sie jetzt aus, mich zu empfangen.

(39) *Apocalipsis*, II, 2, 3.

«¡Salvador, Redentor mío! Así como extendiste los brazos en la cruz, extiéndelos ahora para recibirme.»

Todos los hombres mueren; pero solamente el cristiano *sabe morir*. Aun cuando el cristianismo no puede detener los golpes en la vida, nos enseña a soportarlos y graba en nuestra losa sepulcral las palabras alentadoras: «Continuará.» (PROHÁSZKA.)

Sin este consuelo no se comprende la sonrisa en el rostro del moribundo, no se comprende lo que escribe BOUGAUD:

«Si mi fe se desvaneciera algún día..., yo iría a sentarme en espíritu junto al lecho mortuorio de Bossuet. ¡Qué paz! ¡Qué certeza absoluta, inconmovible, de la promesa del Evangelio!

»Iría a escuchar a Suárez, a ese sabio admirable que en su hora postrera murmuraba: «No sabía yo que la muerte fuese tan dulce.»

»Me iría a contemplar a Lacordaire, ese espíritu atrevido que clavó sus ojos en el Crucifijo, pensando: «Ya no puedo hablarle..., no; pero le miro...» No sé si la fe puede aducir argumento más poderoso que la serenidad postrera de los grandes espíritus y grandes corazones.»

De modo que también a nosotros nos acecha la *pallida mors*, la pálida muerte; pero se encuentra con nuestra esperanza, *spes immortalitate plena*, que rebosa de inmortalidad. Nadie se atreverá a afirmar que el autor de la *Bonne souffrance* no conociera el sufrimiento. Y con todo, Coppé, que hubo de soportar tormentos realmente enloquecedores, deseaba para sí una larga agonía. ¿Por amor al sufrimiento? De ninguna manera. Sufrir era terrible también para él. Sino por su valor meritorio. *Je veux une longue agonie* —dijo—, quiero una larga agonía; se calló un momento, y luego añadió la explicación: *Car je crois en Dieu et à l'immortalité de l'âme*—porque creo en Dios y en la inmortalidad del alma.

Sí, porque el cristiano cree en Dios y en la inmortalidad del alma, ve un valor aun en la vida del enfermo incurable, y por esto no teme la muerte. Sabe que:

Nem feledést jelent a sír moha;
jelenti a léleknek diadalmát,
a végtelenség mindörök hatalmát,
Melynek sugara a mohán rezeg...
Jövel Halál! Hadd higyjem, hogy leszek.

(*Rudnyánszky.*)

«El musgo de la tumba no significa olvido; significa el triunfo del alma, el poder eterno de la infinidad, cuyo rayo vibra sobre el musgo... ¡Ven, oh muerte! Quiero creer que existiré.»

El cristianismo no habría llegado al pensamiento de la eutanasia, porque cree que *vivit post funera virtus*, que sigue viviendo la virtud después de la muerte. Por esto levanta la voz, como defensor impertérrito de la vida humana desde el principio, contra la eutanasia. Por esto, aun la vida del idiota más desgraciado es tan sagrada y de tan profundo significado para él, que solamente en casos extraordinarios, por el interés del bien público, reconoce al Estado el poder de fallar sobre la vida humana. Aún más; Foerster, que se funda en principios cristianos, levanta la voz aun contra la pena de muerte, impuesta por el Estado; le instiga a ello un escrúpulo de conciencia; es, a saber, que el respeto profundo, sagrado de la vida humana, sólo puede ser garantizado por una incolumidad que no admite excepción (40).

* * *

Suele llamarse a nuestro siglo el siglo del niño. No oponemos ningún reparo a tal denominación, pensando en nuestros desvelos a favor de los niños. Mas sería de desear que fuera más crecido el número de quienes comprenden la inconmensurable fuerza cultural que la Iglesia católica comunica a la sociedad actual mediante el aprecio de la vida—también de la vida infantil—. Por todo el mundo, y principalmente en los países más civilizados, vemos señales descorazonantes del horrendo «Kulturkampf», que la temible gran potencia, la «Luxuria», desencadena contra la vida del niño. No vencerán este poder ni Forel, ni Ellen Key, ni Helene Stöcker, ni ningún otro; sólo podrá vencerlo Cristo, el gran Amigo de los niños.

Pero así como fuera de la Iglesia católica ninguno es capaz de levantar la voz con eficacia contra las prácticas repugnantes del neomaltusianismo para defender la vida humana que se quiere suprimir ya en su germen, de un modo análogo aparece ante nosotros al final de este estudio *la Iglesia católica—acusada de negar la vida y huir de la misma—con la aureola de defensora de la vida*

(40) Capítulo intitulado *Die Ausscheidung alter Strafarten* (Suprimiendo antiguos métodos de castigo). Munich, 1911.

enferma, atribulada, pronta a extinguirse; la defiende contra el error más moderno del monismo: la eutanasia.

Según Platón, la mejor filosofía es la que enseña a morir bien; según Spinosa, la que nos enseña a vivir bien. Según nosotros, es la que enseña a vivir bien y a morir bien. El autor de esta filosofía es Jesucristo, y esta filosofía es el cristianismo. Cristo, que es la «vida», y que ha venido para que «tengamos vida y la tengamos en más abundancia», y el cristianismo, al que Cristo entregó en depósito las doctrinas, no solamente de la vida recta, sino también de la muerte buena. Vivir cristianamente es a veces difícil; morir es fácil; pero es difícil la muerte para aquel que ha llevado una vida fácil.

EL IDEAL MORAL

SEGUN EL BUDISMO Y SEGUN EL CRISTIANISMO

El hecho llamativo de que individuos y asociaciones, diarios y libros completamente distanciados de la religión se dediquen tan extensa y frecuentemente a cuestiones religiosas, no es solamente una señal inequívoca de que en la vida moderna no ha quedado eliminada la cuestión religiosa tan radicalmente como algunos quieren suponer, sino que, al mismo tiempo, prueba de un modo brillante que es imposible sofocar definitivamente el anhelo que el alma siente por Dios o querer ignorarlo por completo.

Porque para no mencionar otra cosa, ¿cómo se explica que el mismo Gizycky, uno de los apóstoles más incansables de la incredulidad, escribiera una *Filosofía de la moral* sin fundamento religioso, y de los diez capítulos de su libro dedicara dos a la Teología? ¿Cómo se explica que Leopold Schefer, uno de los más célebres poetas que consagraron su vida a extirpar entre los hombres la fe en Dios, escribiera tres libros sobre la religión verdadera?

El sistema geocéntrico se arrumbó, el movimiento giratorio de la tierra quedó probado; la cuestión está resuelta definitivamente, y ya no hay quien pida nuevos argumentos. Si también la incredulidad trabaja con hechos rigurosamente científicos (siempre cita a la ciencia), y si «está probado» el error del cristianismo, ¿para qué proponer al mundo «argumentos nuevos? ¿No piensan esos señores que cualquier día se les aplicarán las palabras de Fausto?:

Daran erkenn' ich die gelehrten Herrn!
Was ihr nicht testet, steht euch weilenfern;
Was ihr nicht fasst, das fehlt euch ganz und gar,
Was ihr nicht rechnet, glaubt ihr, sei nicht war;
Was ihr nicht wägt, hat für euch kein Gewicht,
Was ihr nicht münzt, meint ihr, gelte nicht.

«En esto conozco yo a los señores doctos: lo que no palpáis, está lejos de vosotros; lo que no comprendéis, no existe para vosotros; lo que no podéis contar, os parece que no es verdadero; lo que no podéis poner en la balanza, no tiene peso para vosotros; lo que no acuñáis, os parece que no tiene valor.»

Ya que nada han podido contra el dogma, parece que hoy día en los círculos masónicos el lema flamante es éste: desacreditar la moral cristiana. Hace unas pocas semanas (1) produjo gran revuelo en toda Alemania la atrevida calumnia lanzada por el *Münchener Neueste Nachrichten* contra la moral cristiana, a lo que siguió, por parte de los católicos, una protesta pública muy enérgica y eficaz.

Y he ahí que entre nosotros, un masón, propagandista del ateísmo, nos ofrece una sorpresa o aguinaldo de Navidad: partiendo de la denigración sin precedentes del cristianismo, llega a la exaltación de la moral budista. Propiamente no hace más que recalentar un plato antiguo—cocido ya por Ed. v. Hartmann—, el llamado «*Lohnsucht*» (afán de recompensas) del cristianismo, al echarle en rostro que «hoy día únicamente la domadura de los animales se funda en los principios de recompensa y castigo, como la moral cristiana se funda en el infierno y en el cielo».

«El cristianismo—dice—presupone la inmortalidad del alma y la existencia de un Dios personal que castiga y recompensa... En cuanto se demuestra que el mundo no se hizo a la voz de mando de un poder exterior, y no se puede aducir prueba alguna de la supervivencia del alma, los mandamientos de la moral cristiana carecen ya de sanción.»

El budismo, en cambio, es una prueba de que es posible «fundamentar una moral mucho más desarrollada y noble que la cristiana, sin apoyarse en la promesa de recompensa y la amenaza de castigo, es decir, sin recurrir al egoísmo personal».

Como podemos convencernos por esta breve cita textual, no hay que meternos con el autor. Quien se atreve, aun hoy día, a negar con toda seriedad el mundo eterno y afirmar el perecer del alma, quien no se ha enterado todavía de la sentencia de muerte pronunciada hace tiempo por la ciencia respecto a tan crasas afirmaciones del materialismo, no merece que se le conceda beligerancia. Sin embargo, bueno será dedicar nuestra atención al hecho mismo, a

(1) Este estudio fué publicado el año 1914 en *Magyar Kultura*.

este nuevo ejemplo del frívolo remedo del extranjero; el hecho de haber llegado a nosotros la moda, que hace poco empezó a dominar en los países occidentales, es a saber, la de recomendar el budismo como sustituto del cristianismo.

Entre los alemanes está trabajando desde el año 1903 la *Buddhistische Gesellschaft für Deutschland* (Asociación Budista de Alemania), que tiene su sede en Léipzig; sirven a fines similares las asociaciones teosóficas. En Suiza se proyecta la fundación de claustros budistas. En el canto de «*Walkyria*», del *Ocaso de los dioses*, de Wágner, resuenan temas similares. Ha llegado ya hasta nosotros tal corriente.

Basta conocer un poco la doctrina cristiana y la budista para cerrar la puerta a los profetas charlatanes, y cerrársela con el espanto de quien teme por la cultura y civilización europeas.

Sobre el sistema de Buda pesa, como una sofocadora niebla londinense, el pesimismo que paraliza toda actividad cultural. Ese pesimismo movió a Buda, a los veintinueve años de edad, a abandonar su palacio, su joven esposa, su hijito—que no tenía más de un año—para buscar bálsamo a sus tormentos espirituales. Después de torturarse durante mucho tiempo, se le ocurrió en una noche silenciosa, debajo de una higuera, la doctrina redentora: el nirvana, que se consigue mediante una abnegación perfecta, continua; el nirvana inactivo, silencioso, en que termina toda vida y todo sufrimiento. Y Buda se presentó en la región de Benarés, y empezó a pregonar las «cuatro verdades santas»: en la vida todo es sufrimiento; la sed de los goces sensuales es la causa del sufrimiento: hay que suprimir el sufrimiento, sofocando todos los deseos.

¿Qué quiere, pues, Buda? Redención, es cierto; pero una redención, una liberación *de este mundo*, en que no hay nada estable, en que todo es un nacer y perecer, un sufrir necio. Para él, todo es un nacer y perecer, todo es simple proceso; no tenemos un «yo» permanente, un alma. Como es natural, no vió la contradicción en que caía. Porque, ¿qué es lo que está condenado a una peregrinación y a un renacer incesantes? «El Sublime (Buda) no nos lo reveló», contestará un budista.

«Sofoca todos tus deseos, suprime todos tus esfuerzos.» Tal es el principio fundamental de la ética budista. De modo que en ésta hay abnegación, hay mortificación, cosas que tanto se odian cuando las predica Cristo. Buda habla de renuncia; pero de una renun-

cia sin medida, de una renuncia loca. De ahí que sea imposible mantener una sociedad en pie con el fanático tormento de los faquires.

Por esto suscribimos en toda su extensión lo que dice Th. Simon en su obra intitulada *Das Wiedererwachen des Buddhismus* (El nuevo despertar del budismo): «Originariamente, apenas hay corrientes espirituales más opuestas que la energía de actividad del Occidente, que se orienta hacia la conquista de bienes terrenales y espirituales, bienes positivos, y el sentido soñador de la India, que vuelve las espaldas al mundo, camina en un mundo de fantasía y cuya flor ha sido el budismo» (2).

Puesto que el objetivo de los esfuerzos budistas es conseguir cuanto antes el estado dichoso en que no se habrá de renacer más y, por consiguiente, no se habrá de sufrir más, es decir, se podrá entrar en el llamado nirvana, donde no hay ni muerte, ni nacimiento, ni enfermedad, ni sufrimiento; donde reina una tranquilidad infinita, perfecta..., es cosa clara que esa predicación de la inactividad quietista equivale a la extinción completa de la actividad, del trabajo y de los afanes culturales del hombre.

Y es falso que los fundamentos de las leyes del budismo no aludan en nada al egoísmo. Ciertamente no es Dios quien da fuerza obligatoria a las leyes del budismo, porque el budismo no conoce a Dios, ni puede ser el móvil de los actos una felicidad o un castigo ultraterrenal, porque el budismo niega la vida eterna, la actividad eterna del alma. No obstante, el budista hace el bien y evita el mal movido por el egoísmo, por las consecuencias terrenales de sus actos buenos o malos. En el budismo, «la consideración de las consecuencias de mi obrar es la que me impulsa única y exclusivamente al acto moralmente bueno; según el «karman» eterno—la ley de la recompensa moral—, el acto malo acarrea el castigo; el bueno obtiene premio; el acto moralmente bueno no es perfecto, por ser bueno en sí, sino únicamente porque es ventajoso para quien lo hace» (3).

Con razón podemos decir: «El considerar que por medio del ateísmo se haya suprimido el motivo del galardón del eudemonismo en la moral budista, y que debido a ello ésta sea más noble que la

---

(2) Citado por SAWICKI: *Der Sinn des Lebens* (El sentido de la vida). Paderborn.

(3) KOCH UND WECKER: *Christentum und Weltreligionen* (Cristianismo y religiones del mundo). Rottenburg, 1910, pág. 28.

cristiana, es desconocer por completo la moral budista, que ve el valor de lo bueno únicamente en la ventaja que reporta a quien obra» (4).

Según Buda, después de la muerte no queda del hombre más que el «karman», es decir, las obras hechas durante su vida, sus virtudes o sus pecados. Pues bien; el poseedor de un «karman» mejor renacerá como un ser de más elevado destino, mientras que el poseedor de un «karman» malo será un ser vil, un animal, una planta o un diablo.

Y veamos un poco el castigo de los malos, tal como lo describe un insigne conocedor del budismo: «El fundamento del Universo es el monte Meru, que está dividido en catorce capas. Las ocho capas inferiores están ocupadas por el infierno, con sus ciento treinta y seis departamentos. Allí renacen los que vivieron mal; la fantasía oriental cuenta detalles escalofriantes de los tormentos de los mismos. Sus pies se inmergen hasta los tobillos en el suelo rocoso que fluye hecho brasa; sus cabezas están cubiertas hasta la perilla de la oreja por un yelmo de bronce, blanco de puro incandescente; cinco varas de metal, también incandescente, traspasan sus cuerpos» (5).

De modo que también el budismo promete recompensa o amenaza con castigo; pero en él, además de ser todas esas cosas provisionales—duran hasta el próximo renacimiento—, tienen una forma mucho más material que en el cristianismo, y, además, carecen de motivo interior, pues no se explica por qué es buena o mala una acción, por qué es premiada o castigada.

Y luego, ¿cómo lucha el budismo contra el pecado? Con la sola amenaza de que, debido a la mala conducta, el individuo renacerá en unas circunstancias más humildes, para mayores sufrimientos. ¿No es esto una perfecta «lohnmoral», una «moral de recompensa»?

¡Cuán diferente es la moral cristiana! Mientras que el ateísmo budista induce necesariamente a este concepto superficial, exterior del pecado (no existe Dios, a quien se ofenda con el pecado), el cristianismo ve en el pecado una ruptura antinatural de las relaciones que deben existir entre el Creador y la criatura, la destruc-

---

(4) KOCH UND WECKER: o. c., pág. 30.

(5) DR. ERNÖ SZEGHY: *A buddhizmus és a kereszténység* (El budismo y el cristianismo). Budapest, 1909, pág. 29.

ción violenta del orden jurídico, y, por tal motivo, exige ante todo abominar del pecado, mirarlo con horror; y sólo después pasa a la sanción—castigo o recompensa, como consecuencia de la infracción y del cumplimiento—para mantener los fueros de la ley y del derecho.

Por lo demás, no es de ayer el primer ataque que se dirigió a la moral cristiana en este punto. Los trabajos de Hartmann, Shafesbury, Richter, Carneri, Jodl, Lipps, etc., ya acusan al cristianismo de que en él todo se hace por miedo al infierno o por amor a las delicias del cielo, que en este punto se encuentra poco más o menos al mismo nivel que el «paraíso mahometano» (Hartmann).

Pero ¿dónde están las pruebas?

Un estudiante católico de segunda enseñanza ya sabe muy bien que su acto no es bueno porque le consigue la salvación, la felicidad celestial, sino que él puede conseguir la dicha mediante su acto, por ser éste moralmente bueno. Quien se atreve a hablar tan despectivamente del «Lohnsucht» (afán de galardón) de la moral cristiana, tendría que mostrarnos por lo menos un libro de moral católica que ponga como fundamento del acto moral el eudemonismo. Tendría que demostrar esta afirmación: en el cristianismo se considera moralmente bueno lo que comunica dicha. Y tal afirmación no se encuentra en ninguna parte.

Es cierto que entre el acto moralmente bueno y la dicha eterna existe una relación estrecha y completamente natural, porque solamente lo bueno (el *honestum,* el conservar las buenas relaciones con Dios, el no perturbarlas, el perfeccionarlas) puede hacer al hombre digno de la amistad eterna y dichosa que Dios le brinda; pero esto no es cifrar la moralidad en la dicha.

¿En qué consiste el «galardón eterno» de la doctrina cristiana, que a tantos molesta? No es una añadidura a la virtud, no es un galardón exterior, que sirva de móvil único a la ley moral, sino que es el término, la corona del esfuerzo que late en el acto bueno. Este tiende hacia el fin último, pone el alma en armonía con Dios, con la Voluntad que da la ley; orienta la razón y la voluntad hacia la Verdad y la Bondad eternas, por lo cual la recompensa definitiva del acto bueno será *la intuición y el amor gozoso* de la Verdad principal y del Bien sumo.

La «felicidad eterna» consiste en el conocimiento y amor más perfectos de Dios y en el desarrollo completo de nuestra actividad,

incoada por los impulsos morales y orientada hacia lo verdadero y lo bueno. *Así, pues, lo que la moral cristiana subraya en primer lugar no es la felicidad, sino la santidad, el esfuerzo por lograr la verdad y el bien;* y añade lo que de ahí se deduce, es a saber, que la satisfacción de los anhelos del alma—creada para la verdad y el bien—es la dicha perfecta que conseguimos de Dios.

La moral cristiana sabe también que el hombre no siempre podrá levantarse a esa altura ideal de buscar y amar a Dios únicamente por su perfección infinita, sin pensar en sí mismo; no siempre logrará practicar la virtud exclusivamente por el bien intrínseco de la misma. Aún más, considera psicológicamente imposible que el hombre, al obrar, no tenga en cuenta su propia dicha o desdicha.

El hecho de que el cristianismo reconozca la legitimidad de este segundo móvil, el deseo de la felicidad, y de que le señale un puesto, aunque secundario, prueba cuán profundamente conoce la naturaleza humana. Confiesa, sí, que es más hermoso luchar contra la seducción de las tentaciones teniendo ante los ojos la sublimidad del acto moral, prescindiendo en lo posible de la recompensa; pero sabe también que con la perspectiva de ésta será, en muchos casos, más segura y fácil la victoria.

Baste citar a CARNERI para mostrar hasta qué punto es ésta la única doctrina que responde a la naturaleza humana: «Está en pugna con la naturaleza humana sacrificar por puro amor a la virtud el bien propio a favor del bien ajeno.»

Es hermoso enfocar la vida de un modo ideal; mas quien quiere pregonar una filosofía que se pueda «vivir», ha de contar con las circunstancias reales. Y la misma vida da un mentís rotundo a toda afirmación que, siguiendo la obra de Bergemann, intitulada *Soziale Pedagogik* (Pedagogía social), pregona que solamente en la infancia de la Humanidad podían presentarse las leyes morales como mandamientos o prohibiciones de Dios. Al contrario, el pecado original de que adolece todo sistema moral moderno es que, después de rechazar la sanción divina, no puede dar—en manera alguna—una fuerza absoluta sin escapatoria a sus mandamientos.

De modo que, si tenemos en cuenta el orden que el cristianismo recalca en los móviles morales, no ha de asustarnos el encontrar cierto colorido eudemonista—alentar con la felicidad y atemorizar con el castigo—en los motivos que nos instigan a obrar rectamente. Nos ofrece la más perfecta apología de este rasgo de nuestra

moral, por una parte, el deseo que sienten los moralistas imparciales de dar a la ética un fundamento superior a la mera naturaleza y al empirismo, y por la otra, el fracaso completo de los sistemas que pregonan la moral autónoma, que no admiten una autoridad divina, ni una recompensa ultraterrenal, ni, por lo tanto, sanción alguna. Quien venga con la exigencia de que se excluya de la ética toda la idea de remuneración, conoce poco la naturaleza humana y el propio corazón.

No tenemos inconveniente alguno en que un examen imparcial parangone las dos «religiones que pregonan redención»; sabemos de antemano cuál de las dos saldrá triunfadora de tal confrontación.

La redención que el cristianismo predica es general, porque a todos se dirige el llamamiento de Cristo: *Venid a mí todos...* todos pueden cumplir sus postulados.

Mas para que un individuo pueda participar verdaderamente de la redención budista, ha de abandonar el hogar, su trabajo, el mundo, y refugiarse en una vida inactiva, con el fin de extinguir en sí todos los deseos, es decir, ha de comprometerse a lo imposible, y así redimirse a sí mismo prescindiendo de Dios. ¿Quién podrá realizarlo? Además, ¿cómo puede subsistir una religión que nada quiere saber de Dios? El mismo budismo no pudo mantenerse en su punto de partida; al pasar el tiempo, los secuaces de Buda hicieron de éste un redentor, un dios—cuando él no pretendía ser más que pregonero de la redención.

El cristianismo no alardea de autosoteria, sino que con amor agradecido acepta la mano que para librarle le tiende Dios, quien le anuncia que le rescatará, no del sufrimiento, sino de lo que pesa y abruma cien veces más: del mal ético. Y en esto consiste la superioridad excelsa que sobre el budismo tiene el cristianismo.

El budismo quiere redimir tan sólo del sufrimiento; le falta por completo la conciencia profunda, conmovedora del pecado, del *malum morale;* no sabe ver la catástrofe que se produce por el choque de la libre voluntad humana con la ley de Dios. El cristianismo, en cambio—y solamente él—sabe ofrecer la liberación de este mal, tiene una redención moral, un remedio contra el pecado; y precisamente es éste uno de los rasgos característicos que le colocan entre las fuerzas primordiales que pueden conservar la sociedad. No hay hombre capaz de rescatarnos de la deuda del pecado, puesto que la

satisfacción ha de equivaler en cierta manera a la ofensa; por esto habla el cristianismo de la redención divina.

Por otra parte, sería del todo erróneo acusar al cristianismo —como lo hicieron muchos—de que en él queda justificado el pecador sin la propia colaboración. Tal acusación puede dirigirse, a lo más, contra la Teología protestante. En el cristianismo el hombre pasa por el mismo proceso psíquico que si se viera reducido a la autosoteria; pero hace las paces con su Dios socorrido por fuerzas sobrenaturales. Ni Wundt, ni Jodl ni sus compañeros comprenden la lógica de la soteriología cristiana, al acusarle de que no se funda únicamente en las fuerzas humanas.

No es ésta la ocasión de señalar las diferencias de detalle que hay entre las leyes morales del cristianismo y las del budismo. Sólo queremos destacar el punto tan cacareado de que en el budismo encontramos una caridad muy grande, tan grande que hasta se extiende a los animales y no permite que el budista vierta sangre. El respeto que profesan los budistas al más pequeño bicho—porque ¡éste fué acaso hombre!—podrá ser un hecho sentimental; pero no podrá imponerse a una sociedad culta, porque nunca la enardeceremos—por mucho que nos empeñemos—en amor a las pulgas y a las chinches.

Y por lo que respecta al amor de los hombres: mientras que el cristianismo manda de un modo positivo el amor al prójimo, y aun al mismo enemigo, el budismo *no hace más que prohibir el odio*. El budismo ni siquiera permite el amor a los demás, porque cualquier afecto terrenal no hace sino enzarzar al desgraciado en el funesto orden del Universo.

Aún más: es una ofensa a la lógica el hablar siquiera de una moral budista. Según la doctrina fundamental de Buda, todo acto —bueno o malo—contrae el «karman», es decir, cierta superviven cia después de la muerte. Y puesto que el fin principal del budismo es evitar un nuevo nacimiento, lo más prudente es no hacer nada, ni bueno ni malo. Ciertamente, ni el mismo Buda realizó con lógica férrea su doctrina; de ahí que su sistema filosófico sea tan rico en contradicciones, y aun sus seguidores más fieles se viesen obligados a contraer compromisos con la vida.

El ideal del budismo es la fría apatía del alma. ¿Quién va a compararla con la caridad predicada por Cristo, caridad que abra-

za el mundo entero, caridad llena de entrega, siempre dispuesta al sacrificio, siempre activa, cuyo himno entonó de un modo incomparable SAN PABLO: «La caridad es sufrida, es dulce y bienhechora; la caridad no tiene envidia, no obra precipitada ni temerariamente, no se ensoberbece, no es ambiciosa, no busca sus intereses, no se irrita, no piensa mal, no se huelga de la injusticia; complácese, sí, en la verdad; a todo se acomoda, cree todo el bien del prójimo, todo lo espera y lo soporta todo»? (6).

Proponer al mundo moderno el budismo como ideal, recomendar el budismo—que pregona la completa insensibilidad respecto al prójimo—a la sociedad actual, llena de bríos de actividad, que se encuentra en el período de gestación de reformas sociales, sólo puede ser obra de la ignorancia o de un odio ciego contra el cristianismo. Una época como la nuestra, que arde en anhelos de trabajo y siente la ambición del progreso, no es propio que abrace una filosofía que sus profetas europeos—a pesar de todos sus esfuerzos—no podrán jamás librar de *la dura acusación de pasividad, impotencia, enervamiento y renuncia.*

El budismo, puesto que lleva en su esencia el huir del mundo y pregona con toda la fuerza de un concepto religioso que la vida es mala y no vale la pena de ser vivida, es *anticultural.* Lo grande que se ha hecho dentro del seno del budismo se ha logrado, no con los principios de Buda, sino a pesar de los mismos.

En cambio, es un hecho histórico innegable que el cristianismo, a pesar de hablar tanto del otro mundo, nunca ha retrocedido ante las empresas con que hubo de enfrentarse en esta vida terrenal. ¿Quién querrá, pues, que *die Religion der Faulheit* (la religión de la pereza)—como llama HELLWALD al budismo—ocupe el puesto del cristianismo, de cuyos bríos de trabajo y actividad cultural entonan la alabanza más hermosa, no solamente sus enseñanzas teóricas y los estudios que llenan bibliotecas enteras, sino la historia de tantos países y la de toda la civilización europea?

Quien no sigue con atención la moderna vida espiritual, no acertará a comprender cómo ha podido cuajar en Europa, que se abrasa con fiebre de trabajo, ese movimiento de embriaguez de opio y de una filosofía de resignación inactiva; no podrá comprender cómo una sociedad henchida con bríos de actividad ha podido lanzarse a tal suicidio, *gelebter Selbstmord* (Chamberlain).

---

(6) *I Carta a los Corintios,* XIII, 4-7.

En cambio, el que conozca las corrientes espirituales de nuestra época resolverá con facilidad la cuestión. Nos envuelve cierto ambiente de pesimismo; experimentamos el malestar que sigue a los grandes desengaños y desilusiones. ¡Todo lo que prometía la concepción materialista del mundo, al pregonar que no hay más que esta vida terrenal, y que, por consiguiente, hay que aprovecharse de la misma! El siglo pasado siguió el consejo. Lo creyó a pies juntillas, le dió más crédito que el populacho de la ciudad a los pregoneros incansables del gran panóptico.

Pero cuando se apuró la copa hasta las heces y se tocó al término de todos los placeres, y el alma, no obstante, seguía sedienta —con una sed cada vez más ardorosa—de felicidad verdadera, y con anhelo insatisfecho reclamaba sus derechos, entonces se sintió el peso abrumador de la desesperación respecto del objetivo de la vida y de su destino racional... De ahí al nirvana del budismo no hay más que unos pasos.

Lo más natural habría sido volver a la cruz abandonada. Mas la Humanidad moderna juzgó demasiado espinoso el camino de la cruz; y la molestaba también ver barreras a lo largo del mismo. La seducía más una religión sin Dios y sin alma, sin moral y sin dogmas, que pueda conseguirse por nuestras pobres fuerzas sin recurrir a un redentor. Esa autonomía moral, que culmina en la inmanencia más perfecta, encajaba muy bien con uno de los principios fundamentales de la ética moderna, principio que consiste en rechazar toda ayuda exterior en el cumplimiento del acto ético, confiando, orgullosa e impertérritamente, en las propias fuerzas.

Vimos ya que tampoco en el cristianismo se obra la justificación con meras exterioridades mecánicas; ya lo indicó el insigne escritor del primitivo cristianismo al decir: el que te creó sin ti, no te justificará sin tu cooperación.

Además, por muy seductora que sea para nuestro orgullo la idea de la completa independencia, fracasan las fuerzas del hombre—sin la ayuda divina—, precisamente en los momentos más críticos de la vida moral, y los lamentos del alma sumergida en el pantano sirven de respuesta abrumadora a la tan cacareada autosoteria.

Nuestra época está llena de dudas y de espíritus que dudan; ¿qué hacer, pues, con una religión que a cuantos acuden a ella con sus dudas los deja abandonados a sus propios recursos? No queremos negar ni una tilde de los rasgos nobles que encontramos tam-

bién en la vida de algunos budistas. Nos inclinamos ante sus virtudes. Mas no aceptamos que la moral budista pueda alardear de algo que falte a la moral cristiana. No estamos dispuestos a sacrificar —cambiando la moral cristiana por otra—aquel gran plus que tanto la eleva sobre la moral budista.

Völker Europas, wahrt eure heiligsten Güter (Pueblos de Europa, guardad vuestros bienes más sagrados), tal fué el lema lanzado en defensa de la civilización europea contra el peligro más moderno que la amenazaba desde el Oriente. Y la defensa es muy justificada, porque de abrazar esta ética puramente negativa, el letargo sofocaría nuestra vida cultural. Y, sin embargo, nos aguardan todavía grandes empresas, a las cuales sólo podrá dar cima la sociedad si persevera a los pies de Aquel que pudo llamarse a Sí mismo el camino, la verdad y la vida, y sin el cual nuestro camino se pierde en medio de la niebla, obscurécese la verdad y se hiela la vida.

ESCUDO Y ESPADA (*)

(*) Las breves notas que publicamos aquí bajo el epígrafe «Escudo y espada» vieron la luz pública en la revista *Magyar Kultura* (Cultura Húngara), en los años 1913 y 1914, en una sección que ostentaba el mismo título y llevaba la firma «*T. T.*». Los epígrafes que las encabezan son de nuestra edición española.—*N. del E.*

CONGRESO DE CATOLICOS INGLESES

¡*Son admirables los caminos* de la divina Providencia! ¡Siempre vela por la Iglesia católica! La historia eclesiástica, dos veces milenaria, atestigua la solicitud con que el Maestro vigila sobre su grey bienamada, para que siempre haya nuevas ovejas que llenen las filas enrarecidas.

La hija predilecta de la Iglesia se despidió oficialmente de la casa materna en el año 1905. ¡Sentíase bastante crecida, no necesitaba ya defensores! Quiso desviar de un solo golpe, con la ley de la separación, cuarenta millones de almas y separarlas de los pastos saludables.

Se incautó de la fortuna de la Iglesia, quitó el Crucifijo de las salas de los Tribunales, cerró a los sacerdotes las puertas de las escuelas, prohibió las procesiones, procuró castigar sin misericordia a las personas que ponían banderas papales en su casa... Así... Bien... Ahora veremos qué es lo que podemos con nuestras propias fuerzas.

En cambio, mientras vamos leyendo, día tras día, las noticias de nuevas y nuevas brutalidades cometidas por los corifeos de la política francesa, he ahí que llega a nuestras manos una reseña del gran Congreso de los católicos ingleses, celebrado hogaño. En tierras de Inglaterra, la oficialmente protestante, reuniéronse ya por cuarta vez los católicos ingleses bajo la presidencia del cardenal Bourne.

La Compañía inglesa de ferrocarriles añadió un coche-salón al expreso de Londres para el cardenal y su séquito... Párase el expreso en la estación de Plymouth, adornada de alfombras y plantas tropicales. Se inaugura el Congreso en la Casa Consistorial de Plymouth, que las autoridades protestantes han cedido para tal fin. El alcalde se presenta con su séquito y expresa su gratitud por la distinción que supone para la ciudad el que se celebre allí el Congreso católico. La Junta organizadora invita a los ediles para

una sesión de clausura. «Aceptamos—contestan éstos—, pero con una condición: nosotros haremos de dueño de casa y pagaremos los gastos.» Y las autoridades protestantes atienden con incomparable fineza a los 1.500 miembros del Congreso católico en una brillante sesión, a la que el general Stom envía la banda del regimiento.

El día 13 de julio, el cardenal Bourne celebra una misa en la catedral. En la parte de la Epístola están los marinos; en la del Evangelio, los demás militares. A fin de que no haya motivo para celos, uno de los acólitos es marino, el otro es soldado de tierra firme. ¡Y las procesiones por las calles de la ciudad!... ¡Y el desfile de 2.000 niños en medio de la simpatía de las multitudes.

He de restregar mis ojos. ¿No estoy soñando? No. Todo esto sucedió hogaño allende el canal de la Mancha, en la protestante Inglaterra, quizá al tiempo de que un maestro de la católica Francia, conduciendo la pluma recalcitrante de un niño inocente, enseñaba el arte de trazar letras con esta frase: «No hay Dios...» «*Il n'y a pas de Dieu.*»

REALMENTE SOMOS UNOS TONTOS

Así escribió, no ha mucho, M. François Delonck, diputado republicano. Es decir, no es exactamente esto lo que escribió; conforme a su extremismo radical, redactó en términos más fuertes su confesión: *Sommes nous assez bêtes!* ¡Somos unos animales! «Estamos luchando contra Roma. Y, mientras tanto, Italia y Alemania se aprovechan de nuestra tontería. Al presidente de la República le gustan mucho los viajes, y, con todo, según se dice, no quiere ir a Roma. Es una lástima. Este viaje sería uno de los más provechosos. Y si él no quiere ir personalmente, con facilidad encontraría un substituto; tenemos bastantes hombres en el Quai d'Orsay que saben lo suficiente de cuestiones delicadas. Pero el Gobierno no quiere hacer nada sin la iniciativa del Parlamento, y el Parlamento no se mueve sin ser empujado por el Gobierno. Sin embargo, la mayoría—puedo afirmarlo—desea restablecer las relaciones con el Vaticano. Y mientras nosotros estamos aguardando los unos a los otros, el mundo va rodando, Alemania e Italia trabajan y nuestro prestigio en el Oriente decrece de día en día.»

Quae mutatio rerum! ¡Qué cambio! ¿Quién es el que así habla? ¡Oh! Un diputado radical republicano, que también tiene su parte de culpa en las actuales circunstancias, pero que ya no está solo cuando aboga por un nuevo concordato. Es cierto que sus móviles son puramente políticos. Lo que duele a los franceses es que la influencia alemana vaya creciendo en Siria y en Turquía; que los alemanes protestantes, para aumentar su influencia en el Oriente, empiezan a apoyar las misiones católicas; que el Papa haya felicitado al emperador alemán con motivo del jubileo del mismo celebrado hogaño, etc...., mientras que ellos van perdiendo más y más su prestigio en el Oriente.

Pero todo esto es de una importancia secundaria. Lo principal para las almas es que se restablezca—aunque no sea más que por conveniencias políticas—el concordato, destruído por una política desgraciada. Y, realmente, no sabemos cuándo va a sorprendernos la noticia de que también los franceses han ido a Canosa, viaje de que tanto se excusan todavía los miembros del Gobierno actual.

MEDICOS EN LOURDES

Más de cuatrocientos médicos, entre ellos noventa y siete extranjeros, han desfilado durante el año en curso por el Bureau des Constatations de Lourdes para examinar los milagros que se han obrado ante la gruta. Médicos de todas las partes del mundo, sin distinción de lengua, religión ni concepción del mundo, pueden examinar a su antojo las actas, y luego expresar con la mayor libertad su opinión en las sesiones que se celebran bajo la presidencia del médico Boissarie. Pueden llamar la atención sobre las particularidades del caso por ellos estudiado—como lo hizo, por ejemplo, hogaño un insigne ortopedista, presentando en la sesión una niña curada—, pueden discutir libremente, criticar, y si hay la más leve objeción en contra de la verdad del caso, éste es rechazado inexorablemente. Y, al final, estos sabios concienzudos vuelven a sus casas con la emoción que ha despertado en ellos el ver la insuficiencia de una explicación que se funda en bases meramente naturales.

Pues bien, señores míos y señor redactor de la «respuesta» de *Pesti Hirlap*, ¿por qué no acuden ustedes, en un viaje de veraneo, al pie de los Pirineos para cerciorarse personalmente de esas «supersticiones de sugestión», de las cuales tratan de lejos con una sonrisa tan despectiva? No teman, no se les pedirá allí la fe de bautismo. Ni siquiera se les preguntará si creen o no en Dios. La tarjeta de entrada en el Bureau no es la fe de bautismo, sino la ciencia.

¿Qué dicen ustedes?... ¿Qué precisamente por esto no pueden ir?

UNA TRAGEDIA EN TRES ACTOS

El Estado francés roba un convento. Lo compra un judío. Se instalan en él los fracmasones.

Lo más triste es que se trata de un hecho realmente sucedido. ¡Atención! Lo cuenta *L'Univers*.

La Congregación femenina de San Antonio de Padua tenía un imponente convento en uno de los distritos de París, en Battignolles. El grandioso edificio, que tenía capilla y cripta, está en la rue de Puteaux, 8. Viene la ley de separación, viene Duez. El convento ha costado 1.400.000 francos; Duez lo vende por 350.000. ¿Quién lo compra? M. Bernheim, un miembro de ese linaje que asiste a todas las subastas. ¿Para qué necesita M. Bernheim un convento? ¿Para qué necesita una capilla? El no quiere ni la capilla ni el convento. Arrienda la capilla para tres años a una Empresa cinematográfica, y vuelve a vender el convento en 400.000 francos. ¡Bagatela!—exclama el lector—. ¿Qué viene a ser esta pequeña ganancia de 50.000 francos? ¡Ah! ¡Ah! Por lo menos, la casa quedará entre «hermanos», porque el nuevo comprador es la Gran Logia de Franca. De ella será también la capilla una vez terminado el arriendo del «cine». Bien; hasta ahora no hay por qué poner el grito en el cielo.

Pero ahora viene lo que hace hervir la sangre: *¡los hermanos de tres puntos celebrarán sus sesiones en la capilla y sus ceremonias rituales en la cripta!* Señores, ¿es esto de *gentlemen?* ¿Es siquiera honor de bandoleros? Porque los mismos bandoleros tienen su código de honor. Si vuelvo a casa y veo que han saqueado mi cuarto, ciertamente me enfadaré. Pero lo que pasa ya de castaño oscuro es que el ladrón deje, además, en mi cuarto... sus inmundicias.

VENENO Y CONTRAVENENO

Para que la cuerda no se entiese hasta el extremo, los católicos franceses reciben del Gobierno algunas dosis de calmantes. Naturalmente, el Gobierno procura neutralizar tales dosis, administrando el contraveneno en cantidad diez veces mayor. Por ejemplo: El desmán de las escuelas laicas se había hecho ya insoportable.

Pues bien; concedamos a los padres un pequeño control sobre los libros de texto.

No por ello tienen motivo de entristecerse los hermanos de los tres puntos; Barthou hace una manifestación en que dice que no se enseñarán a los niños ni siquiera los deberes para con Dios, cosa que la misma ley Ferry prescribía.

Baudin, el ministro de Marina, da permiso a los buques fondeados en puertos extranjeros para tomar parte en el luto de Viernes Santo. ¡Escándalo terrible en los periódicos! Entonces se publica la explicación: la orden se refería tan sólo al Levante; fué dada a causa del protectorado, y aun así con tales y tales restricciones.

Lo mismo que el farmacéutico. ¿Han visto ustedes cómo prepara las medicinas? Una dosis de veneno, otra de contraveneno. Un gramo de polvos blancos, otro gramo de polvos negros. Una onza de ricino, otra onza de otra materia. Un poco de jugo de limón. Para terminar, un litro de «aqua fontis». Ahora, menearlo bien. ¡Aprisa! Ponerle una viñeta adecuada. Sírvanse tomarlo.

EL CRISTO DE LOS ANDES

En el teso de los Andes, entre la Argentina y Chile, a la altura de 3.900 metros, se yergue una estatua colosal del Salvador. Es de bronce. Del bronce de los cañones que durante medio siglo sembraron la muerte y diezmaron los habitantes de los dos Estados vecinos y enemigos; pero que, por fin, al entrar el siglo xx, se callaron para pregonar del modo más hermoso, con su mudez, el éxito de la intervención de la Iglesia católica en el concertar la paz. La Iglesia católica extirpó del corazón de los dos pueblos el odio de media centuria, restableció la paz entre ambos; y ahora la estatua monumental del «Príncipe de la Paz», erigida en la cima de los Andes el 13 de marzo de 1904, expresa la gratitud de las dos naciones.

La copia de esta estatua se colocará ahora, por iniciativa del ministro de la Argentina, en el Palacio de la Paz, en La Haya. Nos alegramos, porque nos place creer que será símbolo oficial del movimiento pro paz. Muchos ven en todo este movimiento un optimismo exagerado, cierto entusiasmo ingenuo, el afán del niño que quiere coger el arco iris. Nosotros no vamos con ellos.

Lo cierto es que quien quiere obtener éxito, no podrá logarlo sin la bendición del «Príncipe de la Paz».

HETEROMANIA

Es la nueva epidemia que va destruyendo a la sociedad parisiense. La muerte repentina de una mujer joven, de veintidós años, causada por ese flamante medio de placer, hizo estallar el secreto. Nos creeríamos que es la miseria la que pone en manos del hombre la pipa del opio. Por lo menos, los hermosos sueños le harán olvidar las terribles luchas de la vida. Por lo menos, en sueños llegará al séptimo paraíso de Mahoma, ya que la vida le sirve para la comida pan enmohecido y mondaduras de patatas, ya que su guarida nocturna, en algún sótano del Quartier Latin ha de repartirla con otros nueve miserables.

Pero, ¿qué buscan esos terribles goces en el Montmartre, donde tiene puesta su casa la elegancia? ¿Qué hacen el opio, el éter y la cocaína en manos de artistas, fabricantes, hombres de dinero; en una palabra: en manos de personas inteligentes, que se ven libres de la miseria material? Lastimosamente enferma, radicalmente *acristiana,* tiene que ser la sociedad en que no solamente la miseria precipita en el alcoholismo a los obreros, que beben en tabernas renegridas por el humo, sino que aun la célula más noble, la clase de la gente culta, está inficionada por los goces más refinados —de consecuencias espantosas—de la cocaína, del éter y del opio.

¡Cuán horrendamente árida, cuán pobre en alegrías debe de ser la vida alejada del cristianismo, si unos hombres instruídos, con plena conciencia de las consecuencias de sus actos, con el conocimiento claro del embrutecimiento que los espera, se entregan a tales placeres! Ven cómo palidece, cómo pierde el color, cómo se deshace en ruinas el fumador de opio; ven las alucinaciones, el delirio, los ataques asquerosos que se apoderan de los cocainistas; saben muy bien que a ellos también les espera inevitablemente la misma suerte, y previéndolo llevan a sus labios la pipa del opio; ¿por qué? Sencillamente, porque el corazón humano necesita alegría, y quien abandona la «fuente de aguas vivas» tiene que contentarse con la asquerosidad de los pantanos hediondos llenos de ova.

LA COEDUCACION

No lloremos, no nos lamentemos de que no sea feliz el pueblo húngaro. Lo que necesitamos nosotros no es una zona aduanera independiente ni un Banco independiente. Tampoco es un mal tan grande el que más de la mitad de los emigrados europeos se recluten entre los habitantes de nuestra monarquía. Ni nos duele la cabeza por las dificultades de la subsistencia. El diario oficial del Ministerio de Comercio inglés, el *Board of Trade*, puede hacer constar, si le place, que en los años 1900-1912, los precios en nuestra patria han subido un 37 por 100, y, a pesar del máximo de los precios, el salario es el más bajo en toda Europa. Todo ello es cosa baladí; no urge. Pero... no hemos tenido aún coeducación. Y, ¿saben ustedes?, esto es importante, es imprescindible.

Pues bien—así raciocinan en la calle Hold—; permitamos al gimnasio de Szabadka que muchachos y muchachas se instruyan juntos. El hablar de progreso, del ejemplo del extranjero, deslumbra y conquista a algunos periódicos, que se apresuran a batir palmas por la «saludable» reforma... completamente errónea.

Ahora está en curso la gran labor de reforma tocante a la instrucción en las escuelas de segunda enseñanza. No es satisfactorio el rendimiento de la escuela de segunda enseñanza. Los muchachos aprenden mal, no aprenden lo suficiente, etc. Y ahora, por colmo, van a meter entre ellos las muchachas. Según noticias, el ministro de Instrucción Pública ha sido profesor; pero es una lástima que nunca haya enseñado en las clases superiores de escuelas de segunda enseñanza. De hacerlo, habría visto cómo los mocitos, al llegar al umbral de la pubertad, van grabando nombres de muchachas en los bancos, y cómo la mirada de algún que otro muchacho se pierde en ensueños durante un cuarto de hora, mientras que el bueno del profesor va probando con un celo de completa entrega a la causa, que en la parábola del cuer-

po lanzado en una dirección inclinada la altura alcanzada será $H = \frac{c^2 \operatorname{sen}^2 x}{2g}$. Esto ocurre ahora cuando ellas no están todavía con ellos. ¿Quién prestará atención en la clase cuando allí estén ellas?

Hemos mencionado, en primer lugar, los inconvenientes pedagógicos del permiso que se ha concedido, porque es cosa que con más facilidad ponderan allá arriba en el Ministerio. Mas no podemos silenciar tampoco nuestras graves preocupaciones de orden moral frente a una disposición que obliga a unas muchachas adolescentes y a unos mocitos, que viven en el hervor de la transformación fisiológica, a que estén en una misma sala. Solamente el catequista y los profesores, que enfocan con seriedad la labor educativa de la escuela, podrán decirnos qué daños morales han causado ya hasta ahora a la juventud las novelas baratas, el teatro, el «cine». ¿Para qué multiplicar las ocasiones de pecado?

América empieza ya a desilusionarse. Suiza contempla espantada cuántos caen moralmente por consecuencia de la coeducación, y no se trata ya de unos imberbes de segunda enseñanza, sino de universitarios que pueden ponderar mejor las consecuencias. Es cierto que *Germania docet* (Alemania enseña). Pero aprendamos de ella otra cosa, y no la coeducación. ¿Puede servirnos de ideal la estadística publicada en el número del 22 de agosto del año en curso del *Pädagogische Blätter*, según el cual, de los 1.843 escolares de segunda enseñanza que hay en Munich, el 7,7 por 100 está inficionado; de los 170 universitarios de Colonia cayó el 45 por 100 ya durante los años de segunda enseñanza en el pecado que, según las palabras de San Pablo, ni siquiera tendría que ser nombrado entre los cristianos? Nos espantamos, temblamos sólo al pensarlo. Esperamos que este permiso tan desacertado no tendrá continuación.

Señor ministro: rompa usted su pluma si le presentan para la firma otra instancia de coeducación.

LA RELIGION, EL MAYOR VALOR HUMANO

El monte de San Gerardo (1) o el hipopótamo pueden servir de dios a la Humanidad. Acaso dure todavía milenios la actual fase de desarrollo del cerebro humano en que se agitan todavía ciertas ideas religiosas. Pero «lo principal no es en quién o en qué creemos y confiamos, sino creer y confiar con sinceridad y rectitud en aquel o en aquello en que queremos y podemos creer y confiar; lo principal es que no haya hipocresía farisaica». «Qué nombre damos a ese alguien o a ese algo, no nos importa.» «Es lástima pasar la hermosa primavera de la juventud cavilando sobre tales problemas, rompecabezas y acertijos, y, a fuerza de meditar y rumiar ideas similares. perder los momentos hermosos y alegres, porque lo pasado no volverá ya jamás para nosotros.»

Las líneas citadas no son más que pasajes de la iniciación abierta que un consejero sin nombre ni señas ha escrito para jóvenes de dieciocho años, los cuales, según afirma, se dirigieron a él con sus dudas religiosas. Supongamos que realmente se dirigieron a él. Lo que nos sorprende no es que ciertas dudas atormenten los ánimos juveniles; si jamás hubo época en que esto se comprenda, es precisamente la nuestra. Nosotros no condenamos que los jóvenes busquen aclaración, respuesta a sus dudas; el buscar la verdad es propio de las almas rectas.

Pero, ¿cómo puede dirigirse alguien con sus dudas religiosas a un diario? ¿Y cómo puede considerar foro competente en la cuestión suprema del género humano, en el campo religioso, precisamente aquel diario que un caballero celoso de su moralidad no puede coger en sus manos sino con espanto? ¿Se tranquilizará el preguntante al leer esas necesidades caóticas que recibió a modo de respuesta? ¿Se contentará con el desprecio tan espantosamente cínico de los sentimientos más sagrados de la Humanidad el joven que seguramente habrá leído bastante, y que también habrá leído con qué respeto hablaron los miembros más insignes de

(1) Un monte situado a la orilla derecha del Danubio, en la parte de Buda de la capital húngara, coronado de la ciudadela.—*N. del T.*

la Humanidad tocante a las ideas santas, de las cuales el redactor de ese diario dice que «no es posible borrarlas, extirparlas por completo, mientras el instrumento del pensar, la maquinaria del cerebro no se transforme por completo»?

Y tú, Luis III, nuevo rey de los bávaros, puedes decir cien y cien veces con el entusiasmo de un varón que encuentra placer en su fe: *Es ist eine selbstverständliche Sache, dass ich Katholik bin* (Es natural que yo sea católico); y tú, Racine, puedes repetir a tu hijo que sólo podrá ser un hombre verdaderamente honrado si da a Dios lo que le debe; y tú, Jouffroy, puedes ensalzar la fe cristiana, por haberte salvado de todos los desasosiegos que la vida suscita en el alma; y vosotros, centenares y millares de la flor y nata de la Humanidad, que apreciabais la religión más que cualquier otra cosa, y la considerabais como tesoro supremo que se ha de guardar sobre todas las cosas, ya podéis hablar; allá, en la redacción del bulevar de Vác, la máquina rotativa lanza a diario estas respuestas, más malignas que diez parricidas, y sabe Dios cuántas almas débiles ha despojado de su mayor tesoro.

Muy señores míos, esto ya no es broma. «Por lo que a mí toca, considero la religión *como uno de los mayores valores humanos* —dijo el conde GYULA ANDRÁSSY en el discurso pronunciado el 1 de junio de 1911 en el Parlamento—. Yo creo que una de las fuerzas de cohesión y de orden más insignes de la sociedad es la religión. Yo creo que el sentimiento religioso, serio, verdadero, sincero, es una suerte para todo aquel que lo posee; yo creo que quien propaga la religiosidad seria, verdadera, es un bienhechor de la Humanidad.»

Con estas palabras ya pronunciamos la sentencia sobre aquel que, con la herradura de sus botas fangosas, pisotea la flor más hermosa del alma humana, y, en vez de un pensar religioso y serio, aconseja aprovechar los años de la juventud.

Mi querido y joven amigo: Acuda usted con sus dudas a un foro más competente, y no vaya a los que tienen por dios al hipopótamo y el becerro de oro; principalmente—se lo suplico encarecidamente—no escuche las palabras de maligna seducción que le invitan a una vida frívola, porque será terrible la maldición que lance usted contra su consejero, cuando, después de una experiencia de tres veces dieciocho años, comprenda usted, amargamente desachispado, el cinismo desalmado del consejo.

LA PORNOGRAFIA

¡Padres y madres de familia! ¿Habéis recibido en estas semanas unos cuadernos con tapas rojas?, ¿verdes?, ¿amarillas?, ¿hasta de dós en dos y de tres en tres? ¿Catálogos de libros de grandes anticuarios, del primer anticuario de Hungría, en que se os ofrecen los libros con gran rebaja? Os suplico que no pongáis estos catálogos en manos de vuestros hijos.

¿Que no queréis juzgar sin conocimiento de causa? Pues hojead estos catálogos; vuestra sangre quedará helada al ver el cinismo desalmado con que se recomienda en algunos catálogos compuestos para la venta de Navidad, sin el menor tapujo, aún más, con una impertinencia soez, la pornografía más cruda, «prohibida por el fiscal», «embargada judicialmente», «prohibida en Rusia», «extraordinariamente picante», «Solamente apta para adultos». Con el fuego de vuestras chimeneas habéis de abrir una faja sangrienta en esos mercaderes desalmados, que, aun en las santas fiestas de Navidad, quieren chupar ganancia de usura alimentando los instintos más bajos.

Cuando en la primavera del año 1912 se incoó en Viena el proceso judicial contra el almacén de pornografía de Stern, el encartado dijo: «La lucha contra la literatura barata y pornográfica sólo podrá alcanzar victoria si cambia el gusto del público. No es posible sofocar un movimiento intelectual con medidas policíacas. Cuando se confiscó mi almacén, recibí tantos encargos, que habría podido vender un número inmenso de ejemplares...»

Pues bien: cojamos por su palabra a esos gusanos parásitos. Si la Fiscalía es impotente o está durmiendo, recurramos nosotros a las armas para suprimirlos. Padres, madres, que todavía apreciáis la moral, la pureza del santuario familiar, el alma resplandeciente de vuestros hijos, *a boicotear inexorablemente* a esos comerciantes en cuyo catálogo figura siquiera una sola de esas cochinerías. ¿Queréis colocar fango e inmundicias al pie del árbol de Navidad?

Y no solamente no habéis de comprar tales géneros de esos comerciantes, mas ni siquiera una gramática, ni un diccionario, ni un libro de Matemáticas. Han de ver, sí, señor, cuál es el gusto del público decente. Y si les hacemos padecer hambre, como a parásitos nocivos, quizá el *Österreichs Reichswehr* no podrá reptir lo que uno de sus redactores escribió con escándalo muy justificado en el número de diciembre de hogaño: «Tengo a la vista catálogos de libros para Navidad de libreros de Viena, Praga y Budapest, tal como se repartieron antaño. Respecto de lo que se encuentra en ellos, no podemos hacer más que pronunciar un vigoroso *¡puf!*«

Hombres honrados, a vosotros hablamos. No maldigáis al pornógrafo, no le delatéis (de todos modos se escabullirá), no os lamentéis. Pero... no vayáis a su tienda, no le deis de comer. Solamente así pueden suprimirse las chinches.

LA MORAL LAICA

El carnicero bizco otra vez miró hacia la izquierda, y dió un golpe hacia la derecha.

En la Comisión económica del Ayuntamiento, un demócrata protestó contra el aumento—que va creciendo de año en año—de la subvención concedida a la enseñanza religiosa (era el momento de mirar él hacia la izquierda), y al mismo tiempo se apresuró a expresar su deseo de que el Ayuntamiento no dé paga a ningún profesor de Religión, sino que provea por sí mismo a *una enseñanza religiosomoral unificada.* Y ahí tenemos el gran golpe dado hacia la derecha, contra la enseñanza religiosa.

Porque ahora ésta es la moda. En alguna parte se lanzó el lema contra la enseñanza religiosa en las escuelas, y las logias masónicas hacen de esta cuestión un punto cardinal de su programa. Un demócrata ya se atreve a proponer abiertamente la cuestión en la Comisión económica. ¡Señores míos, una pregunta, una sola! ¿No quieren ustedes la educación cristiana? Está bien. Ustedes no la recibieron, y por esto no pueden conocer sus bendiciones. Pero si quieren meterse en este asunto, ¿por qué no se enteran antes un poco del valor que debe atribuirse a la enseñanza religiosa escolar? ¿Saben ustedes por qué allí donde, merced al trabajo demoledor, subterráneo, de las logias, se cerraron las puertas de las escuelas al gran Amigo de los niños (por ejemplo, en Francia y en Italia), empezó a marchitarse inmediatamente en el alma de la nueva generación el árbol de las virtudes, por qué fué necesario aumentar la policía, por qué se tuvieron que edificar nuevas prisiones?

Para no mencionar otro dato, ¿no hay, realmente, una relación de causa a efecto en el hecho de que el número de los delincuentes franceses menores de diecinueve años, desde 1892, es decir, desde la supresión de la enseñanza religiosa escolar, ha subido de 16.000 a 41.000 al año? Los Tribunales penales italianos en el año 1912 hubieron de tratar el proceso criminal de 80.218

delincuentes menores, es decir, el 42 por 100 más que diez años antes, cuando (1902) en aquel país se introdujo la educación sin enseñanza religiosa.

Me dirán ustedes: No queremos nosotros una escuela pagana. De ninguna manera. Habrá en ella educación moral; pero, en vez de la actual educación confesional—que da pie a discordias—, los niños aprenderán la «moral laica unificada».

¿De veras? Ante todo, importa saber hasta qué punto será *unificada* la moral laica. Según el actual sistema, los escolares de una confesión no asisten a la clase de Religión de otras confesiones. De modo que hoy día no se puede hablar de querellas y disidencias debidas a la enseñanza religiosa. ¿No se centuplicarán las discordias en un régimen de moral laica? ¿No se romperán pronto las tablas de barro de la moral laica en la confusión de la moral autónoma, que no quiere admitir ninguna autoridad? Si la moral no procede de Dios, sino del hombre, entonces podré yo escoger la que más me pluguiere.

En una clase de moral laica se seguirá a Payot; en otra, a Boutroux, en la tercera a Kant; aquí a Schopenhauer; allí, a Nietzsche, o a Ribot, o a Fouillet, o a Ostwald, o a Häckel..., o qué sé yo a quién..., quizá a ese edil demócrata. ¿Podrán formarse en medio de este abigarrado mercado moral hombres de carácter, que, con espinazo de acero, se mantengan erguidos bajo los rudos latigazos de la vida cruel? Con el lloriqueo impotente de la moral laica y sus aguadas tesis, ¿se podrá educar a una juventud henchida de bríos de vida y afán de actividad, una juventud de ojos puros, de manos limpias; una juventud como la necesitamos en nuestra patria?

Antes hemos de ponderar qué perderíamos con la supresión de la educación religiosa; antes hemos de meditar con serenidad si queremos que surjan también entre nosotros ladrones en «auto»; antes hemos de repasar un poco las palabras de SMILES, quien dijo que «el espíritu de sacrificio, de virtudes sublimes y de ideales elevados sólo puede ser comunicado a la Humanidad mediante la instrucción religiosa, porque ésta satura la conciencia, hace soportable la vida, de modo que suframos sin refunfuñar los contratiempos propios de la condición humana»; antes hemos de considerar que ni la ciencia ni la cultura son capaces de influir con fuerza decisiva sobre el alma en los momentos tempestuosos de la tentación...

Meditemos y ponderemos estas cosas; si, a pesar de ello, pro-

testamos contra la enseñanza religiosa escolar, está bien; pero entonces *nadie nos quitará de encima el cargo, muy justificado, de haber perpetrado un crimen contra la sociedad y contra la patria.*

Fácil es destruir; pero es una precipitación propia de niños el no pensar de antemano con qué vamos a compensar la falta. Con aquel que no solamente exija la supresión de la enseñanza religiosa, sino que, al mismo tiempo, recomiende para sustituirla un método pedagógico prácticamente probado, eficaz, que desarrolle el carácter, ennoblezca el alma, pertreche de moral, nos pondremos al habla. Pero esa guerra que se inspira en un deseo meramente destructivo, sin objetivo, perjudicial, que un conocido miembro de las logias masónicas ha intentado mover en la Comisión Económica del Ayuntamiento—gracias a Dios, aún no ha podido obtener éxito—, no se diferencia en nada de la destrucción bárbara, desalmada, despreocupada, en punto al porvenir, que suelen hacer las masas revolucionarias.

Mis amados señores «laicos»: Ustedes esperan de la moral laica —si es que hemos de tomar en serio su actuación—la mejora de nuestra corrompida sociedad; tómense ustedes la molestia de entrar estos días en cualquier templo católico y, en un momento de sinceridad, piensen si todos los mandatos de cien libros de moral laica son capaces de conmover tan profundamente (y, por consiguiente, si han de apreciarse tanto) como ese pesebre de Belén, expuesto a la mirada de todos, y el Niño redentor recostado en el mismo, ante el cual unos niños arrodillados, con los ojos brillantes, con el corazón rebosante de alegría, murmuran la promesa santa: Dulce Jesús mío: Si Tú me quisiste tanto, también yo te quiero a Ti, y no cometeré jamás pecado alguno...

EL PAPA PIO X

¡Brrr!... ¡Esto sí que es una ducha fría! Los dientes están castañeteando. ¿Lo necesitábamos? ¿Hemos merecido nosotros, los católicos, los «papistas», ser ilustrados respecto del valor del Papa Pío X por el diario parisiense, protestante, *Le Temps?* Vosotros, que criticáis, que os encojéis de hombros, que meneáis la cabeza, que pestañeáis, ¿podéis leer sin rubor estas líneas de *Le Temps?* «Cuando llegue la hora de escribirse con imparcialidad la historia del reinado de ese supuesto «párroco aldeano», se pondrá de manifiesto que Pío X figura entre las personalidades más decididas, más enérgicas, brevemente, entre las de mayor autoridad de que pueda gloriarse la Iglesia... Nunca se dejó influenciar ni permitió a nadie que le condujera.

»Es la pura verdad; él, solamente él, es quien gobierna, y a nadie confía las cargas de su pontificado. Si en ciertas ocasiones fué intolerante, o pareció serlo, nunca fué ello debido a la influencia de los que le rodeaban—porque el ambiente no influye en él—, sino que seguía el principio fundamental que informa todo su gobierno: *Omnia instaurare in Christo,* restaurar todas las cosas en Cristo.

»Cuando se estudien los detalles de su vida, se verá claro que no solamente no se dejó influenciar por jefes inexorables, sino que, con frecuencia, él mismo recomendaba a los que le rodeaban unas disposiciones rigurosas, que sus colaboradores en vano procuraban mitigar. En una palabra: todo cuanto ocurre en el Vaticano desde hace un decenio lo ha querido Pío X... La labor de Pío X puede sernos grata o no; mas quien le conozca bien no podrá negarle la admiración, una especie de admiración estética por su carácter hermoso y noble.»

Otra vez: ¡brrr...! Sí, sí; conviene que recobremos el sentido bajo esa ducha fría, y que en adelante leamos con mente más cuerda y despejada las noticias de nuestros periódicos referentes «al pobre, bueno, sencillo y anciano sacerdote aldeano», que no es responsable de sus disposiciones, que no puede hacer más que firmar

lo que inventa el negro ejército de sus sombríos áulicos y lo que le presentan los cabecillas que reinan tiránicamente en su corte. Uno de éstos era, según los periódicos, el cardenal Vives y Tutó, que falleció no ha mucho. Este «mandaba» al Papa. De modo que muere uno de los principales personajes que influyen en el ánimo del Papa; el Papa «anciano, bueno», queda desamparado, en cierto sentido, ¿verdad?

Pues, ¡atención, atención! ¿Cambiará un ápice la política de Pío X? Observamos, indagamos, esperamos; una orden sigue a la otra, y en todas ellas aparece el Pío X de antes, el Pontífice que exige un catolicismo decidido, íntegro. ¿Dónde está, pues, la influencia? ¿O es que en Roma mandan hasta los muertos? No; lo que ocurre es que unas cotorras, irresponsables de redacciones, van chachareando por todo el mundo...

¡HUERFANOS!

En la Nochebuena, el Niño Jesús trae alegría a todos. Acude amoroso aun a las pobres familias obreras, aun a los orfanatos. Aun al pobre huérfano le brillan los ojos cuando su modesto y pobre Niño Jesús toca hacia la noche a su ventana... Una monja, con la sonrisa en los labios, recibe bajo el árbol de Navidad a la chiquillería que entra—huérfanos todos—, y estrecha a cada uno de ellos contra su corazón.

No sé cómo es; pero en las fiestas de Navidad yo no tengo tanta lástima de estos huérfanos verdaderos como de los huérfanos modernos, que tienen padre y no lo tienen; cuya madre vive aún y, con todo, no vive; de esos huérfanos que, quizá, reciben magníficos aguinaldos; pero les falta el requisito principal para alegrarse: el hogar familiar cálido, pacífico, que les fué arrebatado por la política descorazonada que introdujo en la ley el fácil divorcio.

Un sólo dato de los Estados Unidos. En el año 1912 hubo más de 100.000 divorcios. En los últimos cuarenta años se divorciaron 3.700.000 personas. Es decir, para cada 100.000 habitantes, 73 divorcios. Solamente el Japón le aventaja en la desastrosa situación. En los últimos cuarenta años, 1.185.000 niños—en su mayoría menores de diez años—han perdido a sus padres por efecto del divorcio. ¡Oh, huérfanos modernos! Vosotros sí que me dais lástima. Más que si vuestros padres descansasen en el cementerio.

Y voy cavilando sobre este hecho: ¿por qué habéis de perder vosotros, por obra de una ley desgraciada, a vuestros padres, todavía vivos? Los que introdujeron en la ley el divorcio—escribió no ha mucho George Claretie, el hijo del académico francés—creían llevar la paz a las familias. Y precisamente esta ley ha introducido la discordia en los hogares. Antes sabían los consortes que estaban unidos para toda la vida, y procuraban soportar las dificultades y cicatrizar las heridas. En cambio, hoy, a la primera querella, acuden presurosos al abogado y piden la separación...

¡Oh, huérfanos de padre y de madre; huérfanos a causa de la ley! ¡Qué compasión os tengo en Nochebuena!

LA PRENSA, ¿LO DICE TODO?

«Lo escribimos todo», pregonan ciertos periódicos. Podrían añadir: «Lo escribimos todo, y aun mucho más»; porque, realmente, muchas veces escriben más de lo que podrían escribir sin ofender a la verdad. En alguna aldea escondida ocurre algo, y al día siguiente se presenta el avispado reportero de uno de esos «lo escribimos todo», y no hay abrigo abotonado hasta la barbilla que dicho reportero no llegue a desabrochar, por lo menos en parte.

Y, ¡prodigio de los prodigios!, hubo de volverse sin resultado alguno de la visita, hecha a un humilde fraile, aquel periodista que, seguramente, acudiría al convento con la intención de hacer una interviú, seguro del éxito. ¡Qué sabroso artículo habría salido de esta interviú para la sociedad distinguida de París que anda completamente trascordada en estos días!

¿Cuál fué el motivo de que uno de los personajes más conocidos, miembro destacado del Aeroclub de France, el conde que batió el *récord* mundial en el concurso de gobernar globos aerostáticos libres, y logró grandes méritos en el campo de la aviación francesa, diera este paso? ¿Qué es lo que impulsó al conde Castillón de Saint-Victor a renunciar a todos los goces de la alta vida social y entrar como simple lego en una residencia de jesuítas? ¡Qué sabroso bocado!, ¿verdad?

Mas el periodista se fatigó en vano; el conde no tuvo nada que decir para el gran público. Seguramente sabría muy bien que el público no tiene sentido para percibir los delicados toques de la gracia que nos invita. Así, sólo pudimos enterarnos de que el reportero encontró al conde fregando en la cocina.

¡Qué lástima!: a veces, aun los periódicos más importantes no lo escriben todo. Se perpetró un crimen en Kiev, un asesinato. El redactor de uno de los grandes diarios franceses escribió un artículo sobre el asesinato ritual. El editor (¡no el redactor-jefe!) le llamó y le dijo: «No podemos tratar este asunto en nuestras columnas.» El articulista fué a tocar a la puerta de otro diario. La res-

puesta fué la misma. Y otra vez fué el editor quien se la dió. El articulista se obstina. Se empeña en salir con la suya. *En siete diarios intenta* despachar su artículo; las siete veces es el propietario del diario quien le da una respuesta negativa, y casi siempre con las mismas palabras. ¿Por qué? ¿Una consigna? Y, sin embargo, ¡cuán lejos está París de Kiev! Y lo mismo ocurrió en todo el mundo. ¿Por qué? ¿Cómo? Unicamente porque los correligionarios del acusado, con una habilidad envidiable, supieron realizar las palabras de Crémieux: «Tened en vuestras manos la Prensa, y lo demás vendrá por sí solo.»

LAS ENFERMEDADES SEGLARES EN FRANCIA

El personal de enfermeras seglares que se designó para sustituir a las monjas, no solamente no llega a las antiguas enfermeras, sino que su paga cuesta anualmente a la República francesa once millones más de francos, no contando los ocho millones que actualmente piden de aumento. Dos miembros del Consejo Municipal de París insinuaron que se empleara nuevamente a las monjas, por lo menos en la mitad de los hospitales. No me sorprende que la proposición fuese rechazada en la votación. Pero mueve a risa la indignación, rayana en monomanía, del diario francés *Lanterne* (diario socialista), cuando sale en defensa del laicismo, al surgir la idea de que convendría interrogar respecto de la cuestión a los habitantes, y quizá hacerlos votar (siendo ellos el sector principalmente interesado). «La República no se somete a votación; tampoco se somete a la misma el principio del laicismo.»

Pero ¿cuál es el principio del laicismo? ¿El derecho divino? ¿El derecho natural? ¿Que no es posible cambiar en él ni una tilde, aun cuando lo deseasen los 2.714 000 habitantes de París? Realmente, no se ha inventado todavía el cloroformo que embote y adormezca siempre; un día u otro se despertará el pueblo y verá claro que sus jefes más distinguidos, y aun los pregoneros grandilocuentes del principio del laicismo, en cuanto enferman, lo primero que hacen es llamar a su cabecera a una enfermera que anda ligera como una mariposa, que tiene en los labios una suave sonrisa; una enfermera excluída de los hospitales..., una religiosa de San Vicente de Paúl.

EN LA MUERTE DEL CARDENAL RAMPOLLA

Junto al féretro de los hombres insignes estamos acostumbrados a oír alabanzas. El túmulo es un lugar sagrado, donde enmudece regularmente toda crítica tajante. Ya lo sabíamos. Mas era necesario que muriera un Rampolla para que nosotros pudiéramos presenciar la escena sublime, ver cómo amigos y enemigos, el diario católico y la publicación antirreligiosa, entonan al unísono las alabanzas de aquel que supo ser modelo intachable de vida sacerdotal y abnegación, aun en medio de la tribulación que a los ojos del mundo parece la suprema.

No vamos a escribir una necrología tardía, mas no podemos menos de dar una mirada retrospectiva y destacar, mediante el homenaje unánime de los periódicos, el hecho tranquilizador de que una vida sacerdotal ideal, realizada con un espíritu consecuente, firme, conforme lo exige la Iglesia, ejerce aun hoy una fascinación mucho mayor de lo que permiten sospechar los continuos ataques dirigidos contra el clero.

El aplauso general se dirigía no solamente al político insigne, no solamente al secretario de Estado, al hombre de amplias concepciones y de una visión certera del porvenir, sino también—y es lo que deseamos subrayar ahora—al sacerdote de vida santa.

Es conocida la historia de la última elección papal. A las nueve y media de la mañana del 1 de agosto de 1903 reúnense los cardenales electores por primera vez. En el altar de la Sixtina está la urna para los votos. Se eligen tres cardenales para contar los votos; entre ellos está Rampolla. También él empieza a contar; abre la primera cédula y lee en voz alta: «Cardinalis Gotti.» Sigue la segunda cédula: «Cardinalis Rampolla.» Su voz no tiembla al pronunciar su propio nombre. Resultado: Rampolla, 24; Gotti, 17; Sarto, 5; Serafín Vanutelli, 4. Los demás votos se dividen. El sábado por la noche, Rampolla va a la cabeza con 29 votos, frente a los 16 de Gotti y a los 10 de Sarto. Para la elección se necesitaban

32. Y entonces, el domingo por la mañana, sucede el acontecimiento memorable, que, a pesar de ser tan lamentable, sirvió para mostrar al mundo un ejemplo del más hermoso carácter sacerdotal.

Se levanta el arzobispo de Cracovia, y en lengua latina lee lo siguiente, dirigiéndose al cardenal Oreglia: «Invitado por mandato supremo, me atrevo a suplicar a Vuestra Eminencia, como Decano del Sacro Colegio y Camarlengo de la Santa Iglesia Romana, se digne aceptar la notificación para su propia información y manifestar también de un modo oficial, en nombre y con la autoridad de Francisco José, Emperador de Austria y Rey de Hungría, que Su Majestad, usando de su derecho y privilegio antiguo, opone su «veto» contra el Eminentísimo Señor Cardenal Mariano Rampolla del Tíndaro.»

Rampolla se pone en pie. Con seriedad, pálido, con un acento que conmueve a todo el Colegio y pone de manifiesto su propia superioridad espiritual, protesta contra el ataque que acaba de hacerse contra la libertad de la Santa Madre Iglesia, y termina: «Por lo que se refiere a mi humilde persona, puedo afirmar que no habría podido ocurrirme nada más honroso ni grato.» *Nihil honorabilius, nihil iucundius mihi contingere poterat.*

Acaso el mundo—que tampoco sabe comprender el modo de pensar de las almas grandes—dudó, incrédulo, de la verdad de estas palabras. Esperemos un poco y veremos. El mundo esperaba que el Secretario de Estado iba a refunfuñar, a criticar y suscitar dificultades a cada paso. Mas estos diez años que la Divina Providencia concedió todavía a Rampolla han demostrado que ni todo es hipocresía y fingimiento ni hay tantas intrigas en el santuario, como afirman reporteros de cerebro calenturiento.

Y cuando ahora, después de su fallecimiento, fueron tantos los que colocaron en el féretro de Rampolla la palma del respeto, este respeto se tributaba al espíritu grande con que unos pocos días después del cónclave, el día 9 de agosto, como arcipreste de la Basílica de San Pedro, supo saludar, con voz que brotaba del corazón y con alegría sincera, a Pío X, que llegaba para el acto de la coronación; se tributaba al hombre de pensar elevadísimo, que en vez de retirarse rencoroso, pasó lo restante de su vida en trabajo continuo, como alto dignatario de la Basílica Vaticana, como bibliotecario, como jefe de la Orden de los Caballeros de Malta, como miembro de gran número de Congregaciones romanas, etc.; se tributa-

ba al sacerdote, cuya vida entera fué tan intachable y tan digna, que ni siquiera sus enemigos más encarnizados pudieron atacarle nunca en este punto; se tributaba al sacerdote de vida santa, que muchas veces fué sorprendido por su criado—que le llamaba para la frugal cena—arrodillado en el suelo de su aposento, absorto en oraciones, que se prolongaba durante horas, y el cual, durante los veiticinco años de ser secretario de Estado, nunca usó del privilegio en virtud del cual, en caso de urgentes asuntos eclesiásticos, podía considerarse dispensado de rezar el breviario.

Junto al féretro de este hombre insigne nos es grato destacar el respeto que—queriendo o sin querer—siente, aun hoy día, el mundo ante una figura grande del cristianismo y *una vida virtuosa*.

HIPOCRESIA DEL GOBIERNO FRANCES

La hipocresía no figura, ciertamente, entre las virtudes. Nadie lo considera adulación, piropo, si otro cree poder descubrir en él un proceder solapado, hipócrita. Y si el poner los ojos tiernos, con astucia, despierta la antipatía de todos nosotros, quisiéramos ver una sensibilidad mucho mayor contra tal defecto al tratarse de hombres insignes o de gobierno que orientan el destino de los pueblos.

¿Qué decir, pues, de esa hipocresía oficial, «superior», que demuestra tener el Gobierno de Francia frente a la religión en casa y... también en el extranjero? Porque en casa, «la República es laica»; «la República no conoce religión»; «no necesita el trabajo de los sacerdotes»; «no quiere la ayuda de la religión para mantener el orden social», etc.

¿Y en el extranjero? ¡Ah, esto ya es otra cosa! En el extranjero convendrá portarse con decencia. El mismo Poincaré, que en su viaje por Francia ni siquiera se dignó dirigir una mirada a los monumentos artísticos y a los templos, a cuál más hermosos, porque el Presidente ha de ser «neutral», en cuanto puso pie en suelo español no solamente fué a las iglesias católicas, sino que acercó la mano a la pila de agua bendita, se santiguó con toda decencia como los demás católicos, dió una vuelta por las catedrales de memorable historia, y, mientras tanto, hizo dos veces la genuflexión —¡oh, vosotros, reporteros españoles de aguda mirada!—al pasar por delante del Santísimo. Es una cosa que nos edifica, pero... ¿por qué no se atreve a hacer lo mismo en casa? ¿De qué teme M. Raymond I, rey sin corona de Francia?

Pero hay todavía más. En casa pueden ir derruyéndose los templos. Si el tiempo empieza a carcomerlos, no hay quien piense en ellos: «La República es laica.» Pero solamente en casa. En el Oriente ya vela con ojos de Argos sobre su prestigio, prestigio que debe al protectorado, y ni siquiera ha tenido reparo en condecorar por

sus méritos culturales al provincial de los Carmelitas, P. Cirilo, y nombrar comendador de la Legión de Honor, el año 1912, al patriarca sirio católico de Rahman. Y lo ha hecho el mismo Gobierno que en casa no quiere oír hablar de los méritos de la religión católica.

Aún más. No ha mucho tiempo, en las monedas francesas, una hermosa inscripción simbolizaba la fidelidad proverbial de los franceses a su fe, y, al mismo tiempo, era un memento eficaz para recordar uno de los principales apoyos de la vida social y de la justicia recíproca: «*Dieu protège la France*» (Dios protege a Francia). Y hubo que suprimir esta inscripción, porque «la República es laica». ¡Pero solamente en casa! Porque he ahí que la República, en cuanto no se trata de la metrópoli, se apresura a aprovechar la fuerza que tiene la religión para consolidar la sociedad, y en los flamantes billetes de Banco de la Banque de l'Algérie está la admonición del capítulo 23 del Corán: «*Au nom de Dieu, le Clément, le Misericordieux, malheur à ceux qui fraudent*» (En nombre de Dios, el Benigno, el Misericordioso, maldición a los que engañan.)

¿Por qué tienen más suerte que nosotros los musulmanes, a quienes es dado leer en los billetes de Banco los palabras de su libro sagrado? No solamente en Argel, sino también en la metrópoli, no estaría por demás un apoyo parecido, junto al capítulo 139 del Código Penal. Sí, pero ¿en casa?... ¡Ah!, allí todo es indiferente. En casa, cualquier *parvenu* come pan de tres días con cebolla. Pero si va a veranear, cinco sortijas de brillantes chispean hasta en su mano izquierda...

LA MORAL CRISTIANA EN LA ACADEMIA FRANCESA

La moral cristiana no ha mucho fué ensalzada en un lugar donde no podía esperarse tal apología: bajo la cúpula de la Academia Francesa.

Premio interesante de la Academia Francesa es el llamado *Prix de vertu* (el Premio de la virtud). Cada año es distinto el académico que tiene la misión de proponer candidatos para el mismo. Hogaño se esperaba con gran interés la propuesta, porque le tocaba hacerla a René Bazín, el novelista que conoce muy bien la miseria oculta de la vida moderna. Y la relación, emocionante, a pesar de toda su sencillez, en que Bazín iba recorriendo—en búsqueda de la virtud—aun los rincones más escondidos de la vida, era una sublime confesión de fe cristiana. Allí, ante la sociedad selecta de los «inmortales»! Porque ¿no mueve a pensar en los grandes valores de la moral cristiana el hecho de que en los primeros puestos de la relación figuraban católicos, y entre éstos ocupaba el primer puesto un sacerdote sencillo, el abate Aigony?

Después de describir Bazín la labor abnegada y celosa que este sacerdote desarrolla a uno pasos de las puertas de París entre la gente confiada a su solicitud, indicó, según costumbre. la fuente de la cual sacan su fuerza las personas que acababa de ensalzar.

No resistimos a la tentación de copiar aquí las palabras en que el gran académico resumió, ante la sociedad científica más distinguida, lo que deben los hombres a Cristo:

«Tanto si quieren como si no—dijo—, a sabiendas o inconscientemente, los hombres han dejado de pertenecer al mundo antiguo; todos respiran el aire de esta tierra consagrada; todos están bajo el influjo del bautismo de Francia. En el rostro de todos, ora con trazos claros, ora con trazos difuminados, pero siempre de un modo inconfundible, me parece ver los rasgos del Maestro que trajo a esta tierra el amor, que es el Amigo de los pobres, el Consolador

de los miserables, que pasó por doquier haciendo el bien, y cuyo nombre yo pronuncio gozoso con millones de vivos y millones de finados: Nuestro Señor Jesucristo.»

La estrepitosa ovación que acogió este pasaje de la relación nos produce la impresión del primer rayo de sol que sale después de una noche tempestuosa, sin estrellas.

LA INDUSTRIA DEL «CINE»

Para fomentar la industria cinematográfica húngara, el gobernador ha dirigido un llamamiento a los propietarios de los «cines» existentes en el territorio de la capital. En este llamamiento alude a las rápidas conquistas de la industria cinematográfica y al hecho de que anualmente salen del país de 10 a 12 millones de coronas al extranjero para pagar las películas que se proyectan en Budapest. Por tal motivo, invita a todos los concesionarios que apoyen las fábricas del país, proveyéndose, por lo menos en parte, del producto de dichas fábricas.

Tanto este llamamiento como una orden anterior en favor de las películas de texto húngaro, merecen nuestro aplauso, ya que durante bastante tiempo nos hemos descuidado de defender la industria húngara. Pero se nos ocurre preguntar: ¿por qué no ambiciona el gobernador los aplausos y alabanzas que cualquier patriota auténtico le tributaría si él tomara bajo su protección eficaz, no sólo la industria húngara, sino también el decoro público y la moral, que andan maltrechos por los «cines»? Cuán inapreciable puede ser la influencia educativa del «cine», tanta es la ponzoña que puede inocular en las almas. No es posible referir en pocas palabras hasta qué punto corrompen a las masas los dramas cinematográficos.

Frente a los desmanes de nuestro «cine» hemos de destacar las medidas de precaución con las que en lugares cada vez más numerosos del precavido Occidente se procura cortar las peligrosas garras del «cine», sin preocuparse del ruido de Jericó, de los mercaderes de hombres y corruptores de almas que quieren cubrirse con el nombre sagrado del arte.

En primer lugar, hemos de recordar la conferencia que los obispos alemanes celebraron antaño en Fulda, en la cual los prelados, preocupados del bien de las almas, levantaron su voz contra la destrucción causada por el «cine». Pedían que se hiciera de un modo inexorable la censura de las películas.

En la provincia del Rin, a los menores de dieciséis años sólo se les permite entrar en las llamadas «funciones de familia». En Westfalia está en vigor esta regla desde el año 1910. Aún más: la Comisión cinematográfica, compuesta de maestros, en Düsseldorf fijó el límite de edad a los dieciocho años; en Würtenberg, el tope se fijó a los diecisiete años de edad, partiendo del principio, muy justo, de que las películas inmundas tienen una influencia mucho más destructora sobre los adolescentes de dieciséis-diecisiete años de edad, que sobre los muchachos de diez-doce años.

No disponemos de estadísticas respecto de la frecuentación de los «cines» en Hungría; pero podemos juzgar por analogía; y si, por ejemplo, en Essen acuden al «cine» diariamente unas 12.000 personas, y en Alemania son, generalmente, unos dos-tres millones los que se sientan con los ojos que salen de sus órbitas, con la atención tensa, ante la pantalla en continua vibración, podemos formarnos idea del poder incalculable que representa el «cine», tanto para orientar hacia el bien como para precipitar en el mal.

Y a ello hemos de añadir que los que más visitan los «cines» son precisamente los adolescentes, que todo lo toman como dinero contante y sonante. En Alt-Düsseldorf—distrito de Berlín—, de 30.868 niños, el 59 por 100 acudió al «cine» durante el año, el 36,5 por 100 fué al «cine» varias veces, 2.498 acudieron mensualmente, 1.175 semanalmente, 57 a diario. En los suburbios—a pesar de que haya menos «cines»—, de 12.000 muchachos (seis-catorce años de edad), 104 fueron al «cine» diariamente, 125 mensualmente. Son números espantosos para cualquier pedagogo que haya visto una película y conozca la impresionabilidad inmensa del alma infantil.

Se trata del alma de nuestros niños. ¿De quién hemos de esperar ayuda? ¿Han de ir las cosas como van? ¿No tememos los amargos reproches que puedan hacernos un día las jóvenes generaciones porque nosotros, que estuvimos junto a la cuna del gigante que va desarrollándose, no le enseñamos a aprovechar para el bien su fuerza de titán?

EL TANGO ARGENTINO

Tocamos al fin del Carnaval. Todavía unos días de loquear, todavía hay que gozar de los célebres «tres días» (mejor dicho, «tres noches»); luego nos será grato esparcir sobre nuestra frente calenturienta las cenizas del primer miércoles de Cuaresma.

La novedad sensacional—ya en vía de desaparición—del Carnaval de hogaño, ¿qué habría podido ser sino aquello para lo cual las escuelas de baile iban preparando hace semanas a la juventud y que atraían al público más que cualquier otro programa de fiesta o de bailes compuestos con ingeniosidad: el descoyuntarse los miembros, o sea el *tango?* Por desgracia, se ha puesto una vez más de manifiesto cuán lejos están los diarios de su misión ideal. Si los diarios de espíritu explíctamente cristiano y todos los que todavía aprecian en algo el buen gusto hubieran opuesto unánimemente su «veto», ya en el primer momento de su presentación, a ese terrible engendro de las tabernas argentinas llenas del vaho del *whisky,* el público bien informado seguramente habría sabido cuál es su deber frente a ese flamante retoño de la impudicia, y no se habría afanado por una cosa de mal gusto, con la que no se gana nada y se pierde mucho; ni habríamos tenido que leer con rubor en una ciudad del Felvidék (la parte Norte, la parte «superior» de Hungría) el cartel llamativo de que «en todas las localidades del círculo de artesanos cristianos se presentará el tango, actuando aficionados destacados de Budapest».

Os suplico, lectores, que no dejéis todavía la lectura de vuestras manos. Os pido todavía un momento de paciencia. Que baile todo el que quiera y mientras lo resistan sus pies *(con tal que no se baile en la Cuaresma).* Pero que se baile honestamente. Y con la mayor benevolencia del mundo nos es imposible colocar el tango en el número de los bailes honestos, ni siquiera el tango de salón, declarado «distinguido». Ni con el pretexto de ambiente íntimo es lícito seguir bailando el tango de salón durante la Cuaresma.

Por más que filosofen algunos sobre el baile en ciertos periódi-

cos, diciendo que el tango europeo es muy distinto del tango sudamericano, si las personas de gusto más refinado, la corte real (Guillermo II, Víctor Manuel, la princesa de Norfolk, la corte de Viena), consideran que no se puede permitir, y los prelados de la Iglesia católica (Amette, arzobispo de París; el cardenal Pompili, vicario de Roma; Della Chiesa, arzobispo de Bolonia; el cardenal-arzobispo belga, Mercier; el cardenal Farley, de Nueva York; los obispos de Châlons-sur-Marne, Cambray, Lyón, etc), uno tras otro, van condenándolo..., perdón; en punto a buen gusto, yo prefiero seguir a estos señores.

Si no se tratara más que de un nuevo baile, de un nuevo paso de baile, no levantaríamos nuestra voz. Mas el tango rebasa en mucho los límites del buen gusto social; se habría tenido que negarle con una lógica férrea e inexorable el derecho de ciudadanía por todas partes. El célebre Nordau observa con satisfacción que en París la fiebre del tango—o, como él la llama, la «tangoseuche», la epidemia del tango—va decreciendo.

El emperador alemán prohibió que se bailase el tango con uniforme militar. «El uniforme de oficial—escribe el *Leipziger Neuesten Nachrichten*, publicación liberal—no podría ganar en valor por unas convulsiones que delatan el sensualismo de los negros y de los mestizos. Por mucho que se esfuercen las escuelas de baile a podar del tango los brotes exuberantes del erotismo, no lograrán que este baile deje de ser un jugar con el fuego.

Por tanto, nuestros parabienes a la Policía de Munich, que al principio del Carnaval publicó el siguiente manifiesto: «La Dirección Real de Policía también hogaño procederá resueltamente contra los bailes que causan escándalo, cualquier nombre que tengan. *También el llamado tango pertenecerá en general a tal clase de bailes...*» Y llamó la atención de los dueños de salones de baile, diciéndoles que suprimiesen el tango en sus programas. Los alemanes sobrios no miran inactivos la propagación de los bacilos del contagio; y en Münster i. W., mediante una multa de 50 marcos, quitaron las ganas al dueño de una papelería de poner en su escaparate tarjetas con figuras de tango.

Después de todo esto, quien con cara inocentona nos moteje de gazmoños, lea los datos que el redactor de *Opinión* saca de «la fuente más competente», del embajador argentino en París, don Enrique Larreta, respecto del origen del tango: «En nuestra patria no

se baila el tango en las pampas—dijo el embajador—, mas sí en algunas ciudades; por ejemplo, en Buenos Aires; es el baile especial de las peores tabernas, y de allí salió para conquistar a Europa... Entre nosotros el tango..., ¿cómo he de decirlo?, es algo como el baile de los apaches de París, o el «can-cán» de los suburbios, y si se quiere más precisión, diré... que, más que baile, es un medio de incitación sexual.»

LA RELIGION EN LA METROPOLI Y EN LAS COLONIAS DE FRANCIA

Mastines roncos no arremeten con tanta furia contra las pantorrillas del peregrino que anda por delante de una taberna solitaria, en una región intransitable, como arremetió la Prensa masónica contra la orden de simple cortesía que antaño, en 9 de agosto, dió M. Baudín, el ministro de Marina de Francia, prescribiendo que los buques de guerra anclados en aguas orientales bajasen a media asta la bandera el Viernes Santo. No tuvieron en cuenta que tal orden no hacía más que urgir el cumplimiento del punto 467 del parágrafo 7 del Reglamento de servicio de Marina, punto en que se prescribe que el capitán que se encuentra en aguas extranjeras siga en lo posible, por cuanto se refiera a la bandera y saludos, las costumbres locales; no tuvieron en cuenta que el cónsul francés en Esmirna, y también otros cónsules, pidieron explícitamente tal orden, porque el año anterior, en Viernes Santo, al lado de los muchos buques extranjeros, solamente los franceses habían puesto una fea nota de discordia no izando la bandera en el puerto de Esmirna; detalles que los italianos se apresuraron a aprovechar. «¿Cómo podéis confiar vosotros en la protección de los franceses? ¿No véis que es la única potencia que no respeta vuestras creencias religiosas?...»

Pues la orden no ha sido más que el resultado de un cálculo meramente político, según lo consignamos a la sazón. Y aun contra esta medida gritó tanto Clemenceau, hablando de «pactos con Roma» *(pactiser avec Rome)*, que por fin el peregrino, temiendo por su piel a la vita del mastín, emprendió la fuga, y M. Monis, el nuevo ministro de Marina, abrogó la orden.

Conforme, está bien, diríamos para nosotros mismos, si no se vieran las patas de caballo, prestas a dar una coz a la religión católica. Porque—ved ahí—ella es la única que no disfruta ni lo más mínimo de la cortesía francesa. En las aguas rusas, también en adelante seguirán desplegando toda la pompa de sus adornos los bu-

ques franceses en la Pascua de los ortodoxos; también en Turquía ondearán con orgullo las banderas cada viernes durante el Selamlik; en Túnez, también en adelante, cañonazos franceses indicarán el principio y el fin del Ramadán... Solamente el Viernes Santo no quiere conocerlo la República.

Y, sin embargo, es costumbre general que cuando uno de los buques iza la bandera, todos los otros fondeados en el mismo puerto izan la suya por cortesía. Y esta costumbre se guarda con tal rigor que, por ejemplo, los buques franceses, en el aniversario de la batalla de Sedán, han de evitar el encuentro con buques alemanes, para no tener que celebrar también ellos la memoria de esa batalla.

Seguramente, también en adelante conservarán tal costumbre; mas el Viernes Santo será una excepción, porque cuando se trata de la religión católica cesan todas las atenciones, los miramientos, todo acto de cortesía. Y en Viernes Santo, los buques de guerra franceses estarán acurrucaditos, solitarios en medio de la selva de banderas de los demás buques.

¡Ah! ¡Y todavía habrá quien crea que la República es realmente «neutral»!

EN EL JUBILEO DE HÄCKEL

HA TENIDO SU JUBILEO TAMBIÉN EL VIEJO ERNESTO HÄCKEL; ha alcanzado los ochenta años redondos, y es propio celebrar con gloria una edad tan respetable. No nos comprometemos a ponderar la ciencia del anciano señor en ese ambiente festivo. No obstante, hemos hojeado con toda piedad los libros de sabios serios, y, por ahora, no hacemos más que ir apuntando con toda la sangre fría del cronista las opiniones de los contemporáneos insignes respecto del astro de Jena.

F. PAULSEN, filósofo de Berlín, se queja de esta manera: «Con profunda vergüenza, con la vergüenza que nos inspira el actual estado de la formación general y filosófica de nuestro pueblo, he leído este libro. Me duele que tal libro haya podido publicarse.» «Lo que me instigaba a proseguir la lectura no era el gozo comunicado por su contenido, sino más bien la indignación; la indignación de ver la frivolidad con que se tratan en él los asuntos más serios.» «Häckel tiene—casi diría—un don envidiable: con una imagen, con una palabra, con una expresión artística de nuevo cuño se satisface por completo en los problemas más difíciles. En el *Enigma del mundo* se nos presenta Häckel, cuya filosofía consiste en solas negaciones; para él no existe ni un Dios distinto del mundo, ni un cuerpo distinto del alma, ni una fe religiosa que se levante por encima del saber, ni una filosofía que rebase la física mecánica; y él llena los vacíos con unas palabras pobres, como, por ejemplo, substancia, monismo, psicoplasma, etc. Y si hay quien no se dé por satisfecho con esto, a éste le amenaza con la gran maldición de la falta de conocimiento científico y de la impotencia del puro pensar.» (*Philosophie militans*, 1901, págs. 147, 146, 127, 125).

En la historia de la filosofía de *Ueberwerg-Heinze*, de cuatro tomos, leemos: «Sin conocer profundamente el desarrollo de la Filosofía, la formación de la actual filosofía universitaria, Häckel aplica su segur a los problemas más profundos, cuando, sin embargo,

está convencido de que sus suposiciones son subjetivas, y debido a la limitación de su saber solamente en parte son rectas; no obstante, con un dogmatismo riguroso, ilimitado, emprende la solución de los mismos, de modo que, al final, no se queda con ningún problema sin solución.» *(Geschichte d. Philosophie,* tomo IV, 1902, página 268.)

Oigamos a CHWOLSON, el célebre físico de San Petersburgo: «El resultado de nuestras investigaciones podríamos decir que es espeluznante. Todo, todo lo que Häckel aborda, dice y pregona en las cuestiones físicas es absolutamente falso, y se funda en una mala inteligencia o delata una ignorancia increíble en las cuestiones elementales. No posee los conocimientos de las escuelas de primera enseñanza, ni siquiera respecto de la ley que él mismo proclama «astro-guía» de su filosofía. Y, armado con la misma ignorancia crasa, no se arredra de declarar «insostenible» la base de la Física moderna, la teoría quinética de la substancia, y pregona que hemos de «abandonar» la ley de la entropía—uno de los alardes quizá más grandes del espíritu humano—lo mismo que el segundo postulado de la termodinámica.

»¿Solamente en la Física flaquea tanto Häckel? Podemos afirmar con certeza que procedió de la misma manera también en otros ramos de la ciencia que trata o sólo aborda en sus obras. Lo hemos justificado con algunos ejemplos, al citar algunas frases de sus afirmaciones astronómicas. El *Enigma del mundo* de Häckel viene a ser el tipo de las obras cuyos autores desprecian el duodécimo mandamiento, que dice: «No escribas nunca de nada que no entiendas.» *(Hegel, Häckel, Kossuth und das zwölfte Gebot*—Hegel, Häckel, Kossuth y el duodécimo mandamiento, 1908, pág. 76.)

K. SEMPER, naturalista de Würzburgo, en cierta ocasión escribió en una carta abierta (en el año 1877): «Realmente, mi buen señor Häckel, admiro el arte con que usted aborrece todos los dogmas, y, sin embargo, no sirve a su público otra cosa que tesis falsas, no probadas, y que no pueden ser probadas; me admira su maña de virtuoso en el arte de conducir por una traílla al público con sus investigaciones proclamadas científicas.»

V. HENSEN, profesor de Kiel, dice: «Yo creía que no se había de esperar un éxito tan maligno y que tan gravemente ofenda la autoridad de las ciencias naturales como el que obtuvo en este campo Häckel. ¿Cómo puede Häckel desconocer, como lo hizo, la na-

turaleza de la mayoría de los hombres, y qué podía dar en compensación por lo que había destruído?» «No es posible imaginarse una cosa más inconsciente y árida que su monismo.» «Häckel, después como antes, juega frívolamente con la «herencia», con «las leyes fundamentales de la Naturaleza», con los «árboles genealógicos», con el «proceso de desarrollo»..., como un cacique ágil y rudo. *(Die Plantonexpedition und Häckels Darwinismus*—La expedición Planton y el darwinismo de Häckel. En Fleischmann, *Die Descendenztheorie*—La teoría de la descendencia, págs. 11 y sigs.)

HAMANN, profesor de Berlín, dice respecto de los escritos de Häckel: «Tienen el deber de oponerse a estos libros todos los que conocen los daños incalculables que, juntamente con los libros de Büchner, han causado, presentando como hechos los nuevos barruntos, ya que el público recibe como verdades las simples conjeturas.» *(Entwicklungsgeschichte und Darwinismus*—La historia de la evolución y el darwinismo, 1892.)

Según FLEISCHMANN, Häckel «rebosa de una credulidad ciega respecto de la fuerza de su teoría, la única que puede comunicar dichas.» «Su modo de presentar la materia con afirmaciones categóricas no es capaz de trazar fronteras entre el saber cierto y la conjetura incierta.» *(Die Deszendenztheorie*—La teoría de la descendencia, 1901, IV, 256.)

C. DENNERT, físico, observa: «H. Schmidt ha reunido todas las opiniones publicadas en la prensa respecto del *Enigma del mundo;* hay nada menos que setenta y dos; de éstas solamente dos proceden de personas expertas en ciencias naturales. Creemos que, fundándonos en tal hecho, podemos afirmar con justo título que los actuales investigadores de la Naturaleza, con excepción insignificante, rechazan a Häckel y su monismo.» *Die Wahrheit über E. Häckel*—La verdad sobre E. Häckel, pág. 85.)

LOOFS, teólogo protestante de Halle, hace esta manifestación: «... creo que ahora no solamente puedo afirmar, sino que he probado que en el capítulo que yo he examinado del libro del profesor Häckel, él mismo, con aprovechar la más chabacana literatura, con sus juicios condenatorios, con su ignorancia y su tono, que sublevan y que no están en consonancia con unas disquisiciones científicas, ha demostrado que carece de una conciencia científica normal... Ya en el capítulo XVII de su libro demuestra el señor profesor Häckel que ni tiene la debida ciencia, ni el debido tacto, ni la debida conciencia para la disquisición de las cuestiones más

elevadas que embargan el espíritu humano.» *(Anti-Häckel, 1900,* página 51.)

Pero basta ya de citas. No falta más que una sola manifestación, que, poco más o menos, podría redactarse de la siguiente manera:

«¡Monumento al genio! Monumento eterno para mí, el *Enigma del mundo,* monumento que pregone a los nietos de futuras centurias el momento glorioso, 16 de febrero de 1914, cuando yo, *Yo,* antorcha que alumbra todos los tiempos, he alcanzado mi 80.° cumpleaños entre vosotros, pobres hombrecitos enanos.»

Sorprende aún el hecho de que el encanecido profeta de esa concepción atea del mundo que tiene por nombre monismo, el filósofo de la Naturaleza, Ernesto Häckel, de Jena, no haya encabezado de la manera que indicamos la extraña invitación con que inicia una suscripción para el fondo *Ernst Häckel für Monizmus* (Tesoro de Ernesto Häckel para monismo) de su 80.° cumpleaños. ¡Abre una suscripción para su propio monumento! Al ver tamaña fatuidad, realmente sentimos comezón por saber qué tal debe ser ese «modo de vivir de más elevada moral», de que habla la nueva religión monista, si su representante y fundador tiene oídos tan sordos para la modestia.

Hasta ahora, al celebrar una fiesta jubilar de veinticinco o treinta años, al celebrar el aniversario de un cuarto de siglo o de medio siglo, pasados en un trabajo serio y agotador, ¿qué sucedía? Los admiradores cuchicheaban y se abría una suscripción.

—Enterado; pero os suplico que lo hagías más bien para fines benéficos.

—Conforme, así será; nos permites, desde luego, que hagamos la fundación a tu nombre.

—Es un gran honor para mí, etc., etc.

Y todo el asunto se concluía a pedir de boca.

Pero nunca habíamos visto un caso como éste: un hombre que durante toda su vida luchó con furia y bajo el ropaje de la ciencia contra la concepción religiosa del mundo, y en su ciego fanatismo aplicaba sin remordimiento cualquier clase de armas (hasta llegar a la falsificación de clisés), se levanta—como otro Barón Münchhausen—tirando de su propia cabellera, al parnaso de la inmortalidad, y con bombo y platillos abre él mismo la suscripción para el *Ernst Häckel-Schatz* (Tesoro de Ernesto Häckel).

Sin embargo, para dar gusto—en cuanto es capaz de ello nuestra modesta persona—al buen señor y contribuir a los regalos que se le ofrezcan en su cumpleaños, comentaremos aquí su doctrina referente al embrión. En su *Anthropogenia* publica Häckel un embrión de oso, en cuyo dorso se ven unas púas, y de ahí deduce consecuencias para justificar la teoría de la decadencia. Maurer, colega de Häckel en Jena, trató del aludido embrión completamente según el espíritu de Häckel, en su escrito jubilar, editado con motivo de su 70.º cumpleaños (1904). ¡Qué casualidad! Precisamente, ahora, hubo de surgir un embriólogo de Viena, quien ha vuelto a examinar el famoso embrión, y ha demostrado que es... *el embrión de un erizo corriente.* Para descubrir púas en el dorso del erizo no se necesita realmente una ciencia formidable a lo Häckel.

Ahí está, pues, nuestro regalo de fiesta.

No falta más que el sello en el diploma. Para ello servirá otra cita tomada de la obra de Brass *(Das Affen-Problem. Prof. E. Häckel's Darstellung und Kampesweise sachlich dargelegt*—El problema del mono. El modo de explicar y luchar del profesor E. Häckel, objetivamente expuesto. Léipzig, 1908): «Investigadores oficiales reprochaban a Häckel ya hace decenios, que no siempre—es decir, nunca—se aprestaba al combate con armas honradas.» «Lo que nos expuso el zoólogo de Jena... es una vergüenza del saber alemán... *Das ist eine Schande für deutsches Können.*»

«Henos, pues, aquí; también nosotros acudimos a celebrar su cumpleaños...» Si quiere, exponga nuestro regalo a la pública admiración en su ventana.

¿QUE ES EL «LYSOPHORM»?

¿SABE USTED QUÉ COSA ES EL «LYSOPHORM»? (1). ¡Vaya si lo sabe!

Pero, ¿sabe usted qué es el «Unesma»? Solamente lo sabe quien es ducho en la lengua «Ito», en que «unesma» significa «primero».

Con el nombre de Unesma quisieron los enemigos desesperados de la concepción cristiana del mundo, los monistas, bautizar el convento que ellos iban a fundar para llevar un tenor de vida en consonancia con la concepción monista del mundo. Naturalmente, también intentaban con ello pinchar al cristianismo. Ya tenían hechos los proyectos.

Los miembros pagarían 37.000 francos al entrar, o una pensión de 1.750 francos. Todos estarían obligados a hacer alguna obra manual durante hora y media cada día. Todos tendrían los mismos derechos. El domingo, en vez de ir al templo, se leerían las *Sonntagspredigten,* los sermones dominicales de Ostwald, en los cuales el autor se esfuerza por explicar por la energía todo el Universo y la múltiple, variadísima vida, llena de colorido que hay en el mismo. Cuando la chiquillería monista lloriquease deseando escuchar cuentos de Navidad..., se les hablaría del hombre prehistórico, metido en su oscuro antro, etc.

Tal era el plan.

Y ahora el jefe monista Ostwald comunica a cuantos interesa que, por ahora, el plan se ha esfumado. ¡Qué lástima! Nos habría gustado ver cuánto tiempo dura el convento monista, si se disuelve al cabo de una semana o de un mes. De esta manera se habría acrecentado el valor apologético que la simple proposición de tal plan suminisró en defensa de una de las instituciones tantas veces erróneamente juzgadas del cristianismo: el estado religioso.

---

(1) En un tiempo, las calles de la capital húngara fueron inundadas de carteles con este epígrafe, anunciando el correspondiente producto mercantal.—*N. del T.*

¿QUIEN ES HÉGÉSIPPE SIMON?

LA CARCAJADA OLÍMPICA no es más que impotente sonrisa de párvulo en parangón con la hilaridad grandiosa que hace temblar las paredes, suscitada en toda Europa por la broma de un ingenioso reportero francés. Nos entrarían ganas de colocarnos entre los que carcajean, si el episodio no proyectara una luz tan triste sobre el desamparo de las masas que se dejan engañar por las apariencias y por unos pulmones fuertes.

El caso es el siguiente: Un periodista invitó, mediante una circular, a los prohombres de la sociedad francesa a tomar parte, pronunciando discursos, o, por lo menos, formando parte de la Junta preparatoria, en el centenario de Hégésippe Simón, vanguardista de los librepensadores. Se colocará una lápida conmemorativa en la casa en que murió. Para mejor apoyar la causa, iba encabezada la circular con estas divisas: *Les ténèbres s'évanouissent quand le soleil se lève. Hégésippe Simon.* (Las tinieblas se disipan cuando sale el sol.)

Para comprender lo que sigue, basta notar que Hégésippe Simón nunca ha vivido ni ha escrito, y, por consiguiente, nunca tuvo ocasión de pronunciar una sola palabra.

Un día y otro día los carteros van asediando al periodista. Llegan las respuestas de los personajes distinguidos que recibieron la invitación. ¡Serán reproches!, ¿verdad? ¡Serán amenazas de llevar el asunto a los Tribunales!, ¿no es así? Se le dirá al periodista: «Muy señor mío: Engañe usted a su abuelo...»

¿Es esto lo que contenían las cartas? No; ninguna fuĕ de este ténor.

Sino...

«*Monsieur!* Con sumo gusto doy mi anuencia para que figure mi nombre en la Junta preparatoria del centenario de Hégésippe Simón; pero con gran pesar mío preveo que me sería difícil acudir el 31 de marzo de 1914 a Poil (Nièvre).—*D'Aunay*, senador de Niè-

vre.» (Ese Poil, donde habría tenido que descubrirse la lápida, está sito precisamente en la provincia del señor señador.)

Otra carta. M. BINET se siente muy dichoso de «poder contribuir al homenaje que usted quiere brindar a la memoria del gran demócrata H. S.».

RENÉ BERNARD (ex ministro) también se alegra sobremanera de poder participar «en el homenaje que se prepara para esa figura gloriosa de la democracia».

El senador HENRI DAVID «se adhiere con toda el alma a los celosos discípulos de H. S.», y siente sinceramente que su salud no le permita «poder pregonar también en un discurso las alabanzas de este educador de la democracia».

MAURICE FAURE, ex ministro de Instrucción Pública, también notifica su adhesión; sólo salva su honor con pedir datos respecto de la labor de H. S.

El señor LINTILLAC, vicepresidente del Senado, escribe: «Con gusto doy mi nombre; pero pido datos; debido a mis muchas ocupaciones, no me es dado reunirlos por mí mismo.»

M. BÉCRET, consejero del Ayuntamiento de París: «*Cher monsieur:* En posesión de sus gratas líneas del 9 del actual, me apresuro a adherirme a la labor iniciada para ensalzar al gran demócrata H. S. Si la Junta no tiene nada en contra, pronunciaré un discurso en el acto del descubrimiento de la lápida en la casa mortuoria. Cuando se le ofrezca coyuntura, podrá enviarme usted, muy señor mío, los datos necesarios para el discurso...»

Este es el caso que actualmente hace estallar en carcajada a toda Europa, y con ella, quizá, a los dioses olímpicos del bueno de Homero. Porque habéis de saber que esos señores son los guías de la sociedad y son también el «tipo» de todos nosotros, hombres modernos. En nuestra estatomanía erigimos monumentos a héroes que nunca han vivido, y en nuestra verbomanía estamos dispuestos a levantar hasta el cielo a personas que nunca han pisado el suelo del orbe terráqueo. Porque lo principal no es lo que decimos, sino el haber hablado una vez más y que nuestro nombre figure en la prensa.

Mas debemos gratitud al ingenioso reportero, no solamente por haber rasgado un poco la corona que adorna sin mérito alguno las sienes de ciertos ídolos, sino también por haber arrojado luz en la cocina de brujas, donde se preparan los ataques contra el cristia-

nismo. Se ha de tributar un homenaje a Hégésippe Simón... ¿Quién era este señor? No lo sé. ¿He de confesarlo? ¡Qué voy yo a confesarlo! Se dice que era demócrata. ¿Demócrata? ¿Librepensador? ¿Un hombre insigne? Es una ocasión magnífica para dar el golpe el clericalismo, propagador de la necedad. ¿Qué obras escribió Hégésippe Simón? No tengo idea de ello. ¿Qué hizo? Nunca lo he oído decir. ¡A propósito! ¿Qué se dice aquí en la hoja de invitación? *Les ténébres s'évanouisent quand le soleil se lève.* (Las tinieblas se disipan cuando sale el sol.) ¿Cómo? ¿Hégésippe Simón se atrevió a pronunciar, cien años ha, la gran verdad de que al salir el sol se disipan las tinieblas? ¡Aprisa! ¡Coged la pluma! «Muy señor mío: Con sumo gusto...»

¡Oh Simón, Simón! ¡Cuántas tinieblas ha de disipar todavía el sol...!

LA «NUEVA MORAL»

NO HA SIDO EL DESPRECIO DE LA CULTURA de nuestro siglo, sino el más insigne acto cultural lo que hizo el episcopado alemán, reunido en Fulda en torno del sepulcro de San Bonifacio, al levantar su voz—como el profeta del Antiguo Testamento que lloraba sobre la infidelidad de Sión—en su monumental carta pastoral colectiva, publicada con motivo de la Cuaresma, contra la degeneración de la actual moral social, que mina las costumbres y amenaza con destruir toda la cultura. Solamente si encuentran eco las palabras graves que los pastores de la Iglesia lanzaron contra el neomaltusianismo, la iniciación sexual, los «cines», las locuras de la moda, podremos esperar la regeneración, sin la cual ni siquiera el progreso más refinado de nuestra técnica será capaz de sostener en vida la sociedad europea.

No tienen otra cosa que hacer sino murmurar de nosotros —podría pensar un señorito alemán al leer esa carta de los obispos—; por esto son sacerdotes, para fustigar los pecados del mundo; pero a mí me parece que no habrá tantas cosas que tachar en las actuales costumbres, en nuestra moral de nuevo cuño...

Para contestar a tales reparos, convendrá consignar ya ahora cómo opina no un obispo, sino un filósofo de fama mundial, que ni siquiera asienta el pie en fundamento cristiano; pero, con todo, está animado de nobles sentimientos; me refiero a RODOLFO EUCKEN.

En su última obra, intitulada *Zur Sammlung des Geister* (Para reunir los espíritus), escribe de la siguiente manera respecto de la «nueva moral»: «Su mismo nombre engaña, porque presenta la moral como si dependiera únicamente del tiempo; y, además, ni es nueva ni es moral, *weder neu, noch Moral*; lo nuevo que hay en ella es, a lo más, la afeminación, el enervamiento, el rendirse a las inclinaciones individuales, la extirpación del sentimiento del deber; en una palabra: la socavación de la moral se

presenta como moral; aún más, como si fuera el non-plus-ultra de la moral. ¿Qué puede tal seudomoral contra los peligros y desvíos morales, secuelas de la cultura desarrollada, y que notamos de un modo especial en nuestros días? ¿Qué puede el sensualismo refinado, la avaricia ilimitada, la caza de la mayor cantidad posible de goces contra la dura lucha por la existencia?»

Así escribe Eucken. ¿Quién dirá después de esto que no hay nada que corregir en las costumbres de nuestra sociedad?

LA RELIGION JUZGADA POR DOS SOCIALISTAS

POR LA SIN HUESO DE LOS «CAMARADAS» COMPATRIOTAS—véase, por ejemplo, el escarnio que se hace de Cristo en el último número de Pascua del *Népszava* (1)—nos creeríamos que los valores innegables que hay en el socialismo se los apropió para sus fines la demagogia impía, merced a una evolución lamentable de las circunstancias. Los «rojos» de casa arrojan fango y hiel sobre todas las «sotanas», «sacerdotes» y «zánganos similares» con una cara tan contorsionada, que, en nuestro concepto, el ateísmo casi viene a identificarse con el socialismo.

Y, sin embargo, que estas dos cosas no han de ir necesariamente unidas, y que los verdaderos valores, que pugnan por realizarse en los esfuerzos socialistas, tienen en el cristianismo su primer promotor, lo han demostrado brillantemente dos jefes socialistas ingleses, Ramsay MacDonald y Keir Hardie, uno de los más inteligentes socialistas ingleses el primero, y la primera figura del socialismo inglés el segundo.

El movimiento obrero no es incompatible con la religión—dijo RAMSAY MCDONALD en un mitin—; y aún se puede afirmar lo contrario; es, a saber: que la religión es muy compatible con el movimiento obrero. Muchos quieren separar estas dos cosas. Esos tales se hallan en grave error... Al hombre que no piensa más que en dinero, y sólo va acumulando bienes materiales, se le endurece el corazón... Los que son verdaderamente hombres en nuestro ejército, los que luchan con perseverancia, los grandes militares y los oficiales insignes, van al templo, tienen fe, en el fondo de su corazón están convencidos de que detrás de nosotros está la Naturaleza, y detrás de la Naturaleza algo divino... El movimiento obrero ha de tener raigambre religiosa.

¿Cómo se explica esa alabanza de la religión—cosa que a nos-

(1) *Voz del Pueblo.* Diario socialista publicado en Budapest.—*N. del T.*

otros nos sorprende—en labios de un socialista? Es que esos socialistas saben apreciar los valores de la religión. El *Népszava* y compañía, en cuanto oyen pronunciar el vocablo «religión», se ponen con piel de gallina, pensando en frailería, tinieblas y otros espectros ultramontanistas; en cambio, Keir Hardie no se arredra de proclamar en un mitin público que el cristianismo «no solamente dice que no has de hacer esto o aquello, sino que dice también que esto o aquello has de hacerlo. No solamente no te es lícito odiar a tus enemigos, sino que has de amarlos...» Y añade unas palabras que seguramente darán escalofrío a cierta gentecilla de aquí: *Si el cristianismo fuese un poder predominante, no habría ni ejército, ni escuadra, ni pobreza, ni riqueza, ni chozas, ni palacios. No existiría el sistema de concurrencia con que el rico puede triturar al pobre. Sino que habría igualdad, libertad, fraternidad...*

CONTRIBUCION POR LOS PERROS

En Hamburgo se quiere subir la contribución que se paga por los perros. En esas grandes ciudades, el perro es un objeto de lujo; no guarda la casa, sólo sirve para dar satisfacción al desvío —más o menos grave—de los tiernos sentimientos humanos; y en muchas familias «sin prejuicios»—duele escribirlo—sustituye al niño. De modo que si se impone una contribución más alta por los perros, el procedimiento es mucho más razonable que si se subiera el precio del bocado de cada día o del vaso de leche.

No piensan así los habitantes de Hamburgo. Ellos quieren sacudir de una manera y otra el aumento de la contribución; y 1.400 propietarios de perros firmaron un manifiesto con el que advierten que si se pone en vigor la nueva tasa, ellos ahorrarán la diferencia abandonando su religión, saliendo del seno de la Iglesia protestante y dejando de pagar en adelante la contribución confesional.

Con la sangre helada leemos esa manifestación espantosa del más craso concepto materialista del mundo. ¡Por amor a un *pincher* tonto, o por un *foxterrier* larguirucho, se echa como zapato viejo la religión, la más sublime manifestación del alma humana, tan sublime que ningún ser creado puede encumbrarse ya más, en esta tierra. Señores míos, propietarios de perros, ¿pretenden ustedes pasar por *gentlemen*? ¿Ustedes, que se colocaron ante una disyuntiva tan desesperada: perro o religión? El sentimiento que este concepto repugnante de puro frívolo suscita en un hombre de razón cabal se llama... asco, astío.

LA PRENSA Y LA DELINCUENCIA INFANTIL

Partieron de Karancskeszi y se dirigían hacia las oríllas del mar Negro los dos muchachos que la Guardia Civil arrestó en Mohács. En su bolsillo llevaban revólver, municiones, puñales; y en su cerebro siguen remolineando todavía los sucesos sensacionales de las novelas—trastornadoras de nervios—a lo Nick Carter, tragadas con un hambre insaciable.

Cerca de Pest, un muchacho salía cada noche, revólver en mano, y como el héroe de su película favorita, Fantomas, gritaba con voz vibrante a los transeúntes: «*Hands off!*» (¡Manos quedas!), y aligeraba el bolsillo de uno y despojaba al otro de su reloj o de otras cosillas... Esto es lo que leímos ayer en el diario...

¿Qué leeremos en el de mañana? ¡Quién sabe cuántos pecados y maldades se arraigarán aún en el alma de tantos inocentes si soportamos con esa frivolidad pecaminosa la devastación que la pornografía, la literatura barata y las novelas terroríficas, a modo de vampiros que chupan la sangre, causan en el alma de nuestros muchachos!

No ha mucho tiempo se inauguró en Dresden una de esas Empresas funestas, con el título «*Der Neue Lederstrumpf*» (Las nuevas medias de cuero). Allí todo es sangre, salvajismo y horror. En los diez cuadernos de la serie (a diez peniques cada uno) se asesina a noventa personas; ocho mueren apuñaladas, veintidós sucumben a fuerza de golpes, dos son escalpadas, tres ahorcadas, dos mueren por los golpes que se les da con unas palas incandescentes, dos caen a fuerza de puñetazos, una muere envenenada, otra por flagelación, una tercera perece entre las garras de un oso, se machaca la cabeza de cuatro, un hombre es atormentado durante cinco días, una muchacha es raptada, etc.

Ahora imagínemonos el caos que habrá en el cerebro del desgraciado muchacho a cuyas manos llegan, por la despreocupación de los padres, tales necedades. Sí, para nosotros son necedades

que nos mueven a risa y a lamentar el nivel intelectual del autor. Mas el espíritu juvenil todo lo toma como dinero contante y sonante. La fantasía del muchacho trabaja con fuerza quintuplicada, y realmente es un milagro de Dios si la mamá—que vuelve del sarao—encuentra a su hijo en la cama y no en manos de un guardia civil, a orillas del Danubio, cerca de Mohács.

En este punto no es lícito, bajo ninguna excusa, consentir esa interpretación torcida y vergonzosa de la libertad de Prensa, sino que es menester usar de una severidad inexorable y quitar a todo escritorzuelo de pluma sangrienta las ganas de contaminar los espíritus infantiles. Tendría que prohibirse a los editores de literatura barata lanzar al mercado suciedades; a los reporteros, sacar a relucir las inmundicias que desembocan en los Tribunales; a los periodistas, hacer del asesino un héroe.

Antiguamente, los asesinos eran marcados públicamente y luego se los ejecutaba. Más tarde, se juzgó más conveniente excluir al público de tales espectáculos, que sólo servían para despertar los instintos de fiera. Ahora acude en nuestra «ayuda» la Prensa, y a precio barato (cuanto más barato, tanto mayor es el refinamiento) saca a luz pública tristes escenas que con tanta benevolencia oculta a la mirada del pueblo la alta pared de la prisión. ¿Es maravilla si deslumbra a muchos espíritus débiles el gran interés que inspira a la Prensa moderna y el homenaje que de la misma recibe cualquier asesino, cualquier criminal? ¿Es maravilla si el ejemplo cunde?... Por aquello de que «por lo menos saldrá en los periódicos mi fotografía».

Y los corsarios que merodean en este campo bajo la bandera de libertad de Prensa se escabullen con la mayor habilidad entre los parágrafos de nuestras leyes; poco podemos esperar de la legislación vigente. Pero mientras llega el día en que el legislador estreche mucho más las mallas del Código Penal, actualmente demasiado anchas, no hemos de mirar inactivos tamaña destrucción, sino velar y obrar. Padres, ¡alerta!; arrancad de manos de vuestros hijos la literatura barata, tanto si se llama Nick Carter, como John Wilson, Sherlock Holmes, Bill Cannon, Buffalo Bill, Setting Bull, Pat Conner, Nat Pinkerton, Ethel King o cualquier otra cosa.

EL TEATRO EMPRENDE NUEVOS DERROTEROS

La esperanza de los mejores no puede ser vana. Ya hemos pasado por la última etapa de la degradación moral del teatro y por ende su degradación artística. Pero lo que se desploma entre suspiros de desilusión, o entre carcajadas de befa, no es el edificio clásico del teatro europeo, sino los negocios teatrales fundados en la inmoralidad y el gusto rastrero. Estos tocarán a su fin en un porvenir cercano. No serán vanas las esperanzas de los mejores..., de aquellos que han creído—sin vacilar, a pesar de todos los síntomas en contra—que el teatro es un elemento cultural, que también en la sociedad del porvenir el drama va a cumplir su misión moral y artística.

Síntomas esporádicos—pero con tendencia innegablemente análoga—se observan en los grandes centros teatrales del extranjero; Empresas especiales—pero de orientación llamativamente purificada—manifiestan que tienen bastantes arrestos para mantenerse, que son capaces de renovar la circulación de sangre en el teatro internacional..., que podemos hablar con razón fundada del renacimiento del drama bajo el signo del cristianismo y aun del catolicismo.

El vanguardista Wágner, con su energía de titán, impone a Europa la idea del teatro serio, y asombra, aun cuando no conquista, a París, que busca en todo la diversión frívola. El reformador de pensar caótico, pero de esfuerzos honrados, vence poco a poco y a fuerza de luchas los errores de su época, la decadencia, la moda; su carrera termina con el magnífico *Parsifal*, del cual dice Alfredo Ernst: «Solamente una cosa hay en el mundo más hermosa que este drama musical de Wágner: la Santa Misa, aunque no sea más que una simple misa rezada en la más pequeña aldea.» Ciertamente, es exagerada la afirmación; pero es perdonable, porque brota de un entusiasmo noble... Y desde *Parsifal* está hirviendo el mundo teatral.

En Hellerau, otro hombre insigne, caótico también, en lucha consigo mismo, Paul Claudel, ensaya el drama de sentimientos puramente cristianos, aunque no del todo depurado. Todo el mundo habla de esa función.

Y los que siguen con atención el desarrollo de Miguel Reinhardt, el director de grandes concepciones, notan también que va aproximándose a las ideas católicas. Partió del espíritu griego, empezó con Esquilo. *Jedermann,* que fué estrenada en el circo de Schumann, de Berlín, ya es una aproximación al espíritu cristiano. Y *The Miracle* (El milagro), puesto en escena por K. Volmöller en la colosal sala Olympia, de Londres, es un producto tan puro de la mística católica, que los puritanos, celosos de su religión, una noche asediaron el teatro con los gritos «No Popery» (No queremos papado); temían que después de las funciones de Reinhardt hubiera un retorno en masa al seno de la Iglesia católica...

Enre nosotros también alborea, bajo la protección de los mejores, la idea del teatro blanco. Quien lo apoye no hará sino respetarse a sí mismo.

«UN SANTO MODERNO»

NO SOMOS PROFETAS, no vemos en el porvenir, no leemos a distancia; sin embargo, quedamos asombrados al comparar uno de los números no muy antiguos del periódico alemán *Der Weg* con lo que nosotros escribimos en esta sección al tratar del anciano Häckel. Leyendo la extraña noticia de que el muy ilustre profesor iniciaba por sí mismo una suscripción con motivo de su ochenta cumpleaños, celebrábamos que no encabezara de esta manera su llamamiento: «Hombres, pobres enanos, que estáis andando a tientas en la oscuridad, postraos delante de mí...»

Y he ahí que el periódico mencionado, en su artículo «*Ein moderner Heiliger*» (Un santo moderno) dice lo siguiente: «El 16 de febrero de 1834 nació un gran profeta, que pregonaba las doctrinas y la salvación no siguiendo inspiraciones intencionadas, ilusiones y alucinaciones, sino según el único don divino del verdadero conocimiento científico, del trabajo perseverante y de la confesión honrada. Su obra, la obra de nuestro Ernesto Häckel, es santa para nosotros.» Casi las mismas palabras de nuestro artículo.

Por las manifestaciones, reunidas a modo de regalo con motivo del cumpleaños—en que los sabios más distinguidos quitaron a Häckel el agua bendita (si es que jamás la haya tenido)—, ha podido ver cualquiera cuánto vale «su verdadero conocimiento científico». Pero hemos de confesar que no ha sido nuestro regalo de fiesta el de más gusto ni el más apropiado.

F. DÖRFLER, el vienés entusiasta de Häckel, nos ha superado.

Con motivo del ochenta cumpleaños de Häckel—puesto que el admirador no se encontraba en estado de poder enviar dinero para la «Häckel-Schatz» (tesoro de Häckel)—, mandó las siguientes líneas: «No puedo dar otra cosa que mi cuerpo, y aun éste no puedo legarlo en su totalidad; porque Iglau, mi ciudad natal, librepensadora, se ha comprometido a erigirme en la tumba número 196 una urna cineraria y conservarla perennemente. No hay

inconveniente alguno en legar una parte de mi cuerpo (un ojo, el corazón enfermo, el cerebro, etc.) al museo filético fundado por vuestra excelencia.»

Después pasa a enumerar los motivos que le impulsan a hacer una donación tan magnánima:

«Por las obras de vuestra excelencia: *a)* he conocido el engaño que se hace con el nombre de Dios; *b)* he conocido el mundo de maravillas (Hodes) y a mí mismo como parte de Hodes; *c)* he conocido la redención y el temor de Dios (¡estupendo!); *d)* la liberación perenne del pecado, y *e)* la despreocupación respecto de lo que sucederá después de la muerte. Motivos más que suficientes para que ofrezcamos lo que de todos modos no podemos conservar. Así he podido tener la dicha de que en la fiesta gloriosa del ochenta aniversario del gran maestro también yo haya podido contribuir y dar satisfacción a mi gratitud.»

No sabemos qué impresión causaría a su excelencia la lectura de esta carta. Pero podemos afirmar sin reparo que el gran abogado de todos los monos no estaría muy encantado si su admirador vienés tuviera muchos imitadores, y en vez del Mamoncito ardorosamente anhelado dieran lo que «de todos modos no podemos conservar»: un ojo ciego, un corazón corrompido, un cerebro deshecho.

HERODES Y PILATO

Se dieron otra vez la mano.

Eran enemigos encarnizados aún ayer; mañana entablarán de nuevo una lucha sin misericordia; pero hoy..., hoy aplauden juntos y chocan sus copas, porque se trata del único punto en que están conformes; se trata de atacar al cristianismo. En la condenación del Mesías vemos por vez primera besarse Herodes y Pilato, que de ordinario se lanzan mutuamente hiel verde. Desde entonces se ha repetido mil veces en la historia el ejemplo vergonzoso de la gran amistad *ad hoc* de esos enemigos.

Ultimamente vimos tal abrazo después de votarse la nueva ley escolar francesa.

La Cámara francesa ha votado una ley que llena de preocupación asaz justificada el alma de los padres cristianos, solícitos del desarrollo moral de sus hijos. Ya han emprendido una dura batalla, aunque el Parlamento está en contra de ellos. Las izquierdas han felicitado por tal motivo y homenajeado con un solemne banquete al presidente de la *Ligue de l'Enseignement,* que ha sido el principal promotor, el alma del proyecto.

¿Qué vimos en el banquete? Partidos, caciques, ministros, que en los demás campos de la política *están separados por abismos infranqueables* y que están muy lejos de pensar en suprimir los ataques mutuos, aplaudieron juntos, chocaron sus copas; Briand y Caillaux, Barthou y Renoult se alegraron juntos de haber dado un puntapié a «*l'infâme*». Mañana proseguirán la lucha unos contra otros.

«*Un noble exemple de solidarité démocratique*» (Un noble ejemplo de solidaridad democrática), observa un diario. Nosotros, al leer esta noticia, meditamos con tristeza. ¿Por qué precisamente entre nosotros—que podríamos estar unidos con amor tan estrecho por la identidad perfecta de las ideas, de los ideales, de los esfuerzos—ha de devastarlo todo el maldito bacilo del *morbus catholicus,* que siembra iniquidad, que sospecha del hermano, que mira con ojos torvos, que siempre anda receloso, que palidece de envidia?

LA MUERTE NO ESPERA

CON MÚSICA DE ZUAVOS celebraron últimamente los habitantes de Túnez—Protectorado francés—el aniversario del nacimiento de Mahoma. Al banquete organizado en honor del «profeta» asistieron el cónsul francés y las más altas dignidades francesas; la banda del Ejército—del cual se destierra con refinada ingeniosidad la práctica de la religión católica—tocó en honor de Mahoma. Los mahometanos empiezan a henchirse de orgullo—escribe el *Éclair*—, por aquello de que también a los ojos de los franceses el Islam tiene más valor que la religión cristiana. «La República es neutral.» ¿Verdad?

Al mismo tiempo nos llama la atención otro suceso. En Gerardmer, un soldado enfermo, perteneciente al regimiento 152, pide sacerdote que le asista en su lecho de muerte. Las leyes de los hermanos de tres puntos sólo lo permiten si se hace una instancia por escrito. La instancia fué hecha según las reglas, pero no fué presentada al superior competente, y así, el pobre soldado —¡muy bien, que se lo trague!, ¿por qué es cristiano?—hubo de presentarse sin los auxilios de la religión ante el Señor supremo de los ejércitos. Esperamos que habrá sido juzgado con más benevolencia que la que merecen los mangoneadores de la «República neutral».

¿Para qué la instancia por escrito cuando un soldado enfermo desea tener a su lado un sacerdote? Solamente quien desconozca la demora interminable de la burocracia dejará de notar la intención deliberada de despojar al enfermo del auxilio de su religión hasta en el lecho de muerte.

No hace mucho, una madre se presentó ante el oficial competente pidiendo el certificado para que el capellán pudiese entrar a ver a su hijo enfermo. *A propos!*—se le ocurre al oficial—, hace días que llevo en el bolsillo una instancia similar de otro enfermo.

Y mientras la República neutral se apresura de esta manera a dar cumplimiento a la instancia, el enfermo calenturiento, atormentado por dolores, impaciente, va contando los minutos, espera que llegue el sacerdote de rostro suave, que le traiga al Consolador de los enfermos. Le espera, le espera...; pero muchas veces la muerte no tiene tanta paciencia...

PARODIA INFAME

EL EJEMPLO SIEMPRE ATRAE, principalmente si viene de arriba. En las altas esferas, la rudeza trabaja todavía con guantes de *glacé*; pero en las masas se presenta con toda su depravación. El Gobierno francés ha sembrado vientos, suprimiendo en la escuela la educación religiosa, y ahora todo el mundo entero mira espantado cómo va recogiendo tempestades; un atentado sigue al otro; quisieron educar hombres sin Dios, y obtuvieron por resultado unos seres sin alma. La razón cabal, realmente no puede comprender la profunda depravación de que es ejemplo característico lo sucedido en una diócesis de Amiens, en Ailly-le-Haut-Clocker.

En las elecciones municipales triunfaron los del partido anticatólico; y para celebrarlo organizaron una procesión que parodiaba las procesiones eclesiásticas. Llevaban un ataúd, cantando «La Internacional» y «La Marsellesa». Ante el Calvario parodiaron el canto eclesiástico que empieza con estas palabras: «*O crux ave*»: ante la casa de un candidato católico derrotado entonaron el salmo *De profundis*, y, ebrios de odio salvaje, celebraron el entierro del adversario.

Este paroxismo espumajeante de odio a la religión es aquella vida ética superior, que la moral general humana puede dar de sí. ¿Y la policía? Dormía. No se movía. ¡Ah! Sí; «la República es neutral», «la República no tiene religión».

Está bien. Permítaseme una pregunta. ¿Por qué no se prohibe con un rigor tan inexorable que se hagan procesiones *eclesiásticas* por las calles, si, por otra parte, se permite que *se haga befa de las mismas* de un modo rastrero y bajo? Y si es lícito parodiar los cantos eclesiásticos por la calle, ¿por qué se cita ante los Tribunales al obispo que se atreve a dar veinte pasos por la calle llevando ornamentos sagrados?

¿Hemos de seguir también nosotros la corriente?

POR LA MORALIDAD DE LA CALLE

NO ES LA PRIMERA VEZ QUE LEVANTAMOS LA VOZ contra la paja y la inmundicia. El envenenamiento sistemático de nuestra juventud es un gusano roedor tan terrible para el árbol lozano de nuestra cultura, que no podemos silenciar el más pequeño acontecimiento. Mencionamos ya que en este campo actualmente casi no tenemos otro medio que el boicot, un boicot inexorable contra todos los comerciantes, cuya avaricia no se detiene ni siquiera ante nuestro tesoro más sagrado, ante el desarrollo puro, sano y armónico de la juventud.

Por desgracia, no es en periódicos húngaros, sino en los diarios alemanes de Gladbach, donde se lee el anuncio que vamos a citar, y que con mucho gusto leeríamos también—cuanto antes mejor—en nuestra prensa:

«Nos obligamos a prescindir de nuestras compras de todos aquellos establecimientos que, mediante la exposición de imágenes, escritos u otros objetos ofensivos al pudor perjudican la moralidad. Evitaremos todos los restaurantes donde se consienten funciones escandalosas o bailes inmorales, y no organizaremos en ellos reuniones de asociaciones. Procederemos resueltamente contra toda ofensa de las buenas costumbres y procuraremos con todas nuestras fuerzas suprimir el escándalo. Esperamos que las autoridades, así como lo hicieron hasta ahora, también en adelante se preocuparán de castigar duramente los excesos de la inmoralidad. Y suplicamos a nuestros conciudadanos que se adhieran a nuestras resoluciones, porque solamente con el auxilio de todos, decidido y organizado, podemos esperar éxito.» Firmado por una serie de asociaciones evangélicas y católicas.

A esta invitación respondemos con una sola palabra: ¡Bravo!...

Cuán pocos podemos confiar actualmente en otros medios, lo demuestra el ejemplo que, precisamente en nuestros días, nos dieron las «partes interesadas» en Alemania.

Se ha presentado a la Asamblea del Reich el siguiente proyecto de ley: «*Schriften, Abbildungen oder Darstellungen dürfen in Schaufenstern, in Auslagen innerhalb der Verkaufsräume oder an*

öffentlichen Orten nicht derart zur Schau gestellt werden, dass die Zuschaustellung geeignet ist, Argernis wegen sittlicher Gefährdung der Jugend zu geben.»

«Escritos, cuadros o figuras no deben exponerse a la vista pública en vitrinas y escaparates dentro de establecimientos comerciales o en lugares públicos, de tal manera que su exposición pueda dar escándalo, por ofender la moral de la juventud.»

Como vemos, de querer hacer algo en este campo, no podía hacerse *menos;* con tanta circunspección está redactado este proyecto. No prohibe nada más que *poner en los escaparates* los libros o cuadros que sirven de escándalo moral.

¿Y la respuesta?

Un ruido inaudito, cólera, caos de Jericó en el hormiguero turbado; y el grito de «¡Ay del arte!» «¡Ay de la libertad!» en labios de aquellos que han ido sacando sus monedas de oro—manchadas de sangre—de las rosas marchitas de la joven generación. La asociación de Goethe celebra una sesión en Berlín, y el aire se llena de antiguas y gastadas frases contra el proyecto de ley que intenta una obra saludable. «Unterdrückung der Kunst, der Literatur, der Wissenschaft» (Opresión del arte, de la literatura, de la ciencia), *Monument von unserer Zeiten Schande* (Monumento de la vergüenza de nuestros tiempos), *Auslieferung der Jugend an die schlimmsten Feinde der Sittlichkeit* (Entrega de nuestra juventud a los peores enemigos de la moralidad) y otros lemas similares rebajan al nivel de envenenadores y corruptores el arte, la literatura y la ciencia.

¿Qué tiene que ver el arte con que nosotros queramos arrancar el alma de nuestros jóvenes de las garras de los vampiros que especulan con los instintos animales?

¿Qué perjuicio padece el arte si autores de novelas baratas, inundadas de sangre, no pueden edificar en adelante casas de muchos pisos cubriendo los gastos con los céntimos arrancados a la masa ineducada y a muchachos de fogosa fantasía?

¿Qué daño sufre la ciencia si la calle no destruye lo que ha edificado la educación familiar con el trabajo sudoroso de largos años, y si los carteles llamativos, los reclamos eróticos, «las tarjetas artísticas», los «decamerones literarios», «los tratados científicos sexuales» no pisotean con botas fangosas el vergel del alma juvenil?

LA MUCHACHADA EN EGER

POR LON MONTES DE EGER se trabaja cantando. Apenas ha sonreído un poco la primavera que hace abotonar las plantas y ya empieza por todo el país el trabajo en el campo y en los bosques, trabajo que había cesado durante el invierno. En el Mátra, en Hegyalja, en Mád, en Tokaj, en Badacsony, en Ruszt, emprenden el trabajo las manos del viñador. Empiezan a abrirse en los montes las casitas de labor.

La brisa primaveral entra por la ventana abierta de mi cuarto de estudio, y me invita a dejar los libros y salir al aire libre. El rayo de sol que ríe, los pájaros que gorjean, el bosque que se despierta, todos me invitan a dar un paseo. Y ya me encuentro al pie del monte. ¡Es tan hermosa esa magnífica resurrección, ese hervor febricitante del despertar primaveral que hace salir las yemas! ¡Es tan dulce mirar desde lejos a la gente trabajadora, de diligente mano! Pero..., en medio del concierto de pájaros y del murmullo del riachuelo se oye una nota disonante que rasga cruelmente el ensueño y llega desde el monte de los viñedos: *Uncili, smuncili,* mi apreciado perrito.

¡Oh cultura, cultura! ¡Oh hija pálida, raquítica de bares y «cabarets», ojalá te hubieses quedado en la luz artificial de las bombillas eléctricas! Allí está tu puesto. ¿Qué buscas tú aquí, entre los hijos del pueblo? ¿Por qué corrompes las almas sencillas? ¿No te basta el público de la capital? ¿Que esto no es más que una canción? Lo es; pero, ¿quién se atreve a negar que hay una relación íntima entre el cantar y la moralidad del pueblo? ¿Quién va a negar que hay una relación de causa a efecto entre la propagación de las modernas enfermedades culturales, del lujo, del sistema del hijo único, etc., y la creciente extinción del canto popular? ¿Quién se atreve a negarlo?

El *Lehullot a rezgö nyárfa ezüstszinü levele* (Han caído las hojas argentinas del álamo) sí que consonaba con los mirlos parlan-

chines, con el riachuelo veloz; el *Felleg borultz az erdöre* (Una nube envolvió el bosque) merecía brotar del alma del pueblo; a la melodía del *Ég a kunyhó, ropog a nád* (Está ardiendo la choza, cruje la caña) era más fácil emprender el trabajo en el viñedo (1); pero cuando empiezan a cantar *couplets* por los montes las muchachas húngaras: «Ven esta tarde, y no te arrepentirás»..., cuando los trabajadores hacen la corte, sí hacen la corte a las mujeres guapas también en los montes de Eger..., nos vienen ganas de hacer una caricia ruda al flaco de esa cultura de «cabaret», devastadora, que ha echado a perder hasta tal punto el gusto, el cantar del pueblo húngaro... y mi hermoso paseo de una tarde primaveral.

(1) Son antiguas canciones populares húngaras, que empiezan con las palabras citadas por el autor.—*N. del T.*

EL DOCTOR OSTWALD

AHORA YA SIGUEN EL BUEN CAMINO los religiófobos, esos corsarios que despliegan la bandera del «monismo» y que proceden de todos los órdenes y castas, esos zapateros remendones de la política y picapedreros despachados. Hasta ahora no hacían más que deshacer el camino y lanzar fuego, fango y hiel contra el cristianismo. Pero ahora ya han llegado a... romper la cabeza. ¡Cuidado! Fuera toda mala inteligencia. No se rompen la propia cabeza, sino que... rompen la cabeza de los demás. La aplastan. ¡Qué placer, qué diversión!

Vamos a gozar. ¡Qué cosas lanza el doctor W. Breitenbach, monista-jefe, en uno de los números del *Neue Weltanschauung* (Nueva concepción del mundo) a la cabeza del doctor W. Ostwald, monista-principalísimo! «Tras ese engreimiento de ballena (*Walfischerartige Überhebung*) del señor Ostwald, consejero secreto, late una seriedad amarga. Se porta como si la ciencia hubiera sido inventada por amor a él... Exige para sí un poder dictatorial. No quiero indagar cuánto hay en sus esfuerzos de puro amor a la verdad; mas es completamente cierto que su orgullo, su comezón de fama y poderío lo supera con la altura de una torre...

Llega el señor Ostwald, profesor y consejero secreto, y no se contenta con probarnos que él es un genio nunca igualado y que tiene derecho a hincharse hasta llegar a ser el animal más grande que vive actualmente en la tierra, la ballena, sino que, además, quiere erigirse en dictador monista. Es de un engreimiento inaudito el querer erigir un papado en el siglo xx en el campo de la ciencia e imponer nuevamente trabas al monismo en pleno desarrollo, para que sólo tenga validez lo que juzga recto y bueno la gran Ballena, *Herr Geheimrat professor Dr. W. Ostwald.*»

¡Qué dulce monismo—¿verdad?—es aquel en que los jefes se echan piropos en un dualismo tan vivo! Lo que excita ahora nuestra curiosidad es la respuesta que se dará a tan amable saludo.

EL ESPÍRITU DE HÉGÉSIPPE SIMON

Sigue vivo todavía. Nuestros lectores conocen ya esta figura de cuentos; se enteraron de él con motivo de que el diario francés *Éclair* se propuso celebrar el centenario de ese corifeo inexistente del «pensar libre», y los prohombres invitados a tomar parte en el homenaje dieron su anuencia con las frases más altisonantes. Consideraron muy propicia la ocasión para dar un nuevo golpe a las «tinieblas del clericalismo», si bien no tenían la más leve idea—ni podían tenerla—de quién era y qué obras había escrito aquel filósofo que nunca existió.

En las elecciones generales, habidas no ha mucho, resucitó nuevamente Hégésippe Simon; pero esta vez por benevolencia de los católicos. En el distrito de Cambrai se celebraron unas segundas elecciones, y el vencedor, Leroy, obtuvo de los 23.000 votos 12.300. ¿Quién obtuvo los 10.700 restantes? El comunicado oficial se calla. Se calla para no divulgar la magnífica idea—debida a la desesperación—del partido católico. En las primeras elecciones, el candidato católico obtuvo 8.000 votos, el radical 7.600 y el socialista 7.000. Para las segundas elecciones, estos dos últimos partidos formaron un bloque; el partido católico, naturalmente, no pudo competir. ¿Qué hacer?

Hizo imprimir 10.000 cédulas con el nombre de Hégésippe Simon, el héroe de los radicales, de fama mundial. La broma resultó tan estupendamente, que 700 electores se procuraron por sí mismos cédulas similares; y así, poco faltó para que el Simon fantástico, que tantos motivos de ruborizarse había dado ya a los abonados patentados del «libre pensar», entrase también en el palacio de la legislación.

«CINE BLANCO»

UN MOVIMIENTO INICIADO EN LA CAPITAL intenta hacer un «cine» blanco. Ya basta de sangre y asesinatos. No queremos más adulterios y alcahuetería. Ya se han llevado bastantes bandas de ladronzuelos a los correccionales, bandas organizadas e integradas por niños de primera enseñanza... Gracias a Dios, empezamos a desachisparnos, empezamos a darnos cuenta del terrible poder de ese blanco lienzo en continua vibración.

La idea del teatro blanco es antigua, pero está tan lejos todavía de su realización completa, que, por ahora, hemos de recibir con especial satisfacción y recomendar el «cine» blanco, cuya realización es más fácil.

Sí, *es necesario hacer un «cine» blanco.* No ha de ser nuestro pan cotidiano el lamentarnos, el gemir. No quebrantaremos la incomparable fuerza sugestiva del «cine» malo con filosofar, ni con una resignación de manos caídas, ni con nada..., a no ser con el «cine» decente; un «cine» donde no tengamos que temblar por el alma de nuestros muchachos, un «cine» donde los ladrones, que ya han agotado sus trucos, no aprendan por veinte céntimos nuevas mañas para otra semana de pillería; un «cine» donde las inmoralidades impúdicas no susciten una risa bestial en el público; un «cine», donde una función de una hora no destruya la labor educativa que han ido haciendo los padres durante diez años. ¡Oh! No hemos de temer; no escasearán los temas. Sería motivo de desesperación si el cerebro humano durante milenios no hubiese hecho otra cosa que producir suciedad e inmundicias. Unos territorios y tesoros tan inmensos como son los de la ciencia, de la Historia y del arte brindan temas para películas, para que no hayamos de asustarnos al negar el derecho de ciudadanía a las inmundicias.

¿POR QUE NO QUIERE RENUNCIAR LA IGLESIA A LA ESCUELA?

Pregunta: He leído la magnífica manifestación de los católicos de Budapest a favor de la enseñanza religiosa escolar. Quisiera una explicación breve, en algunas líneas, respecto del motivo por el cual la Iglesia católica insiste tan decididamente en la educación religiosa escolar.

Respuesta: El preguntante dice, con razón, que la Iglesia insiste decididamente en la educación religiosa escolar; y nosotros, ya al principio de nuestra respuesta, queremos subrayar que, sin negar su modo de ser y las intenciones determinadas de su Fundador, la Iglesia católica no puede en esta cuestión adoptar otra postura que la que sigue en la actualidad; es, a saber: pregonar con una insistencia impertérrita el derecho que tiene a orientar el alma infantil.

Al reclamar la Iglesia de un modo tan tenaz el derecho de la educación en la escuela, no se guía por puntos de mira egoístas. Naturalmente, tiene una importancia decisiva también para la vida futura de la Iglesia el que el alma tierna de los que un día figurarán en sus filas como hombres hechos no vaya desarrollándose sin su inspección; pero no es menos cierto que la conservación de la educación religiosa escolar es aún más importante para la sociedad que para la Iglesia.

Pero ahora hemos de contestar a la pregunta desde el punto de vista jurídico; no vamos, por tanto, a estudiar aquí esa lamentable lucha que se agita más de día en día y en la que se ha metido la educación moral con bastante osadía para exponer el tesoro más santo de la Humanidad, el alma inocente de los niños, a los ensayos de la moral laica, la cual podrá parecer hermosa en la teoría, pero se derrumba impotente ante las exigencias de la vida práctica.

Séanos lícito llamar solamente la atención sobre el hecho de

›res no católicos, distanciados de la Iglesia, reconocen con mayor frecuencia que entre la supresión de la edu- igiosomoral y la bajada espantosa de la vida moral se ve .ón de causa a efecto. Antes—dicen éstos—los criminales todos adultos. ¿Y hoy? Hoy el muchacho de doce años adolescente de dieciséis fuerza los cerrojos, el jóven de esina. Es decir, se tiene un concepto más depurado, no n ya utopías irrealizables, sino que se reconoce con sin- .ue el desterrar a Dios de la escuela es uno de los más dos errores pedagógicos.

ıy que darle vueltas; las dos tablas del decálogo están nente unidas, y si rechazamos la primera, en que están nuestros deberes para con Dios, rompemos también la está llamada a regular la vida moral, digna del hombre. *iguiente, si la Iglesia se mantiene tan firme en lo que toca :ación religiosomoral en la escuela, a quien más provecho su proceder es a la sociedad.*

veamos el aspecto jurídico de la cuestión; es, a saber: orgó a la Iglesia el derecho de educar a los niños, o con labras: qué título puede alegar la Iglesia para participar ucación. La respuesta no es difícil.

:a ha habido en la tierra «Amigo de los niños» como el ›r de la Iglesia, del cual emana *la primera ley en defensa* ', cuyas palabras—«dejad que vengan a mí los niños»— n bajo la protección divina la santa incolumidad del alma Educación, educación *Jugendpflege* (solicitud, cuidado de tud), antes de que el Estado o la sociedad pensaran en el

guamente, la educación no tenía la fuerza fascinadora de e reservaba a la Iglesia. ¿No es un desvío el que hoy, en ı del niño», unos osados que carecen de educación, y, por , difícilmente podrán darla a los demás, quieran arrancar del pecho materno de la Iglesia y la *Mater Ecclesia,* que centurias fué educando a la Humanidad, haya de estar ıa con que no la despachen?

odos modos, ya se rechazan sus principios educativos; nasia y deportes, con arte y un saber puramente racional e sustituir el fundamento roqueño de la educación religio- . Mas... unos espantajos de caricatura, unas cañas que se

inclinan a una palabra, unos moluscos sin espinazo, unos niños de pecho que andan en pantalón largo (tipos que tanto abundan en la sociedad moderna), un tiro de revólver, una gran dosis de lisol, etc., sirven de terrible refutación de los modernos ideales pedagógicos, que no quieren aceptar la ayuda de la religión.

¿Es maravilla que la Iglesia, cuyo Fundador amó hasta tal punto a los niños que descansaba de sus fatigas en medio de ellos (1), la Iglesia, que desde entonces señala el puesto de los niños junto a la verja del santuario, es decir, les designa el lugar donde más cerca pueden estar de su Maestro, estreche fuertemente contra su pecho a los niños, a esos niños que el espíritu erróneo de la época quiere arrancarle?

Lejos de nosotros poner en tela de juicio el derecho que el Estado y la sociedad tienen de educar; a ambos les esperan hermosas y grandes empresas en el campo de la educación. Pero nunca hemos de perder de vista que la actividad educativa de estos factores es nula si no va unida con la educación dada por la Iglesia, por aquella Iglesia cuyo Fundador estrechó contra su pecho con un amor indecible a los niños, cuando los llamó predilectos de Dios que poseen el cielo (2), y dijo a sus amados discípulos que habían de ser como los niños (3), y dió al mundo el más sublime lema de defensa del niño: *El que acogiere a un niño en nombre mío, a Mí me acoge.*

No solamente dió Cristo a la Iglesia el mandato de educar al niño, sino que confirmó este mandato con una sanción rigurosa. Y si la Iglesia nunca ni en ninguna parte soltó de la mano la educación del niño, si tampoco ahora está dispuesta a cerrar asustada la puerta de la escuela, tanto si se le habla con rudeza, como si se le acerca con astucia, la explicación de su proceder hemos de buscarla, sí, en su solicitud por el desarrollo armónico del niño, pero también en la amenaza de Cristo: *Mirad que no desprecéis alguno de estos pequeñitos, porque os hago saber que sus ángeles en los cielos están siempre viendo la cara de mi Padre celestial.*

Con el corazón agradecido tendríamos que pensar siempre en Aquel que dió a la Humanidad una educadora tan magistral como ha demostrado serlo la Iglesia católica durante centurias. Y tam-

(1) SAN MATEO, XIX, 13-15.
(2) IDEM, XIX, 15.
(3) IDEM, XVIII, 4.

que hombres no católicos, distanciados de la Iglesia, reconocen cada vez con mayor frecuencia que entre la supresión de la educación religiosomoral y la bajada espantosa de la vida moral se ve una relación de causa a efecto. Antes—dicen éstos—los criminales eran casi todos adultos. ¿Y hoy? Hoy el muchacho de doce años hurta, el adolescente de dieciséis fuerza los cerrojos, el jóven de veinte asesina. Es decir, se tiene un concepto más depurado, no se aceptan ya utopías irrealizables, sino que se reconoce con sinceridad que el desterrar a Dios de la escuela es uno de los más desgraciados errores pedagógicos.

No hay que darle vueltas; las dos tablas del decálogo están estrechamente unidas, y si rechazamos la primera, en que están grabados nuestros deberes para con Dios, rompemos también la otra, que está llamada a regular la vida moral, digna del hombre. *Por consiguiente, si la Iglesia se mantiene tan firme en lo que toca a la educación religiosomoral en la escuela, a quien más provecho reporta su proceder es a la sociedad.*

Pero veamos el aspecto jurídico de la cuestión; es, a saber: quién otorgó a la Iglesia el derecho de educar a los niños, o con otras palabras: qué título puede alegar la Iglesia para participar en la educación. La respuesta no es difícil.

Nunca ha habido en la tierra «Amigo de los niños» como el Fundador de la Iglesia, del cual emana *la primera ley en defensa del niño,* cuyas palabras—«dejad que vengan a mí los niños»—colocaron bajo la protección divina la santa incolumidad del alma infantil. Educación, educación *Jugendpflege* (solicitud, cuidado de la juventud), antes de que el Estado o la sociedad pensaran en el niño.

Antiguamente, la educación no tenía la fuerza fascinadora de hoy, y se reservaba a la Iglesia. ¿No es un desvío el que hoy, en «el siglo del niño», unos osados que carecen de educación, y, por lo tanto, difícilmente podrán darla a los demás, quieran arrancar al niño del pecho materno de la Iglesia y la *Mater Ecclesia,* que durante centurias fué educando a la Humanidad, haya de estar satisfecha con que no la despachen?

De todos modos, ya se rechazan sus principios educativos; con gimnasia y deportes, con arte y un saber puramente racional se quiere sustituir el fundamento roqueño de la educación religiosomoral. Mas... unos espantajos de caricatura, unas cañas que se

inclinan a una palabra, unos moluscos sin espinazo, unos niños de pecho que andan en pantalón largo (tipos que tanto abundan en la sociedad moderna), un tiro de revólver, una gran dosis de lisol, etc., sirven de terrible refutación de los modernos ideales pedagógicos, que no quieren aceptar la ayuda de la religión.

¿Es maravilla que la Iglesia, cuyo Fundador amó hasta tal punto a los niños que descansaba de sus fatigas en medio de ellos (1), la Iglesia, que desde entonces señala el puesto de los niños junto a la verja del santuario, es decir, les designa el lugar donde más cerca pueden estar de su Maestro, estreche fuertemente contra su pecho a los niños, a esos niños que el espíritu erróneo de la época quiere arrancarle?

Lejos de nosotros poner en tela de juicio el derecho que el Estado y la sociedad tienen de educar; a ambos les esperan hermosas y grandes empresas en el campo de la educación. Pero nunca hemos de perder de vista que la actividad educativa de estos factores es nula si no va unida con la educación dada por la Iglesia, por aquella Iglesia cuyo Fundador estrechó contra su pecho con un amor indecible a los niños, cuando los llamó predilectos de Dios que poseen el cielo (2), y dijo a sus amados discípulos que habían de ser como los niños (3), y dió al mundo el más sublime lema de defensa del niño: *El que acogiere a un niño en nombre mío, a Mí me acoge.*

No solamente dió Cristo a la Iglesia el mandato de educar al niño, sino que confirmó este mandato con una sanción rigurosa. Y si la Iglesia nunca ni en ninguna parte soltó de la mano la educación del niño, si tampoco ahora está dispuesta a cerrar asustada la puerta de la escuela, tanto si se le habla con rudeza, como si se le acerca con astucia, la explicación de su proceder hemos de buscarla, sí, en su solicitud por el desarrollo armónico del niño, pero también en la amenaza de Cristo: *Mirad que no despreciéis alguno de estos pequeñitos, porque os hago saber que sus ángeles en los cielos están siempre viendo la cara de mi Padre celestial.*

Con el corazón agradecido tendríamos que pensar siempre en Aquel que dió a la Humanidad una educadora tan magistral como ha demostrado serlo la Iglesia católica durante centurias. Y tam-

(1) SAN MATEO, XIX, 13-15.
(2) IDEM, XIX, 15.
(3) IDEM, XVIII, 4.

bién en adelante habríamos de pedir anhelosos su ayuda, tanto más cuanto más tristes son las señales de extinguirse el sentido moral, los síntomas de embrutecimiento, de olvido del deber, de falta de carácter en todos aquellos círculos que han rechazado la influencia educativa del cristianismo. Solamente él sabe grabar en el alma de un modo imborrable el sentimiento del deber, sin el cual no hay convivencia humana digna, y del cual escribe tan hermosamente FAULHABER, obispo de Speyer, en la pastoral que ha publicado hogaño con motivo de la Cuaresma:

«El sentimiento del deber es la segunda bandera del soldado, la segunda corona del monarca, el juramento oficial, diario del empleado, el mejor utensilio del obrero, el más hermoso certificado de la sirvienta, la mejor bendición de la familia, el epitafio más glorioso del difunto. El sentimiento del deber levanta al hombre por encima de la vida animal...; el sentimiento del deber, a modo de dedo levantado, indica a la juventud estudiosa las obligaciones sublimemente graves de la vida.»

Por esto insiste con una firmeza tan perseverante la Iglesia en la educación religiosomoral.

Y precisamente esta insistencia es señal de su derecho e educar.

¿Recordáis el célebre juicio de Salomón, cuando dos madres juraban que era suyo el niño presentado al rey? Salomón, el sabio, ordenó: Cortad en dos al niño, y tened una parte cada una. ¡No, no; esto, no!—exclamó la madre verdadera—. ¡Antes cualquier cosa! Y ¿por qué dijo la otra: Está bien, cortémoslo? Así conoció Salomón cuál era la verdadera madre.

Los masones orientadores del espíritu de nuestra época también quieren cortar en dos al niño. Que siga recibiendo en casa educación religiosa—dicen—, pero en la escuela ya nos cuidaremos de destruir la labor de las madres. La Iglesia, en cambio, solloza, lucha, se sacrifica, sufre con paciencia, infunde entusiasmo, organiza congresos a favor de los niños: *a favor de las almas.*

Está claro, pues... el niño es suyo.